

XVII CERTAMEN DE RELATOS

EL MUNDO ESFÉRICO



I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
ÉCIJA, 2020

Primera edición: mayo 2021

© de los relatos y de la presentación: los autores

Maquetación, diseño y edición: Juan Jesús Aguilar Osuna

Diseño de cubierta: *Orígenes*

© José David Guisado Fernández

Edita: I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO — ÉCIJA

I.S.B.N.: 978-84-09-29333-9

Depósito Legal: SE 611-2021



(De izquierda a derecha:) Claudia Blanco Pérez, Ma del Carmen Hidalgo Egea, Daniela Díaz Pérez, Sandra Ferrero Pérez, Magdalena Iona Amoagdei, Margarita Morilla García, Tomás Gutiérrez Buenestado, Inmaculada García Barrera, Juan Jesús Aguilar Osuna, Claudia García Carrasco, Irene Bueno Oterino y Aida Fernández Rot.



PRESENTACIÓN

ORÍGENES

ME COMPLACE ABRIRTE LAS PUERTAS AL «XVII CERTAMEN DE relatos *El Mundo Esférico*», edición marcada, como todo en este complejo mundo, por una de las mayores sacudidas a la omnipotencia sobreasumida por el ser humano.

Ensimismados como estábamos en construir la realidad que nos envuelve, nos creíamos capaces de determinar nuestro destino como especie, pero hemos vuelto a poner los pies sobre la tierra arrastrados por la fuerza gravitatoria de nuestra condición biológica.

Nos acecha un enemigo letal al que ni vemos ni comprendemos, un ente minúsculo que nos ha devuelto a las cavernas con la obligación de reinventarnos. Tal confinamiento impidió que celebráramos nuestra velada literaria con su esperada entrega de premios, prevista para el viernes 8 de mayo de 2020. Nos perdimos las caras ilusionadas y felices de nuestros alumnos al recoger sus galardones. Tampoco pudimos reencontrarnos con Ernesto Tubía, ganador por tercera vez consecutiva del segundo premio en la Modalidad Internacional de adulto. Antonio Tocornal, merecedor del primer premio, sigue siendo una figura en la distancia, materializada solo a través de sus textos. Por último, tampoco tuvo lugar la presentación del libro con los relatos ganadores en la XVI edición, aunque entregamos un ejemplar a cada miembro de la AMPA «Ronda de las Huertas» nada más comenzar el curso 2020-21.

Pero, a pesar de los estragos, *El Mundo Esférico* sigue girando, porque la capacidad generadora de realidades descubierta por el ser humano, esa misma magia transtemporal convocada por los mega-

litos de Stonehenge, es hoy más indispensable que nunca. Hemos de recurrir a la inventiva que nos define, si queremos hallar modos de trascender nuestra existencia orgánica y limitadora a través de proyecciones creativas que nos hagan perdurar. Porque existimos, ¿para qué negarlo?, a través de nuestras estelas. Somos habitantes de un presente convertido en pasado justo antes de aferrarnos a él. Por eso, en el ilusorio momento actual, en cada segundo que el tajamar de nuestra existencia conquista al futuro, resuenan voces que nunca quedaron atrás y que forman parte de nuestra existencia.

Somos presente, pasado y futuro. Todo a un mismo tiempo.

Si no me crees, tomemos como ejemplo la interpretación que José David Guisado Fernández, joven diseñador gráfico ecijano, nos brinda de nuestro certamen en la cubierta de este libro. *El Mundo Esférico* existe como una amalgama creativa de lo que hoy es, de lo que ha sido durante casi dos décadas y de lo que, esperamos, seguirá siendo. José David se ha inspirado en las portadas anteriores para trazar un recorrido mediante la superposición de distintas capas hasta remontarse a los principios fundacionales. Tal estrategia me sugirió *Orígenes* como título para su obra, sobre todo al tener en cuenta que nuestro artista fue alumno del IES Nicolás Copérnico. Dicho por él, esta colaboración le ha influido en el plano personal, pues lo ha llevado a reencontrarse con ese antiguo yo que dejó por los pasillos y las clases de un «Titánic» recién inaugurado. Esto prueba que *El Mundo Esférico* es pasado, que es presente y que aspira a ser futuro de un proyecto creativo literario, pero también del devenir vital del alumnado ecijano.

Ellos, nuestros jóvenes escritores, porque fueron el principio y porque son la savia que nos permite continuar, serán los protagonistas exclusivos en la XVIII edición. En ella avanzaremos mediante una vuelta a los orígenes de nuestra aventura literaria, cuando aún no existía la Modalidad Internacional de adulto, que retomaremos con ilusión tan pronto nuestro mundo enderece su rumbo para dejar atrás el temporal.

Mientras tanto, aunque la entrega de premios de la XVII edición quedó reducida a un deseo incumplido, a una tesela de ese futuro premonitorio que a veces termina por esfumarse, quisimos entregar a las alumnas premiadas sus merecidos diplomas en un acto tan

breve como íntimo. Testigos de ese momento necesario son las fotos que preceden cada obra, tomadas por Maite Hans, otra de nuestras alumnas, así como la instantánea que inaugura el libro, donde faltan Antonio y Ernesto, nuestros dos escritores adultos. No obstante, ambos toman cuerpo en este volumen por medio de la palabra y, en su extensión, de la escritura, un recurso mágico que, como apuntaba, nos permite trascender las limitaciones físicas de nuestra existencia.

Gracias al acto telepático de la escritura conocerás a Antonio Tocornal, autor gaditano afincado en Mallorca, por medio de su relato «Lentejas con ceniza», y al riojano Ernesto Tubía a través de «La nieve y los cuervos», tercer relato consecutivo de su autoría publicado en nuestros libros.

A continuación te adentrarás en «El roble hueco», historia que escribí hace muchos años, cuando alboreaba *El Mundo Esférico*, y hacia el que guardo un especial cariño inspirado en el vínculo intergeneracional establecido entre sus personajes.

En la modalidad que corresponde al alumnado más joven (1º y 2º ESO), podrás leer «El último aliento», de Magdalena Iona Amoagdei, y «No soy yo», escrito por Daniela Díaz Pérez.

En la modalidad de 3º y 4º ESO, encontrarás «Tinta de azahar», de Claudia Blanco Pérez, y «Cruzando el río Tevere», obra de Claudia García Carrasco.

Por último, en la modalidad de Bachillerato hallarás tres relatos: «Ana», de Aida Fernández Rot, «Mi felicidad tiene nombre y apellidos», de Irene Bueno Oterino, y «Bailando en la sombra», de Margarita Morilla García.

Sirvan las diez historias que componen este libro para dar fe de que la vida y el «Certamen de relatos *El Mundo Esférico*» siguen su curso impulsados por la capacidad de crearse y recrearse manifestada por el ser humano.

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

AGRADECIMIENTOS

A los compañeros y amigos que me acompañaron en el jurado de esta XVII edición: Inmaculada García, Míriam García, Carmen Hidalgo, Sandra Ferrero, Cristina Delgado y Tomás Gutiérrez.

A la Asociación de Madres y Padres «Ronda de las Huertas» del I.E.S. Nicolás Copérnico. Cada año reconocen la trascendencia de esta aventura dentro de nuestra comunidad educativa y contribuyen a solventar parte de los escollos económicos.

A José David Guisado Fernández, antiguo alumno de nuestro centro y magnífico profesional de las Artes Gráficas. Gracias por tu original interpretación de Stonehenge y del vínculo que mantiene con nuestro certamen desde sus orígenes.

A Garoé Aguilar, por abrir y dar asiento a todos los sobres de relatos desde que existe la modalidad internacional de adulto.

A Aday Aguilar, por su ayuda en cualquier aspecto relacionado con las artes gráficas.

A Míriam García y a Tomás Gutiérrez, por revisar las galeras de este libro a la caza de erratas.

A Beatriz Flores, por brindar desde hace años las estancias de nuestros ganadores de la Modalidad Internacional en «La Casa en el Centro», su encantadora hospedería ecijana del s. XVIII.

A David Serrano, por regalarnos los diplomas que entregamos a nuestros ganadores, la cartelería con que anunciamos el certamen y los marcapáginas que acompañan a este libro.

A Mariló Olmo y Juana Gallardo, por la atención que tienen hacia *El Mundo Esférico*.

A Maite Hans Ancio, alumna de 2º Bachillerato, por tomar las fotos de entrega de diplomas que aparecen en este libro.

A aquellos compañeros del I.E.S. Nicolás Copérnico y de otros centros que aprecian el esfuerzo y la dedicación con que sacamos adelante este certamen.

Y gracias, siempre gracias, al alumnado de nuestros institutos, así como a los escritores de la Modalidad Internacional. Vuestra capacidad y voluntad para crear historias hacen que el «Certamen de relatos *El Mundo Esférico*» se convierta cada año en una realidad.



MODALIDAD
INTERNACIONAL

LENTEJAS CON CENIZA

PRIMER PREMIO

ANTONIO TOCORNAL

SON SERVERA (MALLORCA)



Antonio Tocornal nació en San Fernando, Cádiz, en 1964. Cursó estudios de Bellas Artes en Sevilla y, tras siete años en París (1984-1991), se instaló definitivamente en Mallorca.

Sus cuentos cortos han sido premiados en numerosos certámenes, entre los cuales se encuentran algunos de los más prestigiosos en castellano como el «Gabriel Aresti», el «Ignacio Aldecoa», el «Gerald Brenan», el «José Calderón Escalada» o el «Ciudad de Mula».

Su primera novela publicada fue *La ley de los similares* en 2013.

Con su novela *La noche en que pude haber visto tocar a Dizzy Gillespie* (Aguaclara, 2018) ganó en 2017 el XXII Premio de Novela «Vargas Llosa».

Con su novela *Bajamares* (Insólitas, 2020) ganó en 2018 el XIX Premio de Novela Corta «Diputación de Córdoba».

Con su novela *Pájaros en un cielo de estaño* (Versátil, 2020) ganó en 2020 el Premio «València» de Narrativa en Castellano Alfons el Magnànim.



ADEMÁS DE UNA PROVISIÓN DE VARIOS CIENTOS DE LATAS DE lentejas con chorizo, primorosamente alineadas y ordenadas por fechas de consumo preferente, almaceno en mi despensa más de sesenta cajas de zapatos, en cuyo interior conservo las cenizas de otros tantos difuntos.

A pesar de ser un profesional del sector, siempre he creído que una caja de zapatos es un recipiente más apropiado que una urna mortuoria para albergar las cenizas de un muerto, ya que se asemeja a un ataúd pequeño y, al igual que en él, los restos de los difuntos —si bien deconstruidos— pueden descansar cómodamente acostados. La caja guarda, de alguna manera, unas proporciones más humanas —entiéndase en el sentido metafórico— que la urna al uso. El cartón, por otra parte, es un material cálido y flexible en contraposición con la chapa industrial con que fabrican las urnas.

En uno de los laterales menores de cada una de las cajas, los que quedan a la vista una vez dispuestas sobre las baldas de la despensa, fui rotulando las iniciales de sus moradores para que sus identidades no se prestasen a confusión. «El orden ante todo» es mi divisa.

Tengo setenta y ocho años. A la edad de dieciséis, entré a trabajar como aprendiz en la funeraria La Siempreviva, la única de mi localidad. Cuando, décadas más tarde, murió el dueño y fundador, nadie quiso quedarse con el negocio a pesar de no tener competidores y de que las cuentas estaban limpias. Por alguna razón, la gente prefiere montar negocios de yogurt helado o de fundas de móviles, antes que dedicarse al noble arte de acompañar a sus conciudadanos en el tránsito hacia el «más allá». Yo no soy de naturaleza emprendedora pero, ante una ocasión que solo se presenta una vez en la vida, y tras un año de gerencia «en funciones», acabé por comprarle La Siem-

previva a la viuda por un precio muy razonable que le fui pagando en cómodas mensualidades. Ambos ocupan ahora, uno junto al otro, las cajas rotuladas con las iniciales «J. C. T.» y «M. B. R.».

No me ha sido difícil dar el cambiao a los familiares cada vez que he tenido la necesidad de apropiarme de las cenizas de las personas que han sido —para bien o para mal— relevantes en mi vida. Para esos menesteres está la trastienda de La Siempreviva, un lugar que separa el espacio de exposición abierto al público del otro donde habito, y que goza de una intimidad sacrosanta que nadie, salvo el profesional de las prácticas funerarias —o sea, yo— se atrevería a quebrantar.

Muchas veces me he tenido que morder los labios cuando he visto a familias enteras llorando, abrazándose a un urna que les acababa de entregar con mucha afectación y boato, sin que sospechasen que en su interior solo había cenizas de leña de algarrobo, de periódicos antiguos, y de basura que quemaba en la chimenea de mi casa, mientras que las auténticas cenizas de sus seres queridos ya reposaban, aún tibias, frente a la ringlera de latas de lentejas con chorizo.

Además de los antiguos dueños de La Siempreviva —mis mentores—, guardo en cajas de zapatos a mis padres y hermanos, a algunos de mis antiguos maestros, a mi sastre, a mi peluquero —que por fortuna murió cuando ya la calvicie colonizaba el último reducto de mi cráneo—, y a todos los integrantes de mi quinta, a los que conseguí sobrevivir, y que no se imaginaban dónde acabarían sus restos cuando antaño me gastaban aquellas pesadas novatadas cuartelarias.

Y conservo asimismo los residuos de la combustión de las mujeres que, a lo largo de mi vida, han pasado por mi lado despreciándome o, con suerte, ignorándome.

A. L. B. fue la primera que se negó a bailar conmigo en la verbená cuando ambos teníamos dieciséis años. Según sus palabras, «porque olía a muerto». Luego siguieron su ejemplo todas las demás.

La diabetes acabó con la vida de A. L. B. Cuando estuve a solas con ella de cuerpo presente, antes de la cremación —en la intimidad de la trastienda de mi local—, pude al fin ver su cuerpo, el que tanto deseé en un pasado ya tan remoto. Ya no era, claro, la niña de la que yo me enamoré. Era una señorona tumefacta de sesenta años, llena

de verrugas y de celulitis y cuyos paquetes adiposos se desparramaban azulados a ambos flancos del cuerpo.

El fuego purificador hizo su trabajo y desde entonces es un puñado de cenizas que descansan en una caja de zapatos con sus iniciales; son cenizas muy parecidas a las demás y, por lo tanto, no responden a la última imagen que proyectó la persona que era. Cada uno es libre de elegir la imagen que prefiere recordar de una persona una vez que la Parca la conduce a su orbe. Yo, a A. L. B., la recuerdo bellísima, vestida de verbena, diciéndome que no bailaba conmigo porque todos decían que yo olía a muerto; y la recuerdo bailando con otros —con muchos otros, con todos los demás— que no olían a muerto. Toda la noche.

Ahora, a veces, A. L. B. y yo cenamos juntos. Me abro una lata de lentejas con chorizo, me la caliento, y nos sentamos a la mesa. Yo con mi plato, media barra de pan y un vaso de vino tinto delante; ella serena y gris, en su caja abierta frente a mí, mostrando su superficie homogénea y sin grumos, fruto de una combustión completa y a conciencia, y conversamos en silencio como un viejo matrimonio; como tal vez hubiésemos podido conversar durante muchos años de no haber sido por mi supuesto olor a muerto y por su aprensión.

A veces, sin que A. L. B. se percate, me permito una pequeña trasgresión: acerco y entreabro la caja del que fuera mi compañero de juegos infantiles y después su marido, P. C. J. —quien desde que se hizo adulto me miró siempre con sorna—, para que vea lo bien que me llevo ahora con su señora y para que se joda.

Tengo una caja en la que solo hay una inicial: «H.». Nadie supo dar razón de su apellido, ni de si «H.» correspondía a su verdadero nombre. Fue mi adquisición más sencilla, porque nadie reclamó jamás las cenizas de H. a pesar de que casi todos los hombres del pueblo se habían acostado con ella. Fueron los servicios sociales los que se hicieron cargo de la factura y ni siquiera reclamaron las cenizas. H. es una buena amiga. Ya lo fue en vida, porque yo también me acostaba con ella cuando cobraba algún trabajo. Fue la única a la que no le importaba que yo oliese a muerto o, si le importaba, nunca me lo dijo. H. se conformaba con que le llevase algún detalle: unos dulces, unos zapatos, dinero... Al final de su vida, muchos años después de su jubilación forzosa, me seguía recibiendo en su casa alguna

que otra noche, no ya para escarceos amorosos, sino para compartir unas lentejas y una botella de vino. Ahora sigo confiando en ella y le cuento mis confidencias. H. era de las personas que siempre están para escucharlo a uno y ahora son sus cenizas las que me escuchan a mí. A veces, después de cenar un plato de lentejas con chorizo, media barra de pan y un vaso de vino tinto, le pongo un disco de mambos de Pérez Prado y pasamos un buen rato bailoteando hasta que yo caigo rendido y ella se agita en su caja dejando una nubecilla de polvo en suspensión que me hace estornudar. Qué risas más buenas echamos.

Hoy es un gran día: me traen el cuerpo de F. G. B., un hijo de puta. Llevo casi sesenta años esperando este momento. Cuando el aliado profesional de uno es la muerte, no tiene más remedio que desarrollar la virtud de la paciencia. No fue fácil convencer a su viuda, igual que me pasó con las demás, de que una cremación es mucho mejor y más limpia que un entierro tradicional. Tuve que conseguir que visualizase el proceso de putrefacción y hacerle ver que era denigrante, y tuve que ofrecerle una cremación a precio de coste, pero merece la pena.

F. G. B. era el líder de mi quinta. Un gigante iletrado, penden-ciero y bromista a quien todos seguían y veneraban. El instigador de las novatadas cuartelarias y el que hizo correr la voz, entre todas las chicas de nuestra edad, de que yo olía a muerto.

Mañana, su cuerpo será un puñado de cenizas en una caja de zapatos, y su viuda llorará sobre una lata con restos de basura quemada; de otro tipo de basura diferente del que en vida fuera F. G. B. Entonces celebraré una reunión; una «cena de quintos», como ellos la llamaban cada año sin invitarme jamás.

Buscaré a uno por uno; son cerca de quince cajas, y bien que recuerdo las iniciales de todos y cada uno de ellos. Los dispondré en círculo sobre la mesa y retiraré las tapas. Dejaré la de F. G. B. en el centro, como presidiendo, para que los demás le den la bienvenida y se sienta importante. Entonces calentaré una lata de lentejas con chorizo, me serviré un vaso de vino tinto y, mientras ceno con mis quintos, les hablaré de la tinaja donde sus cenizas serán mezcladas, y les explicaré, por si no lo recuerdan, cómo se fabricaba antes el jabón en los patios de las casas de pueblo.

Toda la vida se ha hecho jabón con cenizas de leña mezclada con aceite o con grasa. No es muy diferente con cenizas de muertos. Solo hay que seguir los pasos, respetar los filtrados y los tiempos de las cocciones, y tener paciencia. Luego verteré el jabón líquido en los moldes de madera que me hizo el carpintero y, antes de que las pastillas se endurezcan del todo, les imprimiré el sello de una siempreviva que tallé yo mismo en mis ratos libres.

Recorreré el pueblo y, en nombre de la empresa, repartiré los jabones entre las clientas más exclusivas: las viudas de mis quintos. Las mismas que se alejaban de mí riéndose y pinzándose las narices en cada verbena, cuando yo era un joven con pelo y porvenir. Las que, ignorando mis sentimientos, se fueron casando, una tras otra, con mis compañeros de promoción, sin que yo fuese jamás invitado a una sola de sus bodas porque, según ellos, no querían que desluciese las ceremonias con mi olor a difunto.

Sin embargo, bien que recurrían a mí cuando había una desgracia en sus familias.

Ahora están todos muertos y aquello está olvidado y, para demostrarlo, tendré una atención comercial con todas sus viudas con motivo de las fiestas patronales. Seré generoso: dos o tres pastillas para cada una.

Con los jabones lavarán sus ropas y sus cuerpos ajados; se frotarán los vientres hinchados, los pechos vacíos, las axilas y la piel descolgada de los brazos y de las piernas, hasta que la impronta de la siempreviva comience a desdibujarse y, para entonces, llegará la noche de la verbena.

A ver entonces quién es el que huele a muerto.



LA NIEVE Y LOS CUERVOS

SEGUNDO PREMIO

ERNESTO TUBÍA LANDERAS

HARO (LA RIOJA)



Descendiente de una familia de quiosqueras, su infancia transcurrió entre el aroma de encurtidos, gominolas y barquillos, y los tebeos y novelas del oeste, que se cambiaban a quince pesetas. Ahí, aun sin darse cuenta de ello, mientras devoraba cómics de Dan Defensor, El motorista fantasma o Flash Gordon, comenzó a germinar en su interior una curiosidad por la creación literaria que, sin embargo, no se materializó hasta sobrepasados los treinta.

En ese momento empezó a escribir relatos y novelas cortas que remitió a diferentes premios literarios, obteniendo, desde entonces, alrededor de doscientos sesenta galardones, principalmente en el ámbito del relato corto. Premios en certámenes como el «Ciudad de Tudela», «Café Compás» en Valladolid, «Pablo de Olavide» en La Luisiana (Sevilla), «Ciudad de Mula», «Villa de Iniesta», «Villa de Mendavia», «Antonio Porras» en Pozoblanco (Córdoba), «Frida Kahlo» en Rivas-Vaciamadrid, «Villa de Binéfar», «Esteban Manuel de Villegas» en Nájera (La Rioja) o el «Escrits a la tardor» en La Eliana (Valencia), entre muchos otros.

Dentro de la novela corta ha obtenido premios como el «Castillo-Puche» en Yecla, el «Princesa Galiana» en Toledo, el «Villa de Tíjola», o el «Otoño de Chiva», en Chiva (Almería).

Hasta la fecha ha publicado las novelas: *El Mar de Lomé* (Editorial Ochoa, 2009), *El anhelo del diablo* (Uno Editorial, 2014), *El local de Jazz* (Ediciones Quintanar, 2015), *Corderos* (Colección Hécúla, 2016), *Mañana hoy será ayer* (DB Ediciones, 2016), *Tantos perros como collares* (Editorial Denes, 2018), *Octubre* (Editorial Buscarini, 2019) y *Los gorriones dormidos sueñan con un cielo sin halcones* (2020).

Además, es colaborador habitual de la revista *Belezos* del Instituto de Estudios Riojanos, con artículos sobre tradiciones culturales de La Rioja.

CUANDO REMEMORO MI INFANCIA TAN SOLO VEO NIEVE, Y PUEDE que sea porque no recuerdo nada anterior al anochecer de aquella nevada, en la que el niño que fui pereció a merced del hombre que nunca quise ser. Pero, ¿quién está libre de elegir el camino a tomar en su infancia, cuando los adultos dictan qué somos y cómo debemos comportarnos? En mi caso aún resultó más cruel, porque ni siquiera fueron mis padres quienes forjaron al hombre en el que me acabé convirtiendo. Fueron los cuervos. Los cuervos que motearon la nevada mientras dos cuerpos, aún calientes, perdían temperatura y sangre.

Sí, no recuerdo nada anterior a la nevada, ni a los cuervos. En ocasiones, en algunas de esas noches de almohadas empapadas y sístoles desacompañadas, he creído que no hubo nada anterior a ese momento. Que fue aquel anochecer cuando nací. Poco importara que tuviera ya cinco años. Todo ese tiempo era intrascendente. Días, meses, años inocuos para el renacer a una nueva vida. A una que nunca hubiera deseado. Que no hubiera deseado para nadie.

Cuando la puerta atronó con tres aldabonazos las agujas del reloj frisaban las nueve de la noche. En pleno enero, la noche cerrada y la nieve, dotaban a la secuencia de una pausa espectral. Era como si el resto del mundo no existiera. Como si en aquel preciso instante, mientras la aldaba chocaba contra la placa de metal por cuarta vez, todo lo que ocurría en cualquier otra parte del planeta, no tuviera la menor importancia, comparado con lo que estaba por acaecer en el angosto terreno que ocupaban los alrededores de la pequeña casa de mis padres.

No era la primera vez que ocurría, y todos en el pueblo sabían las consecuencias. Unos pasos en mitad de la noche en una calle de cuartillos cerrados, aldabazos, un saludo mano en alto, un paseo... silencio. Desde el fin de la contienda las calles se habían aliñado con algo mucho más aterrador que el plomo y el olor a pólvora. Las calles hedían a miedo. Un aliento mefítico que se extendía por las calles como un mal presagio, profetizando silencios y ausencias, llantos y rencores.

—Abre, Millán. Abre o va a ser peor, te lo aseguro —dijeron al otro lado de la puerta, antes de volver a golpear con la aldaba. El sonido del metal hizo que una serpiente eléctrica recorriera con prisas mi columna vertebral. Mi madre, a mi espalda, me apretaba tanto contra su vientre que creí que deseaba que volviera de nuevo a poblar su útero. Probablemente el único lugar con paz que había conocido en mi breve existencia.

Consciente de que abrir la puerta, únicamente facilitaría las cosas a los hombres que aguardaban al otro lado, a pie de calle, mi padre encalló una silla contra el pomo, para después empujarnos hasta la puerta trasera, la que daba a los campos de cultivo en barbecho, que en aquellas épocas del año acumulaban una gruesa capa de nieve, sobre la que emergían secos brazos de rastrojo. Cabía la posibilidad de que algunos de los soldados aguardaran en las traseras, pero poca opción más había si queríamos huir.

Antes de salir, un ruido seco de madera crujiendo, hizo que la sangre se nos helara, más por miedo que por frío. Estaban dentro de nuestro hogar.

—¡Millán, Rogelia, salir de donde cojones estéis! —mugió una voz, áspera como la lengua de un gato.

Ni siquiera la luna nos concedió la penumbra necesaria para la huida. Gorda y presumida, su reflejo argénteo sobre la nieve resplandecía, concediendo una notable claridad a nuestros perseguidores. Unos hombres que en apenas unos segundos recorrieron las escasas habitaciones de la casa, descubriendo en la cocina, la puerta entornada por donde habíamos escapado.

Conscientes de lo inminente del prendimiento, mi madre se arrodilló ante mí y me miró como nunca nadie ha vuelto a mirarme. Dudaba entre besarme o abrazarme, pero apenas quedaba tiempo

para ninguna de las dos opciones, así que simplemente me acarició las mejillas, para después lanzarme contra el suelo con violencia y comenzar a echarme nieve encima, mientras me suplicaba que no me moviera, que no me despojase de aquel abrigo gélido oyera lo que oyera, viese lo que viese. Después, mientras yo tiritaba y lloraba lágrimas que se cristalizaban sobre mis párpados, corrió en busca de mi padre, que aguardaba a los suficientes metros como para no revelar mi posición. Los soldados apenas tardaron un par de minutos en alcanzarlos. Podía verlos perfectamente. Las prisas con las que mi madre me había sepultado habían hecho que no consiguiera taparme del todo, y medio rostro asomaba de costado, como si lo tuviera apoyado sobre una fragosa y glacial almohada.

—No me vengas con esa cara de sorpresa, Millán. Sabías que íbamos a venir, tarde o temprano —les dijo el que parecía el de mayor rango de los cuatro soldados que apuntaban a mis padres—. Me han dicho que tenéis un niño, una alimaña. ¿Dónde está? —le preguntó mirando en derredor, consiguiendo que me estremeciera, y no por la nieve que me abrazaba.

—Libre —respondió mi madre.

Aquel hombre no dudó ni un solo instante. Alzó el brazo con un revólver al final de él y disparó a mi madre en la cabeza. Se desplomó como un títere al que le cortan los cordeles de forma súbita, y mi padre, ahogando un grito que le alicató con esparto la garganta, se arrodilló a su lado, recogiendo la cabeza exánime de mi madre sobre sus rodillas.

Los soldados avanzaron un par de pasos, cerniéndose sobre mi padre, como cuervos que acechan a una presa herida, prolongando la mezquindad de su victoria. Contemplándolos desde mi escondite helado, casi me parecía escucharlos graznar. Reírse del llanto quedo que mi padre expelía como el sarrillo de quien sabe su fin cerca, y aún lo hubiera querido antes, si eso le hubiera ahorrado el ver a su hijo sepultado en nieve y a su mujer morir de valentía. El soldado de mayor rango, el mismo que había ajusticiado a mi madre, guardó su arma en el bolsillo pausadamente; todo en aquella escena parecía transcurrir de forma ralentizada.

—Reza al Dios que siempre has negado, Millán. Reza para que esta mujerzuela encuentre el camino que la distinga de las furcias

con las que se debe estar codeando ahora mismo —le espetó con una crueldad infinita.

Supongo que lo pensó. Aun hoy, que soy un anciano y veo aquel momento desde la perspectiva que me conceden los años transcurridos, quiero pensar que dedicó siquiera un instante a pensar si un suicidio como echarse sobre aquel hombre era la mejor de las opciones. Sospecho que creyó que ya estaba muerto. Que hiciera lo que hiciese, el aliento escaparía de sus labios cuando aquellos hombres quisieran, dejando a un hijo, a su único hijo, a merced del azar. Un chiquillo de cinco años que tiritaba por miedo y por frío, por saberse solo en el mundo, aun cuando su padre aún no había partido de él. Obviamente, quedaba poco para ello.

Ni siquiera fue una amenaza real, no quería despegarse de mi madre. Alzó la mano hacia el sargento, y otros tres disparos hicieron que se iluminara la noche. Tres destellos de tonos fuego que dejaron tras de sí un silencio como nunca he vuelto a descubrir. La nieve, los cuervos encorvados sobre los cuerpos exánimes de mis padres, y el silencio.

Creo que lloré. Quizá tan sólo me sorbí los mocos. Pero el ruido fue suficiente como para que el sargento mirase hacia donde me encontraba. Sabía que estaba ahí, escondido entre la nieve y los rastros, temblando, a un paso de la congelación. Por eso sonrió y se fue, porque abandonarme allí aún era más mezquino que acercarse y darme el mismo fin que a mis padres. Recuerdo su rostro enjuto y su bigote de ribete iluminados en plata por la luna. Aquel rostro se me ha aparecido en mil pesadillas desde entonces. Aún lo hace algunas noches, cuando me abrazan los fantasmas del pasado. Noches en las que vuelvo a aquel erial de nieve moteada por cuervos, que picotean con tesón la sangre de los inocentes.

Cuando se marcharon, felicitándose entre ellos, para saquear a su antojo las escasas posesiones de mis padres, salí de mi escondite, caminé hasta mis padres y me tumbé entre ambos. Tomé una mano de cada uno y dejando que las lágrimas se me congelasen sobre los párpados, lentamente fui quedándome dormido. Creí que moría, incluso lo deseaba, pero no fue así. Desperté en el hospicio de San Torcuato, sin saber cuándo ni quién me había llevado hasta allí. En aquel lugar, un vergel yeco donde se enraizaba el oscuro destino

de los hijos de los vencidos, transcurrieron mis siguientes años. Un hospicio para niños de entre cero y doce años. Aunque quien hubiera visto mi mirada por aquel entonces, o cualquiera de las miradas del resto de muchachos que me acompañaban, hubiera jurado que ninguno de nosotros conservaba en sus ojos el brillo de la niñez. La infancia, sus bondades e inocencias, se nos habían robado a golpe de bayoneta, con el estruendo de la pólvora, con el amargo sabor de la tierra vertida sobre un sinfín de cunetas.

Sin embargo, hubo un sentimiento, muchas veces asociado a la infancia, que nunca desapareció. De hecho, en aquel lugar parecía contar con el sustento necesario como para no parar de crecer, y ese sentimiento era el miedo.

En ocasiones, mientras masticábamos como ratones, mendrugos de pan duro, o jugábamos al fútbol con balones hechos con jirones de trapos viejos, creíamos que el miedo quedaba atrás, que éramos niños como los hijos de los señoritos, que nos miraban al cruzar frente al orfanato en los asientos traseros de los haigas de sus padres. Pero tan sólo se trataba de un espejismo que languidecía en el interior del edificio, donde las preocupaciones por no ser devorados por los chinches, ni desaparecer durante la noche cuando el volumen de huérfanos frisaba el máximo del hospicio, regalaban cucharadas de inquietud al miedo. El miedo de un huérfano es un pozo insondable, uno que nunca logra cegarse del todo. De hecho, si lo pienso con detenimiento, ahora que cuento con nueve décadas a la espalda, creo que algo de mí quedó en ese hospicio. Ese miedo exacerbado, que me helaba la sangre cuando, en mitad de la noche, las monjas entraban en la habitación común y se llevaban a algunos de los niños al que nunca volvíamos a ver. Curiosamente, siempre sucedía cuando el límite de lo soportable estaba a punto de colapsar el orfanato. Y siempre las desapariciones se escudaban en enfermedades de las que jamás observamos los síntomas. Sólo sabíamos que la fosa común de las traseras cada vez tenía mayor volumen, y que siempre eran los jóvenes de mayor edad, aquellos que más complicado era que fueran adoptados por algunos de los matrimonios que se llegaban al hospicio en busca de un hijo, aunque en muchos de los casos lo que deseaban era un servicio joven, al que poder enderezar desde niños, y enmascaraban esa adquisición con el membrete de una adopción.

Yo ya comenzaba a adentrarme en esa edad, donde las muertes por enfermedades anónimas liberaban camas y platos, cuando recibimos la visita de Joaquín Somalo y se obró, lo que muchas de las religiosas de la inclusa denominaron como milagro; que yo fuera el elegido entre los casi ciento cincuenta niños que nutríamos el orfanato.

La imagen, cuando don Joaquín y la señora Enriqueta, su esposa, descendieron del flamante Seat en el que llegaron, era tan penosa como siempre. Más de cien niños, rapados, flacos y medio desnudos, ordenados de mayor a menor altura frente a la fachada del edificio, para que los posibles adoptantes eligieran a uno de nosotros. Una elección que bien pudiera considerarse de azar, pues todos mostrábamos el mismo aspecto, triste, extenuado, de perro capaz de soportar una nueva paliza por un trozo de pan. Los hombros caídos, la mirada apagada, los pómulos huesudos, el pecho flaco, los pies desnudos y sucios...tan semejantes que costaba distinguir el sexo o la edad, sólo la altura distinguía a unos de otros y daba una idea sobre la edad. Por eso, cuando Enriqueta se detuvo unos segundos delante de mí en la fila, y después regresó hasta la posición que ocupaba su marido y Sor Tomasa, la Madre Superiora del orfanato, no acertaba a comprender qué era lo que podía haber visto en mí, pues parecía evidente que era su elección.

Tal y como esperaba, después de unas breves palabras, que desde mi posición en la hilera no llegué a escuchar, Sor Tomasa se llegó hasta mí y me sacó de la fila, colocándome un brazo sobre el hombro. Gesto muy diferente al que empleaba cuando se topaba con cualquiera de nosotros en mitad de los pasillos, momentos en los que nos regalaba toda suerte de pescozones, pellizcos y demás *cari-cias* del mismo pelaje.

—Habla poco y con educación, de usted y sin mirar a los ojos, mequetrefe —me ordenó *sotto voce*, mientras paseábamos frente al escaparate de niños con menos suerte.

Al llegar al otro lado, Sor Virtudes, otra de las religiosas que, con brazo firme y corazón de espinas, regía el centro, ordenó que se disolviera la representación infantil del hospicio, mientras Joaquín y Enriqueta me escrutaban con la mirada. Don Joaquín lo hacía muy serio, arrugando la frente. Su mujer empero, me dedicó una

sonrisa bella, luminosa. Hacía mucho tiempo desde la última vez que alguien me sonreía de ese modo. Me estremecí al pensarlo; no había vuelto a ver ese tipo de sonrisas en otros labios que no fueran los de mi madre.

Sor Tomasa me agarró por las mejillas y apretó fuerte los dedos, obligándome a mostrar la dentadura, como si aquel fuera un trámite más de la venta de un jamelgo.

—Un poco sucias, pero tiene todas las piezas —dijo, mientras don Joaquín asentía con la cabeza—. Es un buen chico, no tiene la culpa de lo que hayan hecho sus padres, que Dios los tenga en su gloria —continuó.

—¿Cómo te llamas, cariño? —me preguntó Enriqueta, inclinándose hacia mí, haciendo que una fresca fragancia a lavanda me inundara un olfato, acostumbrado a lidiar con el infecto aroma a orines y mugre de toda índole.

—Simón —adelantó Sor Tomasa, cuando estaba a punto de contestar.

—¿Y cuántos años tienes?

Ahí la religiosa no anticipó mi respuesta. No hubiera sabido qué decir.

—Casi ocho —susurré.

—¿Ha dicho ocho? —preguntó Enriqueta al aire.

Alarmada, por el hecho de que pudiera considerarme un poco mayor para adoptarme, Sor Tomasa me arrebulló el cabello, mostrando un gesto cariñoso, falso como una peseta de corcho.

—Recién cumplidos, casi siete son. La mejor edad para un niño. Con estos años ya saben qué les conviene y qué no —resolvió con prisas.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó por primera vez don Joaquín a la religiosa.

La monja, dejando a un lado las obligadas carantoñas, sonrió como una hiena satisfecha.

—Aquí no hay más apellido que el ustedes quieran darle —asintió, con un lento ademán de cabeza—. El apellido se desprende de ellos como las hojas de la parra en los meses fríos. Cuando llegan a esta santa institución, en busca de la paz que su familia no supo darles, pierden el apellido hasta que una familia temerosa de Dios

tenga a bien darles uno —sentenció con una solemnidad mucho más cercana a su carácter, que la simpatía que se había forzado en mostrar hasta ese momento.

—¿Quieres llevar nuestro apellido, Simón? ¿Quieres ser Simón Somalo? —me preguntó Enriqueta, mientras me acariciaba la pelada cabeza.

Yo tenía un apellido y no necesitaba otro. Por mucho que aquella monja endemoniada se empeñara en negarme el pasado, lo tenía, y a pesar de mi edad me sentía orgulloso de él. Sin embargo, había algo en el ambiente que me hizo asentir con la cabeza. Tras hacerlo Enriqueta me tomó entre sus brazos, y su marido, sin ningún tipo de disimulo, sacó una billetera que entregó a Sor Tomasa. La religiosa la protegió entre el dobladillo de su hábito.

—Recoge tus cosas y vámonos, para que conozcas tu nuevo hogar —me ofreció Enriqueta.

Miré a la monja confundido. En todo el tiempo que había pasado en la inclusa, las únicas posesiones que había logrado sumar, hacinadas en una caja vacía de cigarros, eran dos recortes del periódico, en los que se veía a varios futbolistas celebrando goles, un trozo de cuerda, con el que cazaba jilguerillos y un rodamiento herrumbroso, que empleaba como canica. Escaso bagaje como para considerar una tragedia el dejarlo atrás.

Al comprender el sentido de las miradas que nos cruzamos la Madre Superiora y yo, Enriqueta me abrazó aún más fuerte y me condujo hasta el coche en el que habían llegado. Me sentó en el asiento trasero y me besó en la mejilla, para después jurarme que todo estaba bien, que jamás volvería a estar solo. En aquel instante recordé la nieve y los cuervos, y supe que por mucho que lo intentara aquella mujer, que rezumaba bondad en cada sonrisa, jamás dejaría de sentirme solo. Nunca.

Cuando el coche se abrió paso entre la gravilla que se alejaba del hospicio, observé a través de la ventanilla como todos mis compañeros me miraban desde las ventanas del edificio. Un sinnúmero de pequeñas cabezas calvas. Rostros cadavéricos de pupilas agrisadas, que me miraban afligidos, por no haber sido ellos los que escaparan del hospicio. Resultaba curioso, ellos sentían la decepción por no haber sido los elegidos, y sin embargo, era yo el que estaba aterrado.

Tras sumar tierras y fortuna, después de ajusticiar a no pocos desgraciados, Joaquín Somalo había desposado a Enriqueta, la hija del boticario de su pueblo, consolidándose como una de las parejas más pudientes y prometedoras de la ciudad en la que se establecieron, con el deseo de formar una familia. Sin embargo, la misma vida que había segado a un sinfín de hombres y mujeres, le negó aquello que más deseaba...un hijo. Cientos de intentos infructuosos, visitas a los mejores médicos y un tratamiento tras otro, todo ello en vano. Finalmente, tras asumir que el vientre de Enriqueta jamás cobijaría un latido, optaron por la adopción, y yo fui su elección.

Se dice que a lo bueno uno se acostumbra pronto, pero no es cierto. Pasaron muchos meses hasta que comencé a dormir en el centro de la cama o con la luz apagada. Como si creyera que tenía que compartirla o que una de las hermanas del hospicio me iba a llevar en mitad de la noche, para convertirme en una víctima más de esas enfermedades que alimentaban la fosa común del orfanato. Tampoco sé cuándo empecé a usar cubiertos en la mesa, ir al baño sin pedir permiso, o dejar de estremecerme cada vez que veía a alguien uniformado. Puede que mi edad dictase que era un niño, pero no mi experiencia. Había comenzado a vivir entre algodones y chocolate, pero una parte de mí seguía oculta entre la nieve, observando el contorno de los cuervos que picoteaban dos cadáveres, aún calientes.

Es curioso esto de la memoria. Ahora que soy un anciano, me es imposible recordar qué cené ayer, o pasar la noche sin convertir mis pañales en un humedal. Sin embargo, recuerdo perfectamente el momento en que llamé a Enriqueta «*mamá*» por primera vez.

Fue un domingo, tras la obligada visita a la parroquia de Santa Catalina, donde don Joaquín trataba de expiar los pecados pasados, regresamos a casa a comer una sopa que María, la nana de la casa, había preparado en nuestra ausencia. Enriqueta tomó mi plato y lo llenó como solía, hasta los bordes. Después lo dejó delante de mí y hundió la cuchara de alpaca, para que el calor de la sopa se minimizase. Me pellizcó la mejilla y se sentó a mi lado.

—Gracias, mamá —musité, un segundo antes de llevarme la cuchara a la boca.

El tiempo se detuvo en aquel salón que olía a maderas nobles y vajilla de porcelana. Incluso María se estremeció al escucharme.

Don Joaquín miró a su esposa, y Enriqueta, tras llevarse la servilleta a los labios con exquisitez, se levantó y me regaló un beso en la mejilla, antes de salir presurosa del salón.

—De nada, hijo —musitó, con un hilo de voz trémulo.

Salió con prisas, llevándose las manos a la cara. Cuando regresó al cabo de unos minutos estaba radiante, más bella de lo que jamás la hubiera visto. Era la viva imagen de la alegría. Llevaba un año en su casa, y desde entonces jamás volví a llamarla por su nombre de pila. Y del mismo modo dejé de ser Simón para ella, pasando a ser hijo, cariño, mi amor, o ese sinfín de almibarados apelativos con el que una madre denomina a quien da sentido a su vida.



Los años continuaron con su ingobernable trajín. Y mientras Enriqueta había pasado a ser mamá, Joaquín seguía siendo el Señor Somalo o don Joaquín. Eso le comía las entrañas más que cualquier desdén. Crecí, estudié en los mejores colegios y concluí una carrera en Londres. Al regresar a España desposé a Teresa, una amiga de la familia, con la que tuve tres hijos que le llamaban abuelo y lo alborotaban hasta el exceso. Sin embargo, las arrugas que le craquelaban la piel no ocultaban la tristeza que le comía por dentro. El hecho de que aún no le hubiera llamado padre, era una losa que ni toda la fortuna de su apellido podía aliviar. Una pena que aún se hizo más patente cuando, con setenta y cinco años, Enriqueta murió y se sumió en una honda soledad, que tan sólo las visitas de mis hijos, de cuando en cuando, mitigaban.



Después de la muerte de mi segunda madre, sólo acudí al pueblo una vez a visitarle, fue casi una década más tarde, y no lo hubiera hecho sin la llamada del médico del pueblo. Un tipo de sonrisa afable y voz pausada, que con el tono aséptico, habitual en los médicos, puso fecha a la inminente muerte de mi padre.

—Me voy —masculló don Joaquín, sentado en su silla de ruedas en el porche trasero de su casa, cuando acudí a despedirlo, y pedí al Servicio que nos dejara solos en sus últimos minutos de vida.

Asentí con la cabeza, con un ademán tardo.

—¿Y ni en este momento me vas a llamar padre? ¿Tantos errores he cometido? Yo, que todo te he dado, que te he querido como si hubieras salido de mis gónadas —masculló, no con poca rabia.

El destino, en uno de sus guiños, había hecho que también nevase ese atardecer y bajo los dos peldaños que descendían desde el porche, una frondosa manta blanca alfombraba el extenso jardín de la casona de los Somalo. Un apellido que, aun con las décadas transcurridas, no consideraba como propio.

—¿Sólo eso me pides? No parece mucho —ironicé.

—Sólo eso —me rogó.

Caminé hasta la espalda de mi padre, tomé las asas de la silla de ruedas, y con esfuerzo descendí la silla hasta la nieve, arrastrándola hasta el centro del jardín. Una vez allí me coloqué frente a él, observando como el rostro de don Joaquín palidecía por el frío, recogiendo los copos que comenzaban a caer de nuevo, en una incipiente nevada que solaparía la que ya tapizaba el suelo.

—Mi padre era Millán Tarancón, el aladrero de Anguiano, al que tus hombres dispararon sin piedad, después de que hubieras asesinado a su mujer, a mi madre, mientras yo estaba escondido entre la nieve, obligado a presenciar el crimen de mis legítimos padres.

Y después de eso, ironías del destino, tu mujer, mi otra madre, me eligió entre más de cien niños. Eligió al hijo del hombre que tú habías asesinado.

Me has criado como a un hijo. Me has dado tu apellido, estudios, todo cuanto he necesitado menos lo que más hubieras deseado... inocularme la desmemoria necesaria para que se borrara el recuerdo de lo que hiciste.

Don Joaquín Somalo me miraba con el rostro de quien descubre que la vida es un chiste y se muere sin encontrarle la gracia. Alrededor de los ojos, arrugados, se concentraban lágrimas, que jamás he sabido si eran de tristeza o de ira. Lo cierto es que no me importa.

Coloqué un pie sobre uno de los reposabrazos y empujé la silla, consiguiendo que el anciano cayera de bruces contra la nieve, hun-

diendo buena parte de su cuerpo en ella. Después, remolcando la silla, regresé hasta el porche y tras dejar la silla de ruedas junto a las escaleras me senté sobre el suelo, mirando hacia el centro del jardín. Joaquín, ese anciano que seguramente había dejado de desear que le llamara padre, me observaba aturdido mientras la vida se le escapaba a borbotones y la nieve le iba cubriendo lentamente. Yo, al otro lado del jardín, aunque miraba hacia donde él se encontraba, no podía verlo. Tan sólo veía la nieve de una nevada pretérita, en blanco y negro. Contemplaba la nieve y unos cuervos, que después de picotear los fantasmas de mis temores echaron a volar, y se perdieron entre las nubes que seguían vertiendo gruesas cortinas de copos blancos, sobre el escenario de mi lenta y satisfactoria venganza.



INTERLUDIO



EL ROBLE HUECO¹

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

Al descubrir esta aparición —ya que no podía considerarla otra cosa— me sentí dominado por el asombro y el terror. Pero la reflexión vino luego en mi ayuda.

E. A. POE, «El gato negro»

LA LLUVIA CAE DESDE PRIMERA HORA DE LA TARDE, INCESANTE, como el segundero del reloj que perteneció al abuelo Jorge. El aguijón dorado prosigue su curso inmovible, ajeno a la ausencia de su dueño, cuyo pulso ya no alienta un metal frío y deshabitado.

El cielo se cubrió de un gris prematuro tras el almuerzo y a través de las ventanas penetró el inconfundible petricor que cada primavera embriaga a Víctor con esencia de añoranza. Cerró los ojos, respiró hondo y lo invadieron efluvios de una tierra poseída por recuerdos, de ese jardín en la casa de campo de su familia donde, a la sombra de los álamos, su abuelo levantó tantos mundos sostenidos por historias.

Más tarde se precipitó la noche, oscura, sin estrellas, y arreció la lluvia.

En el cajón de la mesilla de noche, las manecillas del reloj se encuentran sobre las tres y cuarto. La casa está envuelta en un falso silencio, acribillado por el repique de gotas sobre el tejado y los cristales. Hace rato que Angélica, aletargada bajo la tibieza de las sá-

¹ Este relato fue reconocido con una Mención Especial en el «VII Concurso IFACH de Narrativa Corta» de Calp, Alicante (2002).

banas, sucumbió a esta cadencia hipnótica. Duerme profundamente. Su avanzado estado de gestación la sume en un sopor al que acuden pesadillas que siempre desembocan en el parto de los gemelos que esperan. Víctor no sabe nada de estos sueños. Ella lo conoce de sobra y no quiere preocuparlo. Seguro que los tomaría como premonitorios. Angélica, en cambio, no cree en esas cosas. Más bien, se esfuerza para no creer en ellas. Cada vez que se despierta sobresaltada en mitad de la noche, abraza el cuerpo cálido de su marido y escucha su respiración. No quiere preocuparlo. Lo está pasando mal. Aún tiene muy presente la inesperada muerte del abuelo.

De haber despertado en medio de esta noche lluviosa, Angélica habría hallado unas sábanas vacías. El cuerpo de Víctor, empapado y frío, se encuentra en el jardín, impasible ante los azotes del agua y la oscuridad que lo rodea. Ha descendido al inmenso hoyo que la excavadora abrió esa misma mañana. Dentro de poco, los obreros colocarán el mallazo sobre el que habrá de fraguar el hormigón. Tal vez no haya quedado satisfecho con el trabajo y por eso, pico en mano, ha abierto un agujero de medio metro cuadrado en el extremo de lo que pronto será una piscina. Tras depositar algo en él, lo ha vuelto a tapar, a conciencia.

Ahora repite la labor. El agua de lluvia ha ablandado la tierra y el pico penetra con facilidad, aunque el suelo lo succiona y se resiste a liberarlo. Golpea la pala de canto para separar el lodo del metal. Tiene que terminar cuanto antes. Una vez sepultados bajo dos cuartas de hormigón y con cincuenta mil litros de agua encima, nunca más saldrán para hacer de las suyas.

Víctor ha colocado una linterna junto a sus pies. Mientras trabaja bajo la lluvia, su cara brilla como moldeada en plástico y el haz de luz hace chispear las gotas que se estrellan contra el barro. El agujero sigue aumentando. Poco más allá hay un cofre de madera algo mayor que una caja de zapatos. Tiene las esquinas cantoneadas con latón oxidado. Igual de enmohecido está el cerrojo de su cara frontal. Solo destella, por ser nuevo, el candado de acero que condena el perno. Cada vez que el pico hiere la tierra, lágrimas de fango salpican la caja. La lluvia enseguida las arrastra hacia los charcos.

El arca de madera y la que acaba de enterrar han aparecido hace cinco días para zarandear la realidad que solía gobernar su vida. An-

gética ha percibido el cambio de actitud en su marido, pero lo achaca a la desgracia acontecida semanas atrás. Paciencia y comprensión es lo que puede ofrecerle.

Mientras retira coágulos de barro con la pala, Víctor asiste una y otra vez a la aparición de los baúles. Son los primeros eslabones de esa cadena que, sin descanso, tira de la imagen de su abuelo, desnudo, magullado y muerto. Las demás argollas se amontonan en su cabeza en forma de historias que el padre de su padre le contaba de pequeño, aterradores cuentos de hadas que no lo dejaban dormir. Ahora, cuando frisa la treintena, los revive con una inmediatez angustiosa.

Desde hace cinco días tiene pruebas. Ahora sabe que los relatos de su abuelo eran ciertos, a pesar de estar camuflados bajo velos fantásticos, golpes de efecto que desencajaban los ojos del pequeño Víctor, recursos que, está claro, también trataban de protegerlo.

Hace escasos días, ya adulto y a punto de estrenarse como padre, Víctor ha descubierto que su abuelo era un hombre con grandes secretos que le impedían vivir en paz. Un hombre que utilizó a su nieto para compartir aquello que tanto lo afligía con alguien cuya madurez de razonamiento no saliera en su auxilio.

Lo que antaño pareció descabellado ahora se muestra real, palpable.

Por primera vez, las piezas del pasado de Víctor encajan apenas sin fisuras.

Es increíble cómo puede licuarse la historia vital de una persona, la de una familia entera, para solidificar nuevamente adoptando una forma difícil de asimilar.



El abuelo Jorge pasaba largas horas con su nieto, sentado a la sombra de los álamos negros que resguardaban la vivienda. Le contaba historias extraordinarias, como que en otros mundos existían mujeres capaces de alumbrar a seres que no eran del todo humanos.

—Pero ¿cómo son, abuelo? —preguntaba el niño.

—Muy diferentes a nosotros, aunque supongo que tendremos mucho en común.

—¿Y eso dónde ocurre?

—En países lejanos, pero sobre todo en otros planetas. En esos lugares, al mirar el cielo ves tres soles de día y ocho lunas de noche. Pero no creas que el día y la noche pasan tan rápido como aquí. Aseguran que hay un mes de luz y dos de oscuridad.

Y así inventaba el abuelo mil historias para entretener a su nieto, fantasías donde acababa aflorando ese *leitmotiv* culpable de que Víctor no conciliase el sueño de madrugada.

—... en aquel planeta vivían un hombre y una mujer que iban a tener un hijo. Los dos eran felices, hasta que la mujer empezó a sentirse mal. Perdió las fuerzas, no tenía ganas de comer...

—Si la gente no come se muere, ¿a que sí, abuelo?

—Se salvó porque no dejó de beber leche. La leche es buena y a esas criaturas no les sienta bien, ¿sabes?

El pequeño Víctor siempre asentía con los ojos muy abiertos, animando a su abuelo para que continuara.

—¿Y qué pasó con el niño?

—A eso voy. La mujer estaba muy débil cuando llegó la hora de dar a luz y, para colmo de males, tuvo una hemorragia. Eso quiere decir que perdió mucha sangre...

—¡Yíac! ¡Sangre! ¿Dónde tenía la herida, abuelo?

—No era una herida como las que te haces cuando te caes. La sangre salía por donde tenía que nacer el niño.

—Pero ¿entonces nació o no?

—Ese era el problema, Víctor, que la mujer no dejaba de perder sangre y, si no tenía al niño pronto, lo más seguro es que madre e hijo murieran.

—Pero no se murieron, ¿verdad, abuelo?

—No, al final salió lo que tenía en la barriga.

—Tuvo al niño...

—A veces, en planetas con tantos soles y tantas lunas no solo nacen niños. Hay un monstruo que se mete en la barriga con el bebé y...

—Un monstruo... —susurraba su nieto, los puños apretados mientras tragaba terrones de saliva.

—Los hay que nacen con cara de perro y cuerpo de cabra. Otros tienen cabeza de pato y terminan alargados como una serpiente.

Algunos se asemejan más a las personas, aunque son peludos, con el cuello estirado y en vez de boca tienen pico. Los dedos de las manos son largos y delgados. No tienen uñas, sino garras. Por eso derrama tanta sangre la mujer cuando lleva uno de ellos dentro. —Víctor miraba a su abuelo con los ojos muy abiertos, sin pestañear—. Pero no pudo matarla porque la mujer dejó de comer y el monstruo perdió fuerzas.

—La mujer solo tomaba leche. —El pequeño era un oyente atento.

—A esos monstruos no les gusta la leche: los debilita y acaba matándolos. Por eso hay que tomar mucha leche, Víctor...

Y así daba el abuelo Jorge un último giro moralizante a su historia, que se veía reducida a un cuento para que su nieto se acostumbrara a ciertas comidas.

Pero había un hecho que a Víctor le llamaba especialmente la atención mientras asistía a aquellos relatos: el abuelo nunca apartaba la vista de uno de los árboles del jardín, el único que había allí de su especie y bajo el cual nunca se sentaban. Era un viejo roble que en tiempos pasados debió erguirse regio y frondoso en una de las esquinas del jardín, aunque ahora apenas mostraba síntomas de vida. Lo había alcanzado un rayo en dos ocasiones. Una, hacía muchísimo tiempo —justo después de que naciera el padre de Víctor—; otra, curiosamente, después de su propio nacimiento.

El árbol, carbonizado en su mayor parte, estaba hueco, sin médula ni duramen. Por alguna razón, el abuelo siempre se había negado a arrancarlo para sustituirlo por otro sano.

En cuanto al pequeño Víctor, no le disgustaba la presencia de aquel mastodonte decrepito. Su tronco, aun seco y horadado, tenía algo de mágico, como aquellos que de vez en cuando surgían en los cuentos de hadas y que al final resultaban ser portales a otros mundos. El roble no tenía más remedio que estar encantado. Si no, ¿por qué iba a contemplarlo su abuelo tan fijamente cada vez que le narraba una de sus historias, como si el árbol dictara una por una las palabras que salían de su boca?



La ropa y las manos de Víctor están enfangadas. A cambio, el hoyo es cada vez más profundo.

La lluvia amaina y cede protagonismo a las ráfagas de viento. Rodeado por paredes de más de dos metros y empapado en sudor, Víctor no siente frío.

Restalla un trueno en la distancia, justo cuando Víctor se endereza. Calcula que no queda mucho para que el agujero aloje la caja. Vibra otro trueno. La verdadera tormenta está a punto de llegar.

Por un instante imagina que el fogonazo de un rayo agrieta el cielo negro, descolgándose desde las alturas hasta atravesar su cuerpo, indefenso y empapado, de la cabeza a los pies. Sin embargo, está seguro de que eso no va a ocurrir. Todavía no.

Si ha de caer un rayo sobre algún enclave del jardín, será dentro de un mes. Para entonces, la piscina estará terminada y llena.

Repara unos segundos en la caja que se dispone a enterrar.

Vuelve a cavar.



Desde que tuvo uso de razón, para Víctor el árbol seco —o «el árbol quemado», como todos lo llamaban— había sido diferente del resto. De mayor envergadura, a pesar de su estado ruinoso saltaba a la vista que pertenecía a un orden más noble y majestuoso dentro de las familias arbóreas. Por antojos del destino, su corteza era más oscura y escabrosa que la de sus vecinos y contaba con escasas ramas en las que a duras penas afloraban hojas verdes. En los otros árboles había nidos y Víctor recordaba que de niño, cuando a excepción de él todos dormían durante la hora de la siesta, le gustaba oír el incansable piar de los gorriones. Los veía brincar de rama en rama, revolotear en busca de amparo entre las sombras... Pero todos evitaban un extremo del jardín.

Existía un territorio prohibido, un árbol al que rara vez se acercaban las aves. El niño desconocía el motivo de tal rechazo. Solo comprobaba que de vez en cuando uno de aquellos pajarillos aparecía muerto, rígido hasta las plumas, al pie del tronco hueco. Draco, el gato gordo y peludo del abuelo, husmeaba el diminuto cadáver y

huía con el rabo encrespado. Siempre era Víctor quien cavaba un hoyo donde enterrar al pajarillo.

¿Quién sabe si los rayos habían envenenado el roble y por eso morían las aves que, desprevenidas, osaban posarse en él?

Uno de aquellos eternos mediodías en que la casa y los adultos sucumbían al necesario letargo estival, el pequeño Víctor merodeaba descamisado por el jardín en busca de entretenimiento cuando, para su sorpresa, creyó distinguir algo dentro del tronco hueco.

Dos ojos brillantes. Un par de luciérnagas suspendidas en la oscuridad.

¡Qué extraño! El tronco vacío que tanto le fascinaba jamás había sido hogar de los animalillos que vagabundeaban por el campo.

Empujado por la curiosidad, tomó una rama del suelo y se acercó al roble, lentamente, hasta casi tocar su áspera corteza con la mano. Se arrodilló para ver mejor y alargó el brazo hacia el vacío. La rama se perdió por completo en el lóbrego vientre del árbol y comprobó que los ojos luminosos se hacían a un lado. No le cupo duda: algún animal se había aventurado a entrar allí y ahora no quería salir... o tal vez no pudiera hacerlo. Aconsejado por su inocencia de seis años, estiró más el brazo, más, más... Como no era suficiente, gateó hacia el interior del tronco y, casi sin darse cuenta, entró en él por completo.

El hueco del árbol era lo suficientemente amplio para albergarlo de pie, pero al verse dentro de aquella oscuridad Víctor experimentó un súbito aguijonazo de miedo y quiso salir a toda costa. La huida, que en principio no tendría por qué haber sido complicada, se mostró imposible.

¿Qué había ocurrido?

El tronco se había estrechado hasta cerrarse en torno a él. La cavidad del árbol lo oprimía y el agujero de entrada no estaba por ninguna parte. Lo angustió pensar que jamás saldría de allí, que ya no volvería a ver a sus padres ni a sus abuelos, que nadie imaginaría dónde estaba atrapado ni oiría sus gritos pidiendo auxilio.

El árbol se cerró para convertirlo en la médula de un tronco que lo arañaba sin compasión. ¿O no era el árbol?

En medio del arrebato de pánico creyó oír el eco de una respiración, pesada, envolvente. Algo consumía todo el aire que quedaba allí dentro. Volvió a ver los ojos brillantes zigzagueando a su alre-

dedor cruzando como cometas impulsados por graznidos. Con cada ida y venida le ardía la piel.

Tuvo claro que moriría allí dentro. Supo que nadie lo encontraría jamás...

Hasta que, después de una eternidad, halló el hueco por el que accediera a la prisión de madera. Luz de vida. Se abalanzó hacia ella y brotó del vientre del roble como en un parto, la espalda y el pecho manchados de sangre, untado por completo en sudor.

Aquel suceso interrumpió la siesta sagrada de la casa. Su madre, alarmada al comprobar el estado de su hijo, lo cogió en brazos y corrió a curarle las heridas. Los profundos arañazos que le surcaban torso y espalda escocían como si se los estuviera desinfectando con sal y vinagre.

El paso de los años no borró las cicatrices, siempre a la vista para que no olvidara cómo se las gastaba aquel árbol, muerto solo en apariencia.

Ahora Víctor igualaba a su padre, que al desnudarse ponía al descubierto dos hileras de cicatrices cruzando en oblicuo su espalda. El pequeño las había contado muchas veces: diez en total, cinco paralelas y casi simétricas a la izquierda, otras tantas con la misma disposición a la derecha. Las suyas sumaban otra docena, pero la mitad le surcaba el pecho y el resto, la espalda. Con el tiempo, al menos las frontales quedaron disimuladas entre el vello pectoral. Las traseras, a pesar de no verlas, las presentía con el roce de la ropa.

—¿Cómo te lo hiciste, papá? —preguntaba el niño Víctor de vez en cuando.

—Son de nacimiento —solía ser la respuesta de su progenitor, escueta e insuficiente para calmar la curiosidad de su hijo.

Sin embargo, tras el percance sufrido en primera persona con el roble quemado, Víctor halló otra explicación. Seguro que su padre le ocultaba la verdad para evitar lo que, finalmente, había vuelto a suceder.

El roble hueco los había marcado de por vida y para Víctor aquel árbol adquirió un halo aún más enigmático en su mitología personal. A ello se unió la imagen de su abuelo caminando alrededor del tronco, vueltas y más vueltas con las que repetía un mismo círculo.

La primera ocasión en que presencié aquel extraño peregrinar fue de madrugada, cuando aún tenía los arañazos frescos. Víctor había despertado a causa de una aterradora pesadilla en la que el roble se abalanzaba sobre él con ojos llameantes dentro de unas inmensas fauces ribeteadas de colmillos. Lo quería devorar. Aún tembloroso, se asomó a la ventana de su habitación. Desde allí se divisaba el rincón acaparado por el roble y descubrió a su abuelo dando vueltas interminables alrededor del tronco. Caminaba atrapado en un trance, como si con cada paso y circunferencia blindase el suelo que pisaba. Así permaneció al menos por espacio de una hora.

Concluido el ritual, entré en la casa. Víctor oyó que subía las escaleras. Entendió que se dirigía al dormitorio de invitados, donde él se encontraba, y se lanzó sobre la cama para hacerse el dormido. Con las pestañas arrendijadas, observó a su abuelo echado sobre el quicio de la puerta, en silencio, contemplando a su nieto. Luego desapareció como un fantasma que quizá nunca hubiera estado allí. Víctor lo oyó entrar en su habitación. Las láminas de un somier crujieron en el silencio de la noche.

El abuelo Jorge yacía junto a la abuela Clara, concluido su insólito baile.



El hoyo está terminado y los truenos suenan más lejos. La tormenta se escora hacia el oeste. No descargará sobre Víctor.

Si las lluvias cesan, terminarán la piscina pronto y el trabajo que él lleva a cabo esta noche también habrá culminado. Las dos cajas no verán la luz nunca más.

A la linterna apenas le quedan pilas. Ya solo tiene que introducir el cofre en el agujero y volverlo a tapar. El candado brilla ahora con menor intensidad. Al descubrirlas, las pequeñas arcas contaban con sus cerraduras originales, resistentes aunque oxidadas, y Víctor las forzó para descubrir su contenido. Aún no sabe si obró bien al perturbar el anonimato de aquel secreto. Pero, como le ha ocurrido tantas veces a lo largo de su vida, la curiosidad le pudo y de nuevo lo arrojó a un estado en que nunca quiso hallarse.

¿Quién iba a pensar que las historias del abuelo Jorge contendrían tanta verdad?

Víctor hace ademán de levantar la caja pero un súbito picor le reconcome el cuerpo. Se rasca para calmar la comezón, embarrando la camiseta con el lodo que le embadurna las manos. Al fin se arroja en el fango, agarra el cofre, pesado para su tamaño dada la recia madera con que está hecho, y lo deposita en el hoyo excavado. La oscuridad se traga la caja, con su cerrojo viejo y su candado nuevo. Desaparece de la faz de la tierra. Su contenido, no obstante, permanece grabado en la memoria de Víctor.

Al tiempo que se incorpora, lo asalta un ligero mareo. Una oleada de calor le oprime el pecho y se aloja tras sus ojos. Se nubla cuanto hay a su alrededor. En esos instantes de ceguera ve a su abuelo cavando junto al roble. A sus pies, una pequeña caja de madera cantoneada en brillante latón. El árbol, aún verde, saludable, está a punto de iniciar su especial relación con el abuelo Jorge, un vínculo que los volverá inseparables.

El abuelo Jorge siempre gozó de una imaginación privilegiada con la que ideó lugares donde confinar sus miedos. Las historias transcurrían en planetas como *Retridof*, *Alejado III* y *Peligrosa Sideral*, en países llamados *Tierraextraña*, *Escondida* y *Esinfral*, o territorios como *La isla de los mares por hallar*.

La imagen que se había colado en sus recuerdos, su abuelo enterrando el mismo cofre que él acababa de introducir en el hoyo encharcado, debía de haberse originado en un cuento relatado por su antecesor, uno que se desarrollaba en *La gruta del olvido*.

—Aquella cueva estaba en las entrañas de la montaña más alta de *Escondida* —le narraba—. Solo el hechicero de la tribu de los Matadragones sabía llegar allí. Ese clan, lo dice su nombre, llevaba siglos luchando contra el Dragón Fénix. Cada cierto número de ciclos solares la bestia surgía de repente. Venía a exterminarlos, a quedarse con sus tierras, con sus posesiones. Se libraban batallas sangrientas en las que muchos Matadragones terminaron muertos o malheridos. Tanta sangre se daba por bien empleada siempre y cuando el dragón acabase abatido y exhalando su último aliento de fuego. Luego lo descuartizaban, quemaban sus duras escamas, sus vísceras, su carne. Por último esparcían los huesos y enterraban sus cenizas... Pero

siempre quedaba el corazón. Era gigantesco, de un metal helado. No había fragua capaz de fundirlo. Solo una persona podía deshacerse de aquel órgano vital —aquí siempre hacía una pausa dramática—: el hechicero, el padre de los Matadragones.

»Tras cada enfrentamiento, el anciano encerraba el malvado corazón dentro de un arca con cien candados y, echándosela al hombro, se perdía en el interior de la montaña. Pasaban días y semanas antes de que el viejo curandero reapareciera por la boca de la cueva. Estaba agotado, con las manos vacías y manchadas de tierra roja, al igual que su túnica y su barba blanca. Había enterrado el arca donde la montaña tenía sus raíces, en un abismo tan profundo que ningún otro hombre podría encontrarla. Aunque lo secreto del lugar no era solo para hacerlo inaccesible, sino para que el dragón que germinaría de aquella gran semilla de plomo tardase años, cuantos más mejor, en dar con la salida. Los Matadragones lo tenían claro, Víctor: jamás acabarían con aquella bestia. Si algún día lo lograban, supondría un cambio en su forma de vida, en su historia, incluso en el nombre de su tribu, pero lo único que podían hacer era espaciar sus apariciones, retrasarlas el mayor tiempo posible, al menos durante una generación.

Víctor se resistía a aceptar que el paso de los años hubiese deteriorado de aquel modo una mente tan promiscua en invenciones como la de su abuelo, pero al final dejó de habitar la realidad en que los demás vivían, atrapado en un mundo de fantasías cada vez más rudimentario, hasta que su conciencia y sus recuerdos dejaron de existir.

Los médicos lo llamaron Alzheimer, pero Víctor había constatado que tras la muerte de su esposa, el abuelo Jorge se había precipitado por un agujero de gusano que lo arrastró en viaje inverso por todas las etapas de su vida. Hubo un instante en que su reloj biológico empezó a circular en dirección contraria y desanduvo en menos de dos años el vasto camino recorrido en setenta y seis.

La travesía empezó con una acentuada pérdida de memoria. Más tarde vinieron las conversaciones y monólogos inconexos, guiados por historias que había inventado a lo largo de su existencia. Aquellos mundos se convirtieron en su realidad y un día era el hechicero del los Matadragones, que no lograba encontrar *La gruta del olvido*.

Otro amanecer lo descubría como capitán de la nave que acababa de aterrizar en *Peligrosa Sideral*. Siguió enfrentándose a los monstruos comehombres en *La isla de los mares perdidos* y a los tragarrayos de *Tierraextraña*...

Hasta el día en que dejó de hablar para tornarse un mueble más del salón, un vegetal que había que regar y asear cada cierto tiempo. Si le daban de comer, comía; si lo sacaban a caminar por el jardín, caminaba, con los pasos torpes e indecisos de un niño que aprende a mantener el equilibrio. Lo único que de vez en cuando hacía por sí mismo era llorar y balbucear algún nombre que nadie, tal vez ni siquiera él, alcanzaba a entender. Si acertaba a encarrilar alguna frase, decía que quería irse a casa, aunque se encontraba en su propio salón o en su dormitorio.

Al mirarse en sus ojos, Víctor solo veía distancia, un camino imposible hacia otro mundo al que ellos no podían llegar.

A pesar de tanta decadencia, un día en que Angélica andaba enfrascada en las tareas domésticas, el abuelo Jorge salió de casa. Fue la esposa de su nieto quien, al ver el salón vacío y tras buscar al abuelo por todas las habitaciones y por el jardín, dio la voz de alarma. Primero llamó a Víctor al trabajo, luego a casa de sus suegros. Tan pronto colgó el teléfono de la mesilla del salón reparó en que había pasado algo por alto: detrás del sillón en que acostumbraban a sentar al abuelo estaban amontonados sus pantalones, la camisa, los calzoncillos, los calcetines y las zapatillas con que lo habían vestido a primera hora de la mañana. El abuelo deambulaba solo, Dios sabía por dónde, tal y como había venido al mundo.

Los padres de Víctor no tardaron en llegar y, junto a su nuera, continuaron la búsqueda del abuelo por la vivienda y sus alrededores. ¿Dónde podía haber ido un hombre en su estado físico y mental, y además desnudo?

Llamaron a vecinos y conocidos. Nadie lo había visto.

Por fin llegó Víctor y, nada más ponerlo al corriente, supo dónde encontrar a su abuelo.

Había un lugar en el que nadie había buscado.

Sin perder un segundo cruzó el jardín en dirección al roble quemado. Tras él, Angélica y sus padres. Cuando aún les quedaban unos metros para llegar, avivaron el paso. La tierra alrededor del árbol

había sido removida, como si un animal hubiese escarbado en ella sin demasiado éxito. La prisa se tornó carrera cuando por la oquedad del tronco vieron asomar una pierna blanca estriada por hilos de sangre. Víctor llamó a su abuelo a gritos; no hubo respuesta. Ayudado por su padre intentó liberarlo, pero fue en vano. Incrédulos, entendieron que jamás saldría por aquel agujero porque, sencillamente, no cabía...

¿Cómo diablos había entrado en aquella trampa de madera?

Mientras forcejeaban con el tronco seco, Víctor se vio asaltado por el mismo arrebato de pánico que le sobrevino de pequeño al entrar en el roble y darse cuenta de que se había cerrado en torno a él para impedir que escapara.

¡Tenía que sacar a su abuelo de aquella oscuridad!

Corrió en busca del hacha con que partían leña y agrandó la oquedad que dejaba al descubierto el alma negra del roble. La madera, muerta en muchos sitios y calcinada en otros, no ofreció resistencia, aunque tuvo que contenerse para no herir al abuelo. Poco a poco quedó a la vista una mayor parte del cuerpo pálido, tiznado e impregnado de sangre que seguía atrapado allí dentro.

Cuando liberaron al abuelo de su prisión era un ser inerte al que se le había detenido el corazón. Tenía astillas clavadas por todo el cuerpo, algunas largas y gruesas como dedos.



Relleno el agujero, Víctor allana la superficie a golpe de pala. Ha dejado de llover y la linterna alumbra menos que los rayos de luna intercalados entre las nubes. Endereza el cuerpo y contempla el suelo perturbado. Se rasca con avidez porque vuelve a sentir un picor inconsolable en la espalda y en el pecho. Suspira. Las dos cajas están una vez más bajo tierra, de donde nunca debieron salir. De haber continuado en el anonimato, Víctor mantendría su estado de inocencia y no habría tenido que recomponer las piezas de su pasado, que no era otro que el de su familia.

Quién sabe si descubrimientos de tal calibre son necesarios para que la realidad en que uno vive se torne más real. ¿Habría sido

mejor vivir ajeno a todo, protegido por una ficción alimentada de cuentos?

Tomó solo un instante derribar el dique que en apariencia separaba aquellas historias inventadas de la otra que tenía por verdad. El instante en que los dos cofres salieron a la luz.

Desde la muerte de su abuelo, el deseo de arrancar el viejo roble se había convertido para Víctor en una obsesión. Fue entonces cuando ideó la necesidad de una piscina, comodidad que tantas veces habían echado en falta en la casa de campo. El lugar idóneo para construirla era, ¿cómo no?, la esquina donde resistía el roble. Procedieron a talarlo, dejando un tocón hueco a la espera de que la retroexcavadora lo arrancara, incluidas las raíces.

Ocurrió dos días más tarde. La máquina plantó los gatos en tierra, el circuito hidráulico alargó el brazo extensible y los dientes de la pala forcejearon con el último obstáculo antes de abrir el hoyo. Fue una lucha enconada, tanto que en varias ocasiones la tenacidad de las raíces hizo que la presión ejercida por el brazo alzara gatos y máquina, desplazándola unas cuartas a la derecha, otras veces a la izquierda.

Al final, el artefacto construido por el hombre doblegó al elemento de la naturaleza. El tocón se separó de la tierra con crujidos que se impusieron a los cimbrados de la máquina. Vencidos, los últimos vestigios del roble yacieron de lado, las raíces como gruesas serpientes, una gigantesca cabeza de Medusa tratando de aferrarse a los últimos terrones y a...

Aquellos áspides sostenían algo más. Su intrincado bosquejo estrangulaba dos cofres con tanta fuerza que era imposible distinguir dónde terminaba la raíz y dónde comenzaba la madera trabajada por el hombre.

Víctor volvió a recurrir al hacha para separar las cajas de la maraña enraizada. Mientras la cuchara de la excavadora apartaba el muñón de roble y empezaba a abrir la tierra, él se llevó los cofres al cuartillo de herramientas construido tras la casa. Los colocó en la mesa de trabajo y con una cizalla de mano cortó los candados oxidados. Apenas opusieron resistencia.

Aguardó antes de levantar las tapas, asaltado por emociones provenientes de su niñez. Había aprendido que en ocasiones el deseo

de conocer y la espera eran más gratificantes que el descubrimiento final. Tanto era así que llegó a concebir la idea de guardar las cajas en algún lugar, tal vez allí mismo, para esperar unas horas, unos días más...

Imposible.

Su curiosidad enfermiza no lo dejaría marchar sin descubrir lo que aquellos cofres custodiaban. Puestos a especular, ¿quién sabe si estarían llenos de doblones de oro, como ocurría en tantos cuentos? Aunque no pesaban tanto... Pero era evidente que no estaban vacíos. Algo resbalaba dentro de las cajas cada vez que las movía.

Al fin alzó una de las tapas.

Los ojos se le desencajaron y sintió que se le atascaba la respiración.

En medio del estupor dejó al descubierto el contenido del segundo cofre.

El desconcierto le prohibió parpadear. Se derrumbó en un banco, la mirada perdida más allá de las estrechas paredes del cobertizo. Su cerebro se afanó en recomponer y dar sentido a lo que sus ojos acababan de dictarle.

Ambas arcas estaban llenas de huesos. Algunos aún mantenían su posición anatómica original debido a una razón evidente: las cajas eran pequeñas damas de hierro cuyos clavos, largos y afilados, habían atravesado incluso los huesos de sus inquilinos. Un vistazo fugaz le había bastado para constatar que el interior de las tapas estaba surcado por profundos arañazos. Aquello solo podía significar que los dueños de los huesos habían sido encerrados estando aún con vida.

Víctor reunió fuerzas para asomarse una vez más a los pequeños féretros de tortura. En el reverso de una de las tapas había varias garras incrustadas, a todas luces arrancadas de unos dedos.

¿Aquella extirpación había tenido lugar antes de la muerte de lo que quiera que hubiesen encerrado allí dentro o una vez se hubo secado su cadáver?

Una de las garras atravesaba el primer dígito de la fecha inscrita en la madera: 6-1990. En la tapa de la otra también halló una secuencia numérica: 8-1968.

Ambos esqueletos, a pesar de su menudez, se intuían antropomorfos, salvo por ciertas anomalías que contradecían el patrón.

Muchos huesos, sobre todo los pequeños, se amontonaban sin orden en las esquinas. En cambio, los más relevantes permanecían en su sitio, sujetos por los clavos. En uno de los cofres se reconocía la mayor parte de una columna vertebral, el cuello doblado hacia un lado por ser demasiado largo y no haber más espacio. Ni sus dimensiones ni el número de vértebras encajaban con la altura a la que seguía clavado uno de los omóplatos. Diseminadas por la caja había costillas diminutas y lo que parecían tibias que no casaban con las dimensiones de otros huesos.

Entre tanta incoherencia descubrió algo mucho más desconcertante. El pequeño complejo óseo que no tenía más remedio que ser el cráneo no se correspondía con el de un bebé, al menos no del todo. Era algo más estrecho y la mandíbula se proyectaba hacia delante hasta perfilar un pico.

Le temblaron las manos mientras extraía los huesos de la caja. Una vez esparcidos sobre la mesa de trabajo, apeló a sus conocimientos anatómicos y a las historias de su abuelo para reconstruir la estructura original del esqueleto. Tardó varios días en resolver el rompecabezas, siempre haciendo escapadas clandestinas al cobertizo. Llegó a obsesionarse y perdió las ganas de comer, convencido de que no hallaría descanso en tanto no completase la tarea que se había impuesto. Enfrascado en hallar la lógica de aquel laberinto, dispuso de tiempo para pensar, interpretar y esforzarse por entender los ángulos muertos, las lagunas oscuras en la vida de su abuelo y en la suya propia.

Los dos esqueletos y los años que, según las fechas grabadas en el interior de las tapas, separaban el enterramiento de uno y de otro arrojaron una luz punzante sobre lo ocurrido el día en que su abuelo los dejó. Gracias a las horas compartidas con su ascendiente bajo los álamos negros, él era el único poseedor de la información real y fantástica que daba sentido a la muerte del malogrado cuentacuentos.

6-1990...

8-1968...

Mes y año en que Víctor y su padre nacieron, respectivamente. No le cupo duda de que en aquellas coordenadas temporales existieron varios soles y distintas lunas en el cielo, y de que el día y la noche duraron un mes cada uno.

Ambos embarazos fueron dobles. Víctor recuerda que en cierta ocasión alguien refirió que su madre había tenido un aborto. Jamás imagino que aquel ser se hubiese gestado junto a él, compartiendo un mismo vientre a un mismo tiempo.

Una lanza de luz acuchilló su conciencia para hacerle ver que uno de los esqueletos era su hermano; el otro, su tío.

Su padre siempre había dicho la verdad. Las cicatrices de la espalda las traía de nacimiento.

En el hoyo de la piscina, Víctor piensa en la leche y en sus poderes. Con los ojos cerrados ve al hechicero de los Matadragones enterrando dos cofres bajo un viejo roble. Un rayo calcina el árbol y, décadas más tarde, otro vuelve a incendiarlo como una antorcha. A la luz de la luna, el viejo de barba blanca danza alrededor del tótem moribundo. Hace su aparición el capitán de la nave nodriza interstelar *Sirius V*. Regresa a su planeta tras haber completado una expedición por mundos extraños y lejanos, aunque a medida que progresa en su viaje el reloj-calendario de la nave corre a la inversa. La vuelta a casa resulta ser, literalmente, una carrera contrarreloj, contra ese curso unidireccional impuesto por una lógica limitada a la costumbre, y el capitán rejuvenece, se torna un muchacho, luego un niño. Los años retroceden en el interior de la nave hasta convertirlo en un bebé que balbucea porque aún no ha aprendido a hablar. Por fin, y a pesar de las penurias sufridas a lo largo de la travesía, el capitán, guiado por sus instintos más atávicos, intuye la localización de su planeta de origen a través de una nebulosa y logra aterrizar en él. Gatea hacia el vientre de madera calcinada que contiene su propia semilla y allí dentro adopta posición fetal hasta dejar de existir.

El abuelo Jorge rellenó el hueco del roble por completo, algo que no había sucedido nunca tras la caída de los rayos, ni siquiera cuando el pequeño Víctor quedó atrapado en su interior. Aquel molde esperó durante décadas la forma que había de encajar en él. El abuelo había sido principio y final; había cerrado el círculo. Eso piensa Víctor mientras asciende por las escaleras que ha empleado para entrar en el hoyo de la piscina.

Las causas provocan efectos. Las consecuencias siempre vienen después, salvo en este caso en que la regla se confirma a la inversa.

Aquellos dos seres vinieron al mundo para que, muchos años después, la semilla que los engendrara retornase a ellos en busca de su extinción.

Fuera del hoyo, Víctor siente que el viento enfría sus ropas mojadas. Desea con todas sus fuerzas no errar al suponer que su abuelo ha cerrado un ciclo que él mismo comenzó. Quiere pensar que con ese final ha puesto a salvo a su próxima descendencia, a los gemelos que Angélica lleva en su vientre.

Víctor devuelve pico y pala al cobertizo. Mira hacia la mesa de trabajo como si quisiera cerciorarse de que jamás desvelará el secreto que han compartido y que nadie más conoce. Antes de entrar en la casa se quita las zapatillas de deporte. No quiere embarrar el suelo. Sube las escaleras en dirección al cuarto de baño. La ducha caliente espanta el frío que ha empezado a calarle los huesos. Tan pronto cierra el grifo, retorna el picor que lo ha incordiado en el hoyo de la piscina. Nota tirantez en la espalda y se rasca con insistencia, esta vez con la toalla. Luego pasa la mano por el espejo empañado. Entre la neblina que aún flota en el cuarto de baño comprueba, hasta donde alcanza a ver, que las cicatrices están rojas e inflamadas. Se diría que acaban de fustigarlo con un látigo de cinco colas. En el pecho siente la misma comezón, pero en lugar de rascarse hasta arrancarse la piel empapa la toalla en agua fría y se envuelve en ella. Solo experimenta alivio físico.

¿A qué viene esa súbita irritación?

Quiere restarle importancia pero no puede.

Deja la toalla sobre el lavabo y, desnudo, se dirige a su dormitorio con pasos sordos. Angélica duerme de costado para apoyar la enorme barriga que alberga dos inquilinos. En breve nacerán sus hijos, hecho que había llenado a Víctor de alegría, hasta producirse la revelación que ha sacudido los cimientos de su existencia.

La persiana de la habitación está bajada pero la fosforescencia de los números del radio-reloj delata la presencia de un vaso de cristal sobre la mesilla de noche. Angélica toma leche antes de dormir desde que se quedó embarazada. Tanto los niños como ella requieren un mayor aporte de calcio y esa es una buena manera de asimilarlo. A Víctor también lo tranquiliza la costumbre adoptada por su esposa.

Necesita contemplar el jardín desde arriba. Para no despertar a Angélica va al cuarto contiguo, el que perteneció a sus abuelos. Levanta la persiana con cuidado de no hacer ruido. Más allá de las gotas detenidas en el cristal, la luna se abre paso entre hebras oscuras. Los charcos en el hoyo de la piscina rielan luz prestada.

Desde la distancia no se aprecia el rastro de los agujeros que acaba de excavar, pero sabe que están allí. Ha hecho lo que debía: ha devuelto los dos esqueletos a su origen para que el círculo cerrado por su abuelo no se abra jamás. Imagina la piscina concluida, colmada con miles de litros de agua ante la que nada podrán hacer los rayos que acaban de encenderse a lo lejos. La electricidad arrojada desde la bóveda ya no insuflará con espasmos de vida a las criaturas que han reclamado la presencia de su creador y, a la postre, verdugo. El relámpago que acaba de ver, seguramente, ha caído sobre un país lejano donde nacen seres extraños y en cuyo firmamento cuelgan varias lunas.

La silueta desnuda de Víctor se aparta de la ventana y acude a la mesilla de noche de su abuelo. Abre el cajón. A tientas da con el reloj de pulsera que acompañó a su dueño incluso en su último y fatídico viaje al útero de roble hueco. El abuelo Jorge, a pesar de haberse desnudado por completo para encarar su destino, conservó el reloj en la muñeca. Tal vez por olvido. Tal vez no se deshizo de él por alguna razón que jamás conocerán.

En la penumbra, Víctor palpa el reloj. Se lo acerca al oído y en el silencio de la noche oye el pulso de la pequeña maquinaria. Tictac, tictac, tictac... Sin apartar el reloj de la oreja, regresa a la ventana. Una vez más su sombra se derrama por el suelo de la habitación.

No sabe por qué, pero se coloca el reloj en la muñeca y presiona hasta oír el *clic* que asegura la pulsera metálica. Con la vista perdida en el horizonte de la madrugada vuelve a acercarse el pequeño artilugio al oído. Lo atrae su tictac, esa cadencia que no conoce descanso. Tictac, tictac... Hasta que un súbito relámpago, mucho más enraizado que los anteriores, rasga la negrura y... los engranajes del reloj parecen enmudecer.

Víctor contiene la respiración. Su oído lo engaña, sobrecogido por el eco del tremendo trueno. Aguarda expectante mientras sus retinas se recuperan del fogonazo que ha desgarrado el firmamento.

Es cierto.

El reloj se ha detenido.

Su corazón, al igual que el de su dueño, ha dejado de latir.

Víctor suspira, invadido por un inmenso alivio. El ardor que le cruzaba el pecho y la espalda ha desaparecido.

Ahora sí.

Clic.

Abre el seguro metálico y libera su muñeca del reloj. Con cautela y acunándolo entre ambas manos, como si no quisiera perturbar el sueño del pequeño engendro mecánico, lo devuelve al cajón.

Regresa a la ventana y de pronto sabe lo que ha de hacer.

Exhala vaho, hálito salido de sus entrañas, sobre el cristal salpicado de lluvia. La yema de su índice nota el frío mientras traza dígitos que terminan componiendo una fecha. Por último, la encierra en un círculo perfecto donde no hay principio ni final, solo un flujo de existencia que escapa a cualquier medida humana.

El mundo se detiene...

... transcurre una eternidad tal vez contenida en la infinitud de un segundo...

... hasta que Víctor baja la persiana y la sombra de su desnudez desaparece de la habitación de su abuelo.



MODALIDAD

ALUMNO

1º y 2º E.S.O.





EL ÚLTIMO ALIENTO

PRIMER PREMIO

MAGDALENA IOANA AMOAGDEI

2º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

UN NUEVO DÍA Y LA ALARMA VOLVIÓ A SONAR. COMO CADA mañana, me senté en la orilla de la cama deseando volver a sentir el calor de las mantas en este frío invierno. Decidí por fin coger mis muletas y levantarme, me dirigí directamente al baño, mientras Rudolf, mi perro, me seguía para que le diera de comer. Una vez en el servicio, quise darme una ducha para despejarme. Mientras sentía el pijama deslizarse, volví a ver mis cicatrices. Sentada, me quité los pantalones y vi, nuevamente, la pierna que me faltaba, recordándome otra vez ese accidente...

22 de enero de 2019

Mi familia y yo volvíamos del norte, unos días en la nieve, las vacaciones perfectas. Mi hermano estaba dormido con Rudolf. Al poco tiempo, mi madre también se quedó en un sueño profundo. Yo seguía viendo a mi padre conducir. Pero algo tan perfecto no podía ser, mi padre perdió el control del coche, despertó a mi madre y miró hacia atrás diciendo que todo iba a estar bien. Me abracé a mi hermano pequeño y a Rudolf. Sin embargo, al llegar a la curva no giró lo suficiente y caímos. Me desperté boca abajo. No sentía mi pierna. Mi padre no se encontraba en el coche, mi madre estaba inconsciente aún. Giré la cabeza y vi cómo Rudolf protegía a mi hermano, pero Rudolf estaba sangrando. Intenté con todas mis fuerzas desabrocharme el cinturón. Mi pierna seguía entre los asientos. Con todas mis fuerzas la logré quitar, pero no pude evitar gritar. Salí del coche, le di la vuelta y ahí vi a mi padre, en el suelo, consciente pero sin fuerzas. Me acerqué a él y lo único que escuché fue su último aliento de vida.

Me sequé las lágrimas mientras recordaba el accidente.

Terminé de ducharme sintiendo los suaves hilos de la toalla sobre mi cuerpo mientras escuchaba las canciones que más me gustan. Me

dieron ganas de bailar y así fue. Me apoyé en el lavabo y comencé a mover mi cuerpo. Dejándome llevar por la música, me solté, confié en mí y vi que podía, pero mi mente falló. Un leve movimiento de aire sonó igual que el último aliento de mi padre y caí nuevamente.

Dicen que los recuerdos te hacen fuerte, pero a mí ese recuerdo me debilita. Comencé a desayunar mientras también le daba pequeños trozos de mi tortita a Rudolf. Me vestí y salí para subirme al autobús. Esta es la parte que más odio del día, ver dónde me siento, e incluso escuchar risas o burlas hacia mí. Odio dar pena o lástima. Me considero una persona más, pero en vez de eso, soy un bicho raro y penoso. Seguí andando por el pasillo del autobús. Todos los asientos estaban ocupados, así que me quedé de pie, sujetándome a una de las barras.

Frenó el bus y esperé a que todos salieran. Sentí esos empujones y risas. Todo el día fue igual, nada fuera de lo común.

Llegué a mi casa, comí, hice mis tareas y esperé hasta las ocho y media de la tarde. Entonces me vestí y cogí a Rudolf. Fui al teatro abandonado. Nadie iba ahí, al parecer, así que me acerqué y entré. Todos los bancos y el escenario estaban llenos de esa fina capa de polvo, como si nadie hubiera venido en décadas. Solté a Rudolf para que inspeccionara un poco la zona. Comenzó a ladrar. Fui todo lo rápido que pude y me encontré con que le ladraba a una chica en una esquina.

—¡Hey, Rudof, eso no se hace! —le regañé—. ¿Estás bien?

—Oh —suspiró—. Sí, gracias.

—Disculpa, es que no se le da bien conocer a gente nueva. —La ayudé a levantarse—. Soy Emmie, ¿y tú?

—Fatema, y sí... soy de Arabia. Vengo aquí a escribir y a pensar.

—¿Vives en este pueblo?

—Sí, vine a los dos años, pero la gente aún no se acostumbra a ver a una niña con *hiyab* y vestimentas largas. Bueno, ¿y tú qué? ¿Vives, estudias aquí?

—Sí, vine hace dos meses y me instalé en el instituto Hardwin T. S.

—¡Eso sí que no me lo esperaba! Yo también estoy en ese instituto, pero nunca te he visto.

—Ya... Nunca hablo con nadie ni como fuera del comedor, será por eso.

—Pues oye, ¿sabes algo?, ya tienes aquí a alguien con quien hablar, si no te importa, claro. Me salvaste la vida después de que me atacara este «animalote» —dijo riéndose y acariciando la cabeza de Rudolf.

—Claro que no me importa. —La abracé.

La acompañé hasta su casa mientras hablábamos sobre nuestra vida y cómo acabamos aquí. Me habló sobre su talento. Ella escribe, lee y lucha por los derechos de las mujeres de cualquier raza, religión o color de piel. Fatema es una chica con una mente muy abierta y lucha por lo que quiere conseguir. En cambio, su familia es todo lo contrario: no la apoyan en nada, por eso se fue de casa, vive sola y trabaja en una cafetería. ¡Es tan parecida a mí! Mi madre tampoco me aceptó. Me agotaba. Quería que mi carrera fuera la de medicina, quería que fuera igual que ella, ser lo que ella no pudo ser. Y eso era imposible. Me fui y desde entonces vivo con Rudolf, trabajo los fines de semana en una tienda de comestibles abierta veinticuatro horas y vivo mejor que nunca.

—Esta es mi casa —me dijo Fatema mientras me daba un abrazo—. Nos volveremos a ver, «gemela».

—Nos vemos, «gemela» —Ambas nos reímos.

Me encantó conocer a esta nueva chica, tan parecida a mí. Nunca nadie me había comprendido mejor. Bueno, sí, Rudolf siempre ha estado ahí, pero ya me entendéis.

Llegué también a mi casa, solté a Rudolf y me puse a cenar viendo mi programa favorito, *Got Talent*. ¿Cómo no? Siempre me hizo ilusión ir a uno de esos, pero hay voces en mi cabeza que siempre me dicen: «¿qué vas a mostrar tú?» «No podrás, siempre te derrumbas». «Déjalo, te abuchearán»... Y tienen razón, nunca podré. Mi madre, por ejemplo, nunca me apoyaba. Decía que era una pérdida de tiempo, que no hay lugar para una inválida en un escenario, pero para la medicina, sí. No la soportaba y, desde que me fui, nunca más me habló o se preocupó por mí. Lo único que escuché de ella fue: «Ojalá te des cuenta de que es lo mejor para ti». Me tumbé en la cama y preferí dormir antes que seguir pensando en mi madre.



Volvió a sonar la alarma. La misma rutina de siempre: desayuno, autobús, instituto... Pero quedé con Fatema en los recreos y en los almuerzos. Cada vez descubro más de ella. Tiene un zoológico en su casa, tiene hurones, perros, conejos y lo último, pero no menos importante, un cerdito vietnamita, de esos que son chiquitos. Esa chica, la verdad, es de admirar. Lucha por todo, es vegana, inteligente y una amante de los animales. Según ella, los animales son los que la apoyan para seguir adelante.

Pasaba toda la tarde con ella. Pasaban semanas y quedábamos en su casa, nos reíamos.

—Hemos hablado tanto de mí desde que nos conocimos, pero de ti apenas sé nada —me dijo un día—. Cuéntame algo de tu vida, Emmie.

—No sé qué decir, la verdad.

—Pues mira, dime algo de tus talentos o pasiones. Alguna tendrás, ¿no?

—No te rías, ¿eh? —Fatema negó con la cabeza—. El baile. Sí, parece raro en una inválida, pero es algo que me apasiona desde que tuve el accidente.

—Tuviste un accidente..., por eso lo de la pierna.

—Sí...

—Cuéntame, ¿cómo fue?

Le conté la historia con todo detalle. Ella me apoyó en todo, me secó las lagrimas en todos los momentos en los que estaba mal. Nunca me sentí tan bien contando esta historia, y no me refiero a que estuviera feliz, pero con los apoyos de Fatema me fue más sencillo contarle todo.

—Dices que yo soy una chica muy fuerte, pero ¿y tú, Emmie?, que has pasado por la muerte de tu padre y sigues aquí. Para mí no hay chica más fuerte que tú, aunque te conozca desde hace unas pocas semanas. Siempre estás ahí con tu sonrisa.

—Gracias, Fatema, eres de lo mejor.

—Mira esto —me enseñó un papel donde había un concurso de talentos—, creo que...

—Perdón por interrumpirte, pero no, no puedo. No estoy preparada.

—Es en mi cafetería, el veintitrés de febrero. No te preocupes, nos da tiempo de prepararlo. Solo estamos a cinco. Te ayudaré, ¿sí?

—No sé, presiento que algo saldrá mal.

—Pues yo presiento que saldrá bien. Al menos lo intentarás, ¿no?

—Si tengo tu apoyo, podré con todo, así que lo intentaré.

—Sabía que podías con todo. Lo superaremos juntas.

Cenamos juntas, ya que era viernes, y de paso me quedé a dormir. Seguíamos hablando mientras veíamos unas películas. Me habló de uno de sus libros. Nunca publicó ninguno ya que piensa que a la gente de hoy no le parece interesante la lectura sobre las discriminaciones de las mujeres, así que hicimos un pacto: si yo ganaba algún concurso, ella publicaría un libro suyo. Si ella iba a hacer lo posible para que sacase a la luz mi talento, yo haría lo mismo con ella.

Casi todos los lunes íbamos a ensayar en el antiguo teatro. Ensayamos unas coreografías bastante buenas que coordinaban perfectamente los movimientos de mi cuerpo con la suave y fina canción que escogimos. Fue difícil escogerla, no lo niego, pero al final encontramos una, la perfecta. Todo iba bien, hasta que ya quedaba menos de una semana para el concurso. Cuatro días, si somos exactos. Lo peor de todo era que a Fátima y a mí se nos amontonaba una pila de exámenes. Seguimos ensayando duro, esperando que todo saliera bien. Hasta que llegó el día del concurso.

—No puedo, no tengo valor —le decía.

—Emmie, eres una de las personas más fuertes que conozco. Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Sal ahí y déjalos con la boca abierta.

Dijeron mi nombre, la última concursante ya. «Lo haré por papá», pensé.

Sonó la música. Todo oscuro. Ninguna voz, hasta que el foco me alumbró en el suelo, sentada, preparada para bailar. Me dejé llevar por la música, recordé los pasos de baile con Fatema y mi cuerpo se coordinó al instante con la música. Parecía que la canción no acababa nunca. Mi cuerpo se estaba agotando, me sentía sin fuerzas, hasta que por fin acabó todo. Escuché algunos aplausos, pero al mirar hacia el público, la vi allí.

Después de tanto tiempo, mi madre se había presentado allí.

Me quedé impactada, inmóvil, así que me fui del escenario hacia los servicios tan rápidamente como pude. Fatema entró a los servicios también.

—Lo hiciste muy bien. Sabía que podías.

—¿Qué hace ella aquí?

—Le dije que viniera para que viese tu potencial y esté orgullosa de su hija.

—Pero ¿no te acuerdas del daño que me ha hecho? Me duele verla aquí.

—Al menos, habla con ella, ¡anda!

Mi madre también entró a los baños e intentó hablarme, pero no fui capaz de mirarla a la cara. Me había hecho tanto daño...

—Hija, por favor...

—Mamá, ¿por qué? Solo dime por qué después de tanto tiempo de hacerme sufrir con tus palabras vienes aquí fingiendo que me entiendes, haciéndote la «supermadre».

—Nunca te vi bailar y, ahora que te veo, sé que eres buena. Solo quería lo mejor para ti.

—¿Y hace falta que te llame una amiga para que confíes en mí y estés orgullosa de mí? Mamá, me he ido de casa, me cambié de instituto y no te preocupaste ni una vez de si estaba bien o no, o de si me hacían *bullying*. Y ahora te presentas aquí... Has tenido diecisiete años, toda mi vida, para preocuparte por mí y ahora ya no es el momento. Madre, ya no... Adiós.

La dejé sola y un sentimiento en mi corazón me dejó hueca.

—Emmie, ¿has hablado algo con tu ma...?

—La próxima vez me avisas.

Salí de la cafetería con los ojos llorosos y directamente me fui a mi casa a dormir. Al día siguiente no tenía ganas de nada, ni de concursos ni de amigas ni de madres. Solo Rudolf y yo.

Pasaron varios días. Fatema se disculpó y todo volvió a la normalidad. Me contó que quedé tercera y que a la próxima saldría mejor.

—Mira, Emmie, todo saldrá mejor ya que el próximo concurso será en el escenario municipal de artes.

—Pero, Fatema, ahí va a participar mucha gente. No podré...

—Claro que sí. Recuerda que si ganas, publicaré mi mejor libro. Así que no te rindas.

Y así fue. Ensayamos otra coreografía. Esta me gustó mucho más.

Fatema se movía genial, tenía un ritmo perfecto. Todo iba bien y esta vez estaba segura de mí misma. Mi cuerpo estaba dibujando una estela de luz mientras me seguía el foco, pero nuevamente me agotaba, se me hacía eterno. Sin embargo, a pesar de todo, pude con

ello. Me sentí en la última parte con fuerzas de todo y, poco a poco, la canción iba frenando. Esta vez hubo muchos aplausos.

Esperamos a que todos terminasen su número, y al fin llegó la hora de los premios. Estaba nerviosa. El corazón me latía a mil por hora y Fatema me agarraba la mano con fuerza.

—Y el primer premio es para... ¡Emmie, con su maravillosa actuación!

No me lo podía creer. Salté de la alegría y de la emoción. Incluso lloré. Fueron tantas las emociones... El premio era una beca para la mejor compañía de danza, algo que, pensándolo bien, me abriría muchas puertas al baile.

Salimos fuera al aire libre y me encontré a mi madre fumándose un cigarrillo.

—Hija, por favor, déjame hablarte.

En ese momento estaba tan emocionada que la abracé. Volví a sentir el calor de sus abrazos y su sonrisa de felicidad hacia mí.

—Mamá, sé que pasaron muchas cosas, pero lo pensé mejor y vamos a estar juntas porque perdimos años sin disfrutar la una de la otra. —La miré a los ojos—. Mamá, ¿quieres venir con Fatema y conmigo a mi casa para celebrarlo?

—¿Tu casa? —dijo Fatema—. Emmie, no seas tonta. Ve y prepárate, que hoy salimos de fiesta. Y tú, madre de Emmie, también te vienes.

Nos reímos y aceptamos. Mi madre me acompañó a casa y nos probamos unos cuantos vestidos y nos maquillamos.

—¿Y cuál ha sido el premio?

—Una beca de baile —le dije.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—No, en Ibiza. Sería un gran lanzamiento para mi talento, pero creo que no puedo ir. No os quiero dejar a Fatema y a ti, ni a Sergio, mi hermanito. No os quiero dejar...

—Hija, sé que eres fuerte y que podrás con todo, así que ve. Es tu vida y te lo has ganado.

—Ya veré, mamá.

Nos vestimos, nos maquillamos y nos fuimos a la casa de Fatema. Cuando bajó las escaleras iba dejando un resplandor magnífico. Estaba preciosa, su piel morena, su cabello rizado y ese conjunto me dejaron flipando. Nos fuimos a una fiesta de bailes. A mi madre se

le acercó un hombre y le pidió bailar. Fatema y yo nos quedamos a solas.

—¿Vas a aceptar esa beca?

—No sé, me lo estoy pensando.

—Haz lo que tú creas mejor, pero ten en cuenta que te traerá muchos beneficios.

—Fatema..., no quiero alejarme de ti.

—Pero...

—Vente conmigo a Ibiza. Ahí publicarás tu libro y conseguiremos dinero. Compraremos una casa para todas nuestras mascotas.

—Emmie, no puedo.

—¿Por qué? Piensa en lo felices que seríamos.

—No puedo, Emmie, lo siento.

—Te entiendo...

Pues no, no la entendía, pero seguiría con mi carrera, pasase lo que pasase.

Al final, mi madre vino con nosotras para irnos a casa. Todo el camino fue silencioso. Fatema no quiso venir conmigo. No pude dormir, me quedé pensando en lo de esa noche. Seguía pensando que lo mejor era ir hacia mi sueño.

Al día siguiente llamé a los de la beca y acepté. Me dieron mi fecha de vuelo: en tres días. Se lo dije a mi madre y Fatema.

Después de esos tres días de maletas y mudanza, Fatema me acompañó al aeropuerto.

—Muchas gracias, Fatema, por todo lo que has hecho por mí. Sin ti no hubiera estado aquí.

—Todo irá bien, Emmie, te lo aseguro. Todo saldrá bien. Lucha por tus sueños.

Nos dimos un fuerte abrazo y mientras me alejaba de ella, mi mente dio un giro y decidí hacer una locura.

—Fatema —fui hacia ella—, ¿sabes una cosa? Me lo he pensado mejor y...

—¿Qué pasa?

—No me voy a separar de ti nunca.

Y así, sin pensármelo dos veces, la besé. Sentí un enorme miedo, pero ella correspondió al beso, diciéndome sutilmente que me amaba.

Y esta es mi historia hasta día de hoy, 10 de marzo de 2020.

Soy bailarina profesional y apoyo a gente con los mismos problemas que yo. Les arranco una sonrisa y los convengo de que, si uno se lo propone de verdad, cualquier reto es posible.



NO SOY YO

SEGUNDO PREMIO

DANIELA DÍAZ PÉREZ

2º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)



DE NUEVO ESAS VOCES ME ESTÁN MANDANDO HACER ESAS COSAS tan horribles... Ya no sé qué puedo hacer para callarlas... Son muy fuertes. Una vez incluso hablé con ellas para acallarlas, pero casi terminé haciendo lo que ellas querían... ¡No lo aguanto más! Este ser que me controla no soy yo.

Soy Mark, tengo dieciséis años y la gente me odia. Cuando voy a hacer algo, siento que todos me miran, todos me miran con odio, ya que para ellos soy diferente, incluso para mis padres... Pero yo creo que soy normal, menos por esas voces que escucho. Ellos me tratan de forma diferente desde que las oigo. Es como si lo supieran. Todos los días me siento como si me vigilaran. Es una sensación agobiante.

Dios... Ya sonó la alarma y no he pegado ojo en toda la noche. La mujer con el vestido rojo me estuvo hablando toda la noche. Me dijo que mis padres me encerrarían en una habitación por ser diferente. Incluso escuché que estaban hablando de eso y fui a confirmarlo, pero no había nadie. Seguro que se fueron para que no me enterase... ¡Como ya hicieran más de una vez! Tal vez esa mujer tenga razón. Ellos quieren dañarme. Debo escapar de eso o a lo mejor debo hacer lo que dijo el hombre rana... Acabar con ellos por mi bien... Pero ¿qué digo? Debo arreglarme para clase.

Mujer del vestido rojo: Te dañarán, no confíes.

Hombre Rana: Vamos, mátalos, no lo pienses más. ¡Hazlo!

—No aguanto más esto. ¡Parad, por favor!... Os lo suplico, no me harán nada.

Mujer del vestido rojo: ¡Claro que lo harán! Creen que estás loco y, como dice el Hombre Rana, debes matarlos antes de que ellos lo hagan.

Y así día tras día antes de ir al instituto... No sé lo que haré si esto se sigue repitiendo. Son mis amigos, pero dicen cosas raras, aunque a veces, sinceramente, me parece completamente lógico lo que dicen.

Estoy de camino al instituto. No me siento muy cómodo caminando por este barrio. Siento como si todos me miraran de forma rara, como con odio, como si supieran lo que mis amigos, las voces, me dicen que haga... Me miran como sospechando, aunque yo no los conozco de nada ni, seguramente, ellos a mí. Llegué al instituto, subí las escaleras como siempre, la mirada baja tratando de no toparme con ninguno de los chicos que nunca me dejan tranquilo. También hablé con las voces sobre ellos. Incluso las obedecí más de una vez: les eché sal en sus bocadillos. Los llené de sal y la verdad es que me gustó... Me reí cuando fueron a vomitar. Fue tan placentero para mí verlos sufrir. Eso hace plantearme lo que dijeron las voces acerca de mis padres...

¡Aagg! Otra vez no. Al final terminaré loco como mis padres creen.

Chico X1: ¡Hey, mirad! Ese es el loco al que le gusta mucho la sal.

Chico X2: Tienes razón. ¡Veamos si es verdad que le gusta tanto!

Comenzaron a tirarme sal, bolsas enteras. Me quedé completamente inmóvil. No pude hacer nada ni reaccionar de ninguna forma. Solo me quedé mirando un punto fijo. Mis ojos se movían hacia todos lados, pues estaba mirando a mis amigas las voces. Ellos estaban con un cuchillo cerca de los chicos... ¡Oh, dios! Los han matado, tengo que irme. Me fui corriendo, me reía, no sé por qué... Sentí aún más confusión al oír que un chico los golpeaba...

—Ellos... ellos estaban muertos, pero ahora vivos... Tú... ¿tú los reviviste y los golpeaste?

Luke: Oh, no, no, claro que no. ¡Qué cosas dices! —Se rió levemente. Su sonrisa era bonita—. Soy Luke y no, no estaban muertos —extendió su mano hacia mí, aún riendo suavemente. Parecía una bella mariposa.

Acepté su mano tras un par de minutos. Fue muy amable al hacerles eso, aunque no entiendo por qué dijo que no estaban muertos... Las voces... se están riendo, me volverán loco. Tras unos segundos estrechándonos la mano, la retiró sin perder la simpatía en su rostro y volvió a hablarme.

Luke: Bueno, dime... ¿De qué clase eres? Te puedo acompañar.

—Yo... no quiero... molestar... Cuando alguien se junta conmigo... lo miran raro... Soy de 4ºB.

Me sorprendí, pues él me tomó de la mano riendo de nuevo de aquella manera y, negando, me llevó a mi clase. Sentía algo extraño, diferente...

Mujer del vestido rojo: ¡Ash, qué incordio de chico, sepárate de él! Seguro que después también se reirá de ti.

—¡No! Él es bueno, ya verás como te equivocas.

Sentí un pequeño empujoncito en mi hombro. Era Luke.

Luke: Ya hemos llegado a tu clase, vamos a estudiar. —Me quedé mirándolo, pues ya se iba, pero se volvió a girar y se dirigió a mí—. Avisame si esos tontos vuelven a molestarte. Este es mi número. —Me dio un papelito. Me costó trabajo comprender los números. ¿Qué me ocurría?

Traté de darle las gracias cuando él ya se había ido... Una lástima. Suspiré y entré en clase.

—No quiero oídos en toda la hora de clase, ¿sí? —dije, recibiendo risas por parte de las voces... A veces no son muy fiables.

Terminé las clases y me dirigí a casa. Luke se despidió de mí cuando me iba. Me sentí raro. Parecía que comenzaba a tener un amigo que me podía defender, pero... ¿Por qué me sentía enfadado? Creo, creo que era rabia contenida hacia mí mismo. Las voces me estuvieron molestando todo el día. Estaba como mareado, veía los libros caerse, me miraban aún más raro de lo normal cuando maldecía porque se me habían caído, pero al agacharme no había absolutamente nada. Las voces se reían. Sería cosa de ellas, seguro...



Mi madre me ha llamado ya unas cuatro veces para comer, pero no tengo hambre. Acabo de ver a Luke por la ventana, aunque al asomarme desapareció. Tenía un cuchillo en la mano. Parecía que quería subir para matarme o dañarme o algo así, pero no sentí miedo en absoluto. Me sentí decepcionado, pues me estaba ilusionando con esa amistad... Fue tan raro cuando salí. No había nadie.

El hombre rana: Eso es una señal. Sabes lo que debes hacer con él, lo mismo que debiste haber hecho con tus padres hace tiempo. Eres demasiado débil.

—Él jamás me hará daño... Yo se lo haré a él... Seré su desgracia.

Mujer del vestido rojo: Exacto, tú debes hacérselo a él antes de que te lo haga a ti. Las personas son malas.

—Las personas no son las malas. ¡Yo lo soy! Yo solo me destruiré —dije, sin darme cuenta de que me estaba riendo mientras iba al salón con un cuchillo en la mano... No... debo parar esto...

El hombre rana: ¡Vamos, adelante! Es tu momento, mátalos.

Dirigí la mirada a las caras asustadas de mis padres. Seguidamente la cambié a la hoja del cuchillo... Lo tiré al suelo sintiendo un fuerte zumbido en los oídos. Me estaban gritando, las voces gritaban, todos gritaban.

Corrí al baño, no sin antes coger mi móvil. Cerré con el pestillo y llamé a Luke. Me temblaban las manos...

No contestó.

«No quiere estar conmigo... Normal, casi mato a mis padres». Pensé un momento en lo que acababa de ocurrir y me miré en el espejo.

¿Realmente merecía la atención de alguien? Estuve a punto de hacer algo horroroso y no niego que se me escapó alguna risa. Me estaba riendo... Dios, dime qué me pasa.

Abrí la puerta y tiré el móvil fuera para después volver a encerrarme. No quiero que nadie me vea ni yo ver a nadie. Soy peligroso.



[Narra la madre]

Ya sabía que a mi hijo le pasaba algo, pero nunca quiere estar con nosotros. Se pasa días en su habitación hablando, al parecer solo... Pero no me esperaba esto, creía que era una etapa. Lo cierto es que no tengo todo el tiempo que me gustaría para él. Creo que debo hablar con Mark. Me levanté de la silla y, aún algo petrificada, fui al baño de donde provenían gritos y golpes. Estaba hablando solo de nuevo. Miré el móvil de mi hijo tirado en el suelo, estaba recibiendo una llamada de un tal Luke. Lo cogí del suelo y descolgué.

Luke: ¿Mark? Perdón por no haberte contestado, pero... —lo interrumpí antes de que continuara. Al parecer, es amigo de mi hijo.

—Hola, ehm... Soy la madre de Mark. Tuvo unos... problemas.

Luke: Oh, ¿de verdad? Entonces es cierto lo que creía... Mire, señora, hablé con su hijo. Estoy estudiando psicología y al hablar con él me fijé en que algo en él era diferente. Todo apunta a esquizofrenia. Así que lo consulté con mis padres, ya que ellos son psicólogos, y me lo confirmaron.

—Dios... —dije incrédula—. no puedo creerlo. ¿Qué tipo de madre soy? Seguro que la peor... Bueno, puesto que sabes algo del tema, ¿podrías venir?

Luke: Lo siento señora, me temo que no podré ir. Tengo que entrar a hacer un examen importante... Su hijo se fue antes de tiempo, dijo que llegaría tarde a casa. Ahí creo que confirmé la mayoría de mis sospechas.

—Bueno, no te preocupes. Ven en cuanto puedas, gracias.

Luke: No es nada, adiós.

Acaba de colgar... Aún no me lo puedo creer. Ese maldito trabajo me está haciendo desconectar completamente hasta de mi hijo. Ese amigo le ayudará.



[Narra Mark]

Llevo encerrado en el baño unas horas... Creo que mis padres no están en casa. Es mi momento, debo hacerlo por el bien de todos.

Me levanto y saco una cuchilla. Me miro al espejo y comienzo a pasarla por mi muñeca. No duele...

De pronto, un fuerte sonido me detiene. La puerta se abre... ¡Luke!



[Narra Luke]

En cuanto pude, fui a casa de Mark. Quedé con sus padres en que se fueran de casa y me dejaron encargarme yo solo de la situación. Al entrar en la casa con las llaves que me dieron, me dirigí a la puerta del baño y llamé. Al no recibir respuesta, intenté abrir. No pude y le di un golpe al picaporte. Así logré abrirla. Al ver lo que estaba haciendo el menor, me dirigí hacia él muy asustado y le retiré aquel utensilio de sus manos. Me gritó. No tenía mucho sentido lo que decía. Simplemente, lo abracé. Debía de estar pasándolo fatal. Solo con oír que creía que llevaba una hora allí, cuando realmente llevaba casi todo el día, me hizo ver por lo que estaba pasando.



[Narra Mark]

Me aferré a Luke en cuanto retiró esa cosa de mis manos. Comencé a llorar en su pecho desconsoladamente. Por lo que recuerdo, fue la primera vez que he llorado en toda mi vida. Con él me siento libre... Pero no puedo dejar de tener miedo.

—Ayúdame..., por favor —repetí una vez tras otra, sin poder controlar las lágrimas.

Luke: Tranquilo, todo estará bien, confía en mí. —Lo miré y me sonrió. E sa sonrisa... me colma de alegría, así que asentí—. Escucha, yo te ayudaré, comprendo lo que te pasa y mis padres y yo lo solucionaremos —aseguró antes de besar mi frente de una forma muy cariñosa.



[Varios meses después]

Hoy, por fin puedo decir que me siento una persona completamente diferente. Ya no oigo esas voces que tanto me atormentaban, ya no paso ni una noche en vela por su culpa. La relación con mis padres mejoró muchísimo. Y todo gracias a una de las personas más importantes para mí, mi ahora novio Luke.

Él me enseñó que los amigos siempre estarán ahí, incluso cuando pienses que no. Él me enseñó a amar de verdad. Gracias a Luke y a sus padres, que también me ayudaron mucho con la medicación, soy una persona nueva y con ganas de vivir la vida. Lo amo.

Esa persona que tenía aquellos pensamientos completamente enfermos, que intentó matar a sus padres, que quiso quitarse la vida en un acto de desesperación por no saber qué iba a pasar con su vida..., esa persona... no era yo.



MODALIDAD

ALUMNO

3º y 4º E.S.O.





TINTA DE AZAHAR

PRIMER PREMIO
(EX AEQUO)

CLAUDIA BLANCO PÉREZ

4º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

LAS CAMPANADAS RESONABAN UNA Y OTRA VEZ EN MI CABEZA. El zumbido me taladraba y no me dejaba pensar con claridad. Los primeros rayos de sol atravesaban las gruesas ventanas de mi habitación y mis fosas nasales se llenaban de olor a madera vieja y dañada. Podía divisar el perfecto césped del jardín interior y a los monjes más madrugadores dando sus rutinarios paseos. Me transmitía confianza dejar que el aire fresco me despertara, sentía que estaba viva y que seguía allí.

En general, todo en el monasterio era de baja calidad, aunque había cosas lujosas. Se encontraban por las paredes de piedra distintas pinturas al óleo hechas por los primeros monjes. Había figuras de oro y distintos materiales valiosos para rendirle culto a nuestra religión. Sabía que las monjas y monjes mayores usaban todo el dinero para cuidar a los enfermos en el edificio anexo, que era una gran enfermería y por eso no podían permitirse comida exquisita ni camas cómodas. La mayoría de personas del lugar eran mayores de cincuenta años y todos enfermaban rápidamente, aun estando la medicina bastante avanzada. En cambio, los más jóvenes estábamos muy sanos. Corríamos por todo el monasterio y por el jardín interior, ya que los muros altísimos del lugar no nos dejaban salir. Llevaba doce años allí y nunca había salido desde el día en que entré.

Era un monasterio mixto, algo poco común en la época, aunque para las habitaciones estaba totalmente prohibido entrar en la de los monjes siendo monja y viceversa. Pero para los monjes y monjas de clausura eran más comprensivos y sí podían reunirse en las habitaciones.

Cuando las campanas estaban a punto de sonar por segunda vez avisando la hora del desayuno, me vestí en un santiamén y me pasé por la habitación de Luca, que seguramente seguiría durmiendo. No sé cómo lo hacía, pero estaba tan acostumbrado a las campanas que ya su cuerpo no las escuchaba ni tenía ningún tipo de reacción ante ellas. Un día, Luca me dejó una llave que tenía de repuesto para así poder despertarlo.

Llamé repetidas veces a la puerta y, sorprendentemente, obtuve respuesta. Luca tenía el pelo húmedo y estaba bastante despierto.

—¿Qué haces despierto ya? Pensaba que, como de costumbre, debía de levantarte yo.

—Esta noche no he dormido nada. Han pasado cosas que debo contarte, pero primero bajemos a desayunar. No quiero que Sor Dolores nos regañe por llegar tarde al comedor.

Mientras Sor Gloria, la cocinera, preparaba el desayuno para las monjas y monjes de clausura, Luca empezó a contarme lo que esa noche le pasó.

Resulta que le costaba dormir y decidió pasearse por el patio para que le diera un poco el aire, ya que se abrumó al pensar que no podía salir. Era algo que le pasaba muy a menudo, pensaba en que estaba atrapado y dudaba mucho en por qué había elegido aquello. Se agobiaba y le daban ataques de pánico. Siempre me llamaba a las tantas de la madrugada temblando para que lo acompañara fuera. Pero esa noche no lo había hecho porque divisó a alguien descender por los muros del patio exterior. Ese alguien entró. Vestía ropa negra, normal, no era un hábito como el de los monjes. Además, llevaba un saco. Luca, a hurtadillas, lo siguió hasta la biblioteca, donde el desconocido entró gracias a una llave. Perseguía un objetivo claro, pues nada más entrar en la sala repleta de libros, se dirigió a una estantería concreta. Luca, asombrado, vio desde lejos cómo sacaba un libro y se abrió una sala escondida ante sus ojos. En ella se encontraban unos cinco chicos con túnicas blancas situados en forma de círculo, rodeando unos dibujos en el suelo. El chico misterioso contrastaba con los demás desconocidos. Sacó de su saco un libro con la cubierta roja y, acto seguido, se colocó en el centro posándose encima de las ilustraciones. La estantería volvió a su sitio y Luca se marchó confuso.

Cuando recibí toda la información, me puse pálida. Cogí del brazo a mi amigo y me lo llevé corriendo a mi habitación, haciendo caso omiso a sus preguntas. Entré y rebusqué en el cajón de mi escritorio una serie de papeles.

Por las noches tenía una especie de manía. Cerraba los ojos, cogía una pluma, tinta roja y una hoja y empezaba a dibujar. Lo hacía sin ver y todas las noches. Era una obsesión que me perseguía desde que entré en este lugar. Lo más raro es que pintaba cosas diferenciables, pero sin sentido, ya que nunca las había visto o incluso pensado. Animales, paisajes, escenas, personas, sentimientos y todo con los ojos totalmente cerrados.

Cuando encontré los papeles se los acerqué a Luca, exhausta y miedosa. Estos describían a la perfección la escena que él había vivido hacía apenas unas horas. Su cara era un poema. Miraba el papel con atención, atónito, dándose cuenta de que era exacto. Divisó la fecha que siempre ponía para ordenarlos. Hacía tres años que lo dibujé. Era imposible, a ninguno de los dos nos entraba en la cabeza. Decidimos dejar de darle vueltas y volver al comedor, en definitiva, intentar no pensar en ello y seguir con nuestras cosas.

Por la tarde decidí salir a pasear, notar el fresco viento de noviembre en mi cara para conseguir así despejar mi mente y alejar el dolor de cabeza. Después de lo de esta mañana tuvimos unas clases muy intensas. La mayoría de nuestras clases eran dedicadas al culto de Dios y a la religión cristiana, pero cuando terminas la secundaria se le da más importancia a que aprendas a saber cómo ejercer el puesto de monje o monja. En los monasterios, la alternativa al bachillerato eran tres años de intenso estudio. Después de eso ya eras monje o monja porque superabas los dieciocho años. Luca y yo nos encontrábamos en el tercer año, por lo cual al año siguiente tendríamos diecinueve y, si estábamos preparados, conseguiríamos nuestra vocación.

Esa mañana tuvimos muchos exámenes y dimos mucho temario nuevo. Estuve estresada y poco concentrada en las clases por todo lo del dibujo, así que, como por la tarde seguía con la misma sensación de confusión, decidí dar una vuelta por el patio exterior.

Empecé a correr. No sé por qué, pero mis piernas adquirieron una velocidad mayor y sentía que cada vez me costaba más que el

aire entrara en mi cuerpo. Corrí durante unos largos minutos hasta que no pude respirar y hasta que noté mis piernas temblar. Me senté en uno de los bancos y notaba como si me hubiera quitado un peso de encima. No sabía que correr me podía llegar a relajar tanto. Mire al sol y supuse que eran las siete. Parecía que iba a atardecer. Nadie pasaba por ahí a esas horas, el frío me ponía los pelos de punta, pero mis parpados pesaban y mi cuerpo no respondía ni quería moverse.

Un ruido cerca de mí hizo que mis ojos se abrieran de par en par y que mi cuerpo diese un pequeño salto. Reaccioné mirando al lugar del origen del ruido, pero la oscuridad de la madrugada no me permitía ver. Cuando mis ojos se acostumbraron a la poca iluminación, divisé a un chico con la misma descripción de la que Luca hablaba hacía unas horas. La única diferencia era que esta vez no se dirigía a la biblioteca, sino hacía mí. Me agaché instintivamente, intentando ocultarme detrás de unos setos que rodeaban el patio y que se encontraban cerca del banco. El chico pasó de largo y trepó por el muro para salir de allí. No acababa de llegar, acababa de terminar.

Me fui a la cama, no sin antes dibujar. Guardé los papeles sin mirarlos, deseando no haber vivido la escena dibujada para no tener que volver a pasar por lo mismo de esa mañana. Me costó quedarme dormida. Le daba vueltas a por qué aquel muchacho no venía de la biblioteca si ya se iba. Saqué muchas conclusiones: él debía de ir todas las noches al monasterio y debía de hacer más cosas después de lo de la biblioteca. Para conseguir dormir, pensé en la sensación que tuve después de correr.

Horas más tarde me levanté sudando por la pesadilla de siempre. Olía a azahar y la calle estaba iluminada por el sol abrumador de julio. Mamá me disfrazó de guerrera aquel día y me repitió más de una vez que luchara contra todo sin miedos y que así llegaría al éxito. Papá me trenzó el pelo con suavidad mientras leía el mismo libro de siempre. Ellos jugaban a intentar cogerme mientras corría por toda la plaza. Mi hermano me abrazaba más de lo normal. Aquella noche cuando mil besos llenaron mi cara por parte de toda mi familia, me entregaron a unas mujeres en un sitio que no había visto nunca. Esa mujer tenía la cara deformada y mis padres desaparecían poco a poco. Arrepentida, mamá me intentaba coger pero esta vez no era un juego. Sus brazos se volatilizaron en cuestión de segundos.

La mujer me agarraba muy fuerte de mis pequeñas muñecas y me adentraba en un edificio grande y frío. Las paredes eran rojas y mi familia estaba en el suelo, completamente manchados de rojo.

Había algo que nunca me cuadraba de ese sueño. La niña que veía de espaldas. ¿Quién era aquella chica que corría delante de mí cuando mis padres me perseguían, como huyendo de ellos? ¿Quién era la niña a la que mi padre también le hacía trenzas y a la que mi hermano abrazaba? ¿Por qué la sostenía mi madre? ¿Por qué ella no aparecía en el suelo con mi familia? Siempre al final de la horrible pesadilla, estaba a punto de verle la cara, pero me despertaba antes de que eso ocurriera.

Mis piernas temblaban. Mis ojos lloraban. Mi nariz sangraba. Como siempre.

A pesar de que había soñado con aquello, estaba feliz. Tenía un plan y debía contárselo a Luca cuanto antes, ya que él era partícipe. Justo cuando doblé la esquina del pasillo para ir a buscarlo, lo vi.

—Tenemos que hablar cuanto antes.

—¡Joder, Daniela, qué susto! – dijo él, dando un pequeño salto hacia atrás.

No sé a dónde se dirigía, ya que esos pasillos sólo llevaban a habitaciones y la suya no estaba allí. No le di más importancia y me siguió hasta mi habitación.

—Oye, ¿has vuelto a tener la pesadilla? – proclamó mientras me miraba fijamente a la nariz. No me la limpiaría bien.

—Sí.

Noté mi dedo lleno de sangre. Noté que no era que me la hubiera limpiado mal, sino que seguía saliendo sangre. Me taponé la herida con un trozo de tela. No me había pasado nunca. Siempre era cuando me levantaba y fin. Además, solo me salía sangre por la nariz cuando tenía la pesadilla.

Le conté detalladamente lo que pasó anoche mientras rebuscaba en mi escritorio los dibujos que relataban la escena que Luca vivió para seguir investigándolos.

—He pensado en una cosa. El miércoles por la noche podemos ir a la biblioteca y ocultarnos en cualquier lado antes de que cierren, para poder ver qué hacen ahí dentro y a dónde se dirigen después. Sé que es arriesgado y que nos pueden pillar. Necesito saber por qué y

para qué vienen aquí, y sobre todo por qué lo he dibujado. —Señalé el papel que sostenía con mis manos.

—No es mala idea, estoy de acuerdo. Creo que podríamos separarnos. Tú quédate en el interior de la biblioteca y yo en el patio. Así podremos ver a qué hora viene y si hace algo antes de entrar a la biblioteca.

—Me parece perfecto.

Miércoles

A las doce cerraban la biblioteca. Sobre las tres de la madrugada llegó el chico de las otras veces. Me escondí con éxito, pero ahora no sabía qué hacer para pasar el tiempo. No podía quedarme durmiendo y para ello tenía que distraerme. Lo único que podía hacer era leer. A pesar de que mis padres me leían siempre y me intentaron inculcar la lectura, nunca lo consiguieron. Soy fan de las historias, pero de escucharlas, no de leerlas. Me parece increíble que las palabras puedan llevarte a un mundo paralelo.

Ya que iba a leer algo, quería que me interesara, no el primer libro que encontrara. Investigué en toda la biblioteca hasta que llegué a una sección dedicada a los sueños. Es algo que siempre me ha llamado la atención. ¿Por qué soñamos? ¿Cómo podemos atacarnos a nosotros mismos soñando momentos malos de nuestra vida? ¿Por qué nos acordamos de los sueños? ¿Por qué a veces no los recordamos? Tenía todas las respuestas en la palma de mi mano. Era un libro viejo, olía a polvo y a antigüedad, los lomos estaban sutilmente doblados y las esquinas de las hojas estaban dañadas. Algunas, incluso rotas. En la portada se encontraba Morfeo, el dios de los sueños según la mitología griega, rodeado de nubes de color azul que simulaban los sueños bonitos. Sin embargo, en la contraportada, Morfeo estaba tumbado, rodeado de papiros manchados de rojo, que ahora simulaban las pesadillas. La contraportada estaba rotulada, marcando sobre todo las manchas.

El libro empezaba hablando sobre Morfeo y su familia...

«Morfeo era el hijo de Hipnos, personificación del sueño, y Nix, diosa de la noche. Tánatos era el hermano gemelo de Hipnos, el cual personifi-

caba la muerte no violenta, una muerte suave así como el sueño. Morfeo se encargaba de inducir los sueños de quienes dormían y de adoptar una apariencia humana para aparecer en ellos, especialmente la de los seres queridos, permitiendo a los mortales huir por un momento de las maquinaciones de los dioses. Este revelaba secretos de los dioses a los mortales a través de los sueños y Zeus, rey de los dioses, lo castigó por ello».

Continuaba hablando sobre el significado de los sueños.

«Soñar es una actividad que permite al ser humano desahogar algunas situaciones que en el estado consciente no es siempre posible abarcar. Durante el sueño toda actividad y conducta es posible y permitida, estos dependen de las experiencias vividas por cada ser humano. Pueden también ser pesadillas, que son las actividades oníricas que hacen que el sujeto se sienta incómodo y amenazado. En nuestros sueños hay mucha información que es una opción de expresión del inconsciente, a través de símbolos y significados en un lenguaje muy íntimo y muy personal que se puede descifrar con un profundo análisis con la ayuda de quien nos conoce de verdad, con información previa de nuestras respuestas a la vida. Saber cómo es que producimos sueños plenos de escenas, de color, de diálogos y, principalmente, de símbolos tan únicos como nosotros mismos resulta muy interesante ante el humano. A veces, de manera involuntaria, reflejamos los sueños de formas diferentes, escribiéndolos, dibujándolos o simplemente recordándolos sin saber que son sueños».

Después de leer esa parte, me quedé un rato pensando. ¿Serían mis dibujos los sueños que tengo? Nunca me acuerdo de ellos, sólo de los malos. Pero cómo podía soñar con algo que ha pasado, como lo del chico misterioso. Al pensar en eso escuché, el tintineo leve de unas llaves, guardé el libro en su sitio y volví a mi escondite, desde el cual tenía una visión completa de la puerta. Estaba tan absorta en el libro que había olvidado por qué estaba allí.

Para mi sorpresa, por la puerta entraron cinco chicos vestidos de negro, no como la otra noche, que iban de blanco. Se dirigieron a una estantería. Luca me contó que aquella noche el chico sacó un libro de esta y se abrió una habitación. No recordó qué estantería era, así que con la cantidad de libros que había allí, si me tuviera que poner a sacarlos todos habría tardado horas. Me quedé con las ganas de investigar anteriormente la zona. Ellos llevaban sacos negros y, cuando entraron en la biblioteca, los dejaron

en la puerta. Uno de los muchachos se encargó de abrir paso a la habitación mientras que los demás sacaban telas y pinturas de sus bolsas. Esparcieron la tela que parecía una sábana y empezaron a pintar triángulos encerrados en círculos con la pintura roja. Justo cuando llenaron tres sábanas blancas entraron en la sala. Estaba vacía. Las paredes eran negras, predominaban las velas y colgaron en las paredes y colocaron en el suelo las telas decoradas. Todos los chicos se sentaron en círculo. Uno de estos, el que llevaba el dibujo bordado en rojo en la espalda de la túnica, el único a quien diferenciaba, fue el que se encargó de coger un libro bastante extenso y de ponerlo en el centro. Este tenía la portada y contraportada con los mismos dibujos en rojo. Lo abrió por unas páginas específicas que tenían en la parte derecha un círculo y en la izquierda un triángulo, ambos llenos de palabras, pero no me dio tiempo de leerlas. Me pareció extraño que en la sábana y en la túnica estuvieran vacíos. La ilustración llena me sonaba de algo, pero no sabía de qué. Al instante pensé que lo había dibujado y me asusté, mas no me sonaba de eso.

Entre tanto pensamiento no me di cuenta de que un chico estaba entrando. Este era el mismo de ayer, ya que tenía el pelo largo y se le veía un poco a través del gorro. El muchacho iba de negro y contrastaba mucho con los demás. Llevaba ropa ajustada y también tenía bordada la ilustración en la espalda.

—Daniela, ¿has traído eso? —El chico de la túnica bordada se dirigía al nuevo en la sala.

Me asusté muchísimo, pensé que me estaba hablando a mí, era mi nombre. Así que el «chico de negro» era realmente una chica. Esta se quitó el gorro y la bufanda que le tapaban la mayor parte de su cara. Ahí es cuando más me asusté. Salté y me choqué con una de las estanterías, dejando así caer unos cuantos libros. Era inevitable, me habían pillado. Los seis me miraron fijamente mientras las lágrimas recorrían mis mejillas. Era imposible, no podía estar pasando eso.

Dos de los chicos se acercaron a mí y me cogieron cada uno por un brazo. Me colocaron frente a la supuesta Daniela.

—¡Soltadme! Ya voy yo —dije como pude, ya que un nudo en mi garganta me rompió la voz mientras me zafaba de sus brazos.

Me puse delante de ella. La confusión y el llanto me nublaban la vista, por lo que no paraba de frotarme los ojos. Sus mejillas también estaban mojadas, nunca pensé que esto iba a pasar. Siempre consideré que estaba loca, que era algo que mi imaginación se había inventado. Me secó las lágrimas y con ese acto salí de mi imaginación. Era ella, y se encontraba a escasos centímetros de mí.

—¿Carla? —susurré cuando, segundos más tarde, me abrazaba mientras asentía.

Lloré. Lloramos abrazadas. Seguía sin creérmelo, no podía ser ella. La he dibujado mil veces pensando siempre que era yo, pero con un lunar cerca del ojo izquierdo. Sabía que no podía ser yo. La niña de mi pesadilla era ella. Mi hermana, mi gemela, Carla. Era como si mi cerebro hubiese ocultado esa información y en ese momento, cuando la tenía delante, la hubiese revelado. Uní todos los cabos sueltos.

—Daniela, no sabes lo mucho que te he echado de menos.

Había cosas que no me cuadraban. ¿Cómo es que estaba viva? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué ese chico la había llamado por mi nombre? Ella notó que no entendía y yo esperaba una respuesta, pero los chicos que la acompañaban se la llevaron para hablar con ella. Uno de los muchachos tenía la capucha de la túnica doblada por lo que se le veían un poco los ojos. No podía ser él. Me quedé mirándolo unos segundos más, eran sus ojos. Verdosos, brillosos y con las pupilas siempre dilatadas. No estaba comprendiendo nada, la única persona que conocía con los ojos así era Luca y no podía ser él. Debería de estar fuera.

Me dirigí a la puerta de la biblioteca donde Carla estaba discutiendo con los chicos. Ellos se fueron a sus respectivas habitaciones, lo que me aseguraba más que eran del monasterio. Carla me miró mientras se colocaba el gorro y la bufanda como antes para que no se la reconociera.

—Te espero el viernes a la misma hora y en el mismo lugar. Te prometo que te lo explicaré todo, hermana. Te quiero muchísimo —susurró cogiéndome de las manos.

Antes de verla trepar por uno de los muros del patio exterior, me fijé en su ojo izquierdo para ver si tenía el lunar. Lo tenía. Suspiré de alivio. No estaba loca.

Llamé a Luca repetidas veces. No obtuve respuesta. Lo busqué yo misma detrás de los bancos de piedra, de la fuente, pero nada, ni rastro de su presencia. Pasé de él y me dirigí a mi habitación, necesitaba reflexionar sobre lo que había pasado esa noche.

Me tumbé en mi cama, cansada más mental que físicamente. Deseaba que llegara el viernes para entenderlo todo. Pero lo que más me importaba en ese momento era Luca. ¿Por qué no estaba en el patio? ¿Sería el chico de la túnica con ojos verdes? No tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a estar con esos chicos si él fue quien los descubrió?

Al día siguiente, a primera hora necesitaba hablar con él. Seguía conmovida por todo, no podía dormirme y quedaban pocas horas para que las campanas sonaran. Así que miré en todos mis libros intentado buscar de qué me sonaba el símbolo de las sábanas. En uno de mis libros favoritos que hablaba sobre la historia del monasterio y que llevaba mucho tiempo sin releer encontré un dibujo, pero no era mío. Esta ilustración tenía una frase en latín que decía:

«Estás aquí para descubrir, Daniela. Es tu misión. Sal de ahí cuando tengas la oportunidad, pero antes descubre. Te queremos. No te olvides de nosotros nunca. Felices 19 y recuerda, descubre. Mamá».

No dejaba de llorar. El papel estaba lleno de aquellos símbolos. Mi madre me quería decir algo. Supuse que Rosa, la única monja que entraba en mi cuarto, ya que era la limpiadora, la había dejado ahí. Ella siempre me había cuidado. Me contaba historias sobre mi familia, sobre mi pueblo y me regalaba chucherías como las de mi pesadilla. Ella fue la que me aseguró que mi familia había muerto, así que comprendí que mi madre le encargó la carta, ya que se conocían desde pequeñas.

Las campanas volvían a resonar, un día más. Conseguí dormir un poco, aunque los ojos hinchados y las ojeras delataban mi noche en vela. Lo primero que hice fue ir a la habitación de Luca, como siempre, pero esta vez quería que me respondiera una serie de preguntas.

—Buenos días —me comentó sonriente.

—¿Buenos días? ¿En serio? Te recuerdo que ayer me dejaste plantada. —Le miré a los ojos y ahí lo confirmé. No le iba a decir que lo había descubierto, quería ver qué me decía.

—Es verdad, lo siento. Me quedé dormido. Cuéntame qué pasó.

—Había cinco chicos con túnicas blancas que cogieron unas sábanas y las pintaron con símbolos raros. Después de que las colgaran en las paredes de la sala, entró un chico de negro que era el mismo que el que vi aquella noche. ¿En serio te quedaste durmiendo? Pensaba que tú también querías descubrir qué estaba pasando.

—Lo siento, es que el día anterior estuve muy estresado y estaba muy cansado. Oye, ¿no pasó nada más? —preguntó Luca un poco extrañado.

—No, empezaron a decir frases en otro idioma y me fui para hablar contigo, pero no te vi. Así que no sé si hacen algo más. —Le mentí. Hasta que no estuviera segura de que él no pertenecía a ese rollo raro y de qué era lo que hacían ahí, no le iba a contar nada.

Viernes

Lo días anteriores me alejé un poco de Luca. Los dediqué sobre todo a descubrir, a investigar. Casi todas las tardes asistí a la biblioteca en busca del libro de los símbolos. Lo encontré, pero todas las páginas eran iguales y lo único que tenían escrito era «Rubrum Ignis».

Fuego rojo, ¿qué podría significar?

Uno de esos días, buscando más información, encontré un libro en cuya portada tenía un fuego rojo. Este explicaba qué significaba el símbolo. El triángulo representaba el fuego y el círculo representaba el sol. Se llamaba fuego rojo porque el sol y el fuego queman y lo vinculaban con el color rojo. Aseguraba que se relacionaba con el futuro y el destino, y que era una nueva religión.

Llevaba una hora esperando a Carla en la biblioteca. Ella me dijo que íbamos a estar solas, que los chicos no venían los viernes.

—Perdón por haber tardado un poco. Me he entretenido. Podemos estar aquí muy poco tiempo. Sé cuáles son tus preguntas. Estoy viva porque mamá me escondió y una familia me encontró y me cuidó. El chico me llamó Daniela porque me estaba haciendo pasar por ti. Ellos no saben nada de ti. Sabía que tú estabas aquí y hace unos meses vine a visitarte, te vi de lejos y hablé con Luca. Él me contó lo de los dibujos. Entraron en el monasterio cuatro chicos

nuevos para participar en esto y lo que realmente queríamos era formar una especie de secta. El símbolo representa el futuro y no sé si lo sabes, pero los dibujos son tus sueños. El día que vine entré en tu habitación y los miré. Muchos de los dibujos habían pasado ya, pero fuera del monasterio. Tienes un don, Daniela.

Intenté procesar la información, pero de repente vi a los cinco monjes frente a mí. Uno de ellos era Luca. Se acercaron a mí. Miré a Carla sin comprender nada.

—Estos chicos son científicos, llevan estudiando para algo así toda su vida. Todos, menos Luca, que se unió después. —Luca me miraba fijamente, sus ojos verdes no brillaban y se veía arrepentimiento en su mirada. No sabía qué estaba pasando. —Como sabemos que voluntariamente no vas a ofrecerte, lo tendremos que hacer a la fuerza. —Los muchachos me cogieron del brazo y me sentaron en una de las sillas—. Te lo voy a explicar. Todo lo que le pasó a Luca la primera noche que descubristeis esto era un montaje. Lo de ayer también fue mentira. Realmente sí te he echado de menos, pero ¿sabes qué? Soy un poco egoísta y he vivido con una familia con pocos recursos. Sé que con tu don vamos a sacar mucho dinero. Llevamos planeando una medicina que te va a convertir en inválida. No tengo ni idea de si va a funcionar o no, pero te deseo suerte porque la vas a necesitar.

Las lágrimas no paraban de mojar mis mejillas. Mi propia hermana me iba a hacer eso. No podía ser real. Estaba atada con Carla y Luca frente a mí, mirándome con la cara de felicidad más grande que nunca. Sonreían. Sonreían viéndome en la silla inmovilizada, con el peor nudo posible en el estómago. Pensaba que mis dibujos eran sueños, como decía el libro de Morfeo. Pensaba que mi hermana me iba a ayudar a salir de aquí. Pensaba que iba a descubrir mi don por mí misma, lo que mi madre quería ya que el significado del símbolo lo representaba.

¿Ahora qué iba a hacer? Estaba completamente rota, no me esperaba nada de esto por parte de Luca y mucho menos por la de mi hermana. ¿Adónde me iban a llevar?

—Te vamos a dejar un día libre, pero si escapas te arrepentirás porque vas a sufrir mucho más. Sólo queremos llevarte a un lugar seguro, fuera de aquí. Te vamos a inyectar este veneno que te inmo-

vilizará las piernas para que tengas los brazos libres y puedas dibujar. Lo único que queremos de ti es que nos dibujes para que podamos parar masacres o avisar de cosas buenas que van a pasar en este mundo. Lo importante es que nos vamos a aliar con el monarca para que nos pague por esto. ¡Vamos a ser ricos! —Se acercó a mí sin ningún signo de arrepentimiento. Me acarició la mejilla limpiándose las lágrimas—. Es tu destino y si no te lo crees compruébalo. No podemos cambiar el destino, está escrito y así lo dice nuestra religión, el «*Rubrum Ignis*». Como te he comentado, esta noche la tienes libre, pero si no apareces el sábado a las tres de la madrugada aquí, lo vas a pasar muy mal. —Su cara seguía a centímetros de la mía, así que aproveché y le escupí. Se limpió y se rió a carcajadas durante unos largos segundos. Me soltó—. Adiós, pajarito, aprovecha y vuela libre el poco tiempo que te queda de libertad.

Me marché, no sin antes mirar fijamente a Luca con la mayor cara de desprecio del mundo, mientras a él se le caía una lágrima que intentó disimular. Salí corriendo hacía mi habitación, necesitaba mirar los dibujos, necesitaba comprobar que ese era mi destino. Las últimas semanas desde que pasó lo de la escena exacta, me dio miedo mirar las ilustraciones. Llegué a mi habitación exhausta, estaba asustada. El corazón me dolía. Seguía sin entender lo que estaba pasando. Pero no tenía tiempo, porque nada iba a cambiar. La veía bastante decidida a hacerme todo el daño posible con tal de aprovecharse de mi don.

Los dibujos mostraban a una chica en una camilla y en un sitio oscuro. Las paredes estaban repletas de los símbolos de Fuego Rojo. La chica sostenía muchos papeles y estaba llena de heridas. Iban a torturarme porque me iba a oponer a sus decisiones. Iban a abusar de mí. El otro dibujo era yo en el suelo y ellos con muchos sacos de monedas en las manos.

Empecé a pensar que era imposible que viviera esa tortura. Cogí uno de los cuchillos que guardaba debajo del colchón. Nunca me fie del sitio, aunque estaba equivocada. Nunca debí fiarme de la gente.

Me metí en la bañera de mi propio baño. Cogí la carta de mi madre y una de las fotos que Rosa me proporcionó por mi decimosexto cumpleaños. Cogí el cuchillo y lo acerqué a mi muñeca. Estaba

completamente segura de que prefería morir a vivir una tortura por mi don durante toda mi vida.

—Lo siento, mamá, he llegado demasiado tarde. —Hice un pequeño corte en mi muñeca izquierda. La sangre brotaba—. Carla, jódete, no habrá ningún don, ningún saco de dinero, porque no habrá dinero. Luca, lo siento, siempre te quise y nunca fui lo suficientemente valiente.

Seguí haciendo cortes, hasta que conseguí el perfecto símbolo que tanto me había perseguido. La sangre coloreaba el agua de la bañera. Lo último en lo que pensé: mi pesadilla.

Pero no era un mal sueño.

Olía a azahar, mi padre me leía y me trenzaba el pelo, mi hermano me abraza y mi madre corría detrás de mí hasta que me cogía y me achuchaba fuertemente. No había ni rastro de la otra niña, de Carla. Cuando abrí mis ojos, los vi allí. A mi familia, en una plaza impregnada de olor a azahar.





CRUZANDO EL RÍO TEVERE

PRIMER PREMIO
(EX AEQUO)

CLAUDIA GARCÍA CARRASCO

3º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

TRASTEVERE ES UN BARRIO SITUADO EN EL CENTRO DE ITALIA. Se trata de una gran comunidad de vecinos donde todos se conocen, llevan muchos años viviendo allí. Es un barrio antiguo, con calles estrechas y coloridas, con fachadas pintadas de colores vivos. De sus balcones cuelgan montones de macetas cargadas de flores. Las calles del Trastevere están llenas de encanto. Es un barrio visitado por muchos turistas. Allí vivía Marcos.

Marcos era un hombre mayor. Cualquiera diría que tenía ochenta y cinco años y, a pesar de su poca estatura, la gente le tenía respeto. Solía vestir con un pantalón ancho y una camisa. Marcos se levantaba temprano, se aseaba y desayunaba. Más tarde cumplía su rutina diaria, que se basaba en alimentar a Kitty, Pili, Mili y Lola. Kitty era la más asustona y siempre esperaba a que sus compañeras terminasen de comer para saber cuándo podía empezar ella. Pili, Mili y Lola, al terminar de comer, se enzarzaban con la lana. Otras de las tareas cotidianas era limpiar su piso, ya que su esposa había fallecido hacía treinta años. Maldito cáncer.

Eso y la falta de hijos hicieron que se convirtiera en una persona entregada a su barrio y a todos sus seres queridos. Todos recordaban el día en que salió ardiendo el piso de Gabriella, la vecina del 4º. Mientras todos los vecinos gritaban y corrían asustados de un sitio para otro, Marcos no se lo pensó dos veces, entró en la vivienda y rescató a la mujer y sus hijos de entre las llamas.

En otra ocasión, le pudo conseguir trabajo a otro vecino que estaba pasando muchas necesidades. Le estuvo agradecido durante

mucho tiempo. En los años ochenta consiguió, después de muchos esfuerzos, que por fin el ayuntamiento arreglara y adecentara las calles y la iluminación. Eso le llevó a que tuviera que hablar con concejales y con el propio alcalde. Por todo ello, su barrio le estaba eternamente agradecido.

Una mañana calurosa de septiembre del pasado año paseaba por las calles del Trastevere cuando, sin darse cuenta, llegó al Dar poeta. Tuvo mucha suerte de que aquella familia de turistas españoles abandonaban el local dejando una mesa libre, ya que era casi imposible encontrar sitio en su pequeño restaurante favorito. Se pidió una Moreti cuando vio pasar a su vecino Fabrizio a paso ligero. Sabía que nada bueno iba a pasar. Llevaba en sus brazos una caja de grandes dimensiones y se perdió en un callejón sin salida. Minutos más tardes lo vio salir sin la caja. Él avanzó hacia el callejón y descubrió que la caja estaba empezando a arder, se precipitó para apagarla y al abrirla vio a aquellos cuatro gatitos amarrados que le acompañarían hasta el fin de sus días.

El joven Fabrizio era un chico impulsivo de diecisiete años, egocéntrico, siempre pensaba que llevaba la razón y no paraba de discutir e insultar hasta a sus propios amigos. Cuando no se encontraba en su casa con los videojuegos, estaba maltratando animales por la calle.

Era hijo de Andrés y Marcela, una familia trabajadora que se esforzaba por dársele todo a su único hijo, pero él, aparte de suspender todas las asignaturas, se dedicaba a hacerle la vida imposible a sus padres.

Andrés se pasaba el día entero trabajando en un bar familiar que heredó de sus padres, con Marcela en la cocina y algunos hermanos ayudando en la comanda. Eso hacía que Fabrizio pasara interminables horas solo en la casa. Un joven de su edad daba rienda suelta a su imaginación, ideando muchas trastadas que de pequeño solían ser cosas sin importancia, pero a sus diecisiete años el asunto fue tomando otra gravedad.

En cualquier pelea callejera estaba metido Fabrizio con sus amigos. Amigos era un decir, ya que se la había jugado a todos en más de una ocasión. Una vez entraron en un bar y robaron la recaudación. Todos ellos iban con la cara tapada y, a pesar de que quedaron en

que no hubiera violencia, cuando salieron del local Fabrizio se dio la vuelta y le pegó con un bate de beisbol en la cabeza al dueño. Se repartieron el dinero entre todos. Fabrizio sabía desde un primer momento dónde lo iba a invertir. Se fue directamente al salón de juegos y lo perdió todo en menos de una hora. Pensó que tendría que volver a robarles a sus padres.

En otra ocasión, una tarde de sábado pasaba de estar con sus amigos, quería una nueva diversión, y aquella diversión tenía que ver con una muchacha. A él le había gustado desde pequeño, pero ella siempre lo ignoraba, aunque aquel día no sería así. La montó en la moto con engaños. Ella creía que su madre se había caído dos calles más abajo, y el bueno de Fabrizio se ofreció a llevarla. Pero ella, para su desconcierto, vio que donde la había llevado no era con su madre, sino que se encontraba en una nave abandonada y allí abusó de ella.

Por eso y por otra serie de delitos pasó una buena temporada en el reformatorio.

El día que salió del reformatorio lo pasó en casa viendo la tele. Allí vio aquel virus que asolaba China y llegaba al norte de Italia.

Por un momento pensó que aquel joven chino que estaba en el reformatorio pudo pegarle el virus, ya que tenía alguno de los síntomas que estaban describiendo en la televisión, pero desechó la idea. Él seguiría haciendo vida normal.

Dos semanas después, Fabrizio andaba por la calle haciendo de las suyas cuando vio que se agolpaba mucha gente al otro lado de la acera, se acercó y vio a su vecino Marcos tirado en el suelo. Se despreocupó del asunto y pensó que si había algo que sobrara en Italia, eran viejos. Al rato se fue a su casa porque se notaba con un poco de destemplanza. No tenía muchos ánimos ese día.

A Marcos no le faltó ayuda cuando el infarto lo dejó caer al suelo. Numerosos vecinos llamaron a urgencias y lo asistieron. Durante el camino de la ambulancia se dijo a sí mismo «Valentina, pronto me reuniré contigo».

A los varios días, Fabrizio sabía que le habían contagiado el COVID-19. Se encontraba mirando desde la ventana de su piso y se irritaba viendo cómo sus amigos hacían vida normal. No soportaba la idea de estar en cuarentena.

Un día Fabrizio se escapó de casa e intentó hacer justicia. «No voy a ser yo el único que pille el virus», y quedó con sus amigos. Más tarde se dirigió a Via Nazionale y entró en las tiendas de souvenir para transmitir el virus a los turistas. Después caminó hasta Via Claudia y llegó al Coliseo. Allí empezó a sentirse peor, cayó al suelo y se lo llevó la ambulancia.

El doctor Mancini, a sus cincuenta y dos años, pensaba que ya lo había visto todo en medicina. Nada más lejos de la realidad, ya que se tenían que enfrentar a un virus que asolaba Italia y España. Los pacientes llegaban al hospital de manera escandalosa, eran cientos todos los días y los recursos empezaban a escasear. Aquella mañana, después de dormir muy poco, se dirigió al hospital. Cuando llegó, la enfermera le mostró los casos de la noche. Leyendo el informe se dio cuenta de que había vuelto a ingresar su amigo Marcos. Se encontraba en la UCI. Haría lo imposible para salvar su vida, sabía cuánto le debía. Todavía recordaba que gracias a él pudo estudiar la carrera de medicina.

El doctor Mancini recordaba que con nueve años su padre falleció y que su madre tuvo que sacar tres hijos adelante. Marcos le consiguió un trabajo de limpiadora donde él era conserje. Con mucho esfuerzo, consiguió darle carreras a cada uno de sus hijos. Por eso no tenía duda de que tenía que sacar de la UCI a su viejo amigo.

Lo que no sabía el doctor Mancini era que había de tomar una de las decisiones más importantes de su vida. Acababa de ingresar también en la UCI a Fabrizio, por coronavirus. Con el transcurso del día empezaron a faltar muchos materiales médicos, entre ellos, respiradores, hasta el punto de que tenían que elegir qué vida salvar y cuál no. En aquel momento entró la enfermera informándole de que solo quedaba un respirador, y él tuvo que tomar la decisión de salvar la vida o bien de Marcos o bien de Fabrizio. Por un rato se estuvo debatiendo entre las dos opciones. Por el lado personal, salvaría sin lugar a dudas a Marcos, al que tanto debía; pero su código ético y profesional le decía que tenía que salvar al que tenía mayores esperanzas de vida, Fabrizio.

Estuvo un buen rato pensando. Lo personal o lo profesional, lo justo o lo injusto. En ese momento llegó la enfermera para recordarle que tenía que tomar una decisión. El tiempo se agotaba. La

decisión estaba tomada, sabía que se podía equivocar, pero tenía que dejar morir a Marcos.

EPÍLOGO

Ocho meses más tarde, amanecía Roma recompuesta de la pandemia. Los turistas volvían a echar monedas en la Fontana, el Coliseo se llenaba y la Via Nazionale seguía siendo una de las más transitadas. El Trastevere seguía siendo uno de los barrios más visitados, sus calles, sus fuentes.



MODALIDAD
ALUMNO
BACHILLERATO





ANA

PRIMER PREMIO

AIDA FERNÁNDEZ ROT

1º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

FUE COMO SI ME HUBIESE CONVERTIDO EN UN JARRÓN. UN JARRÓN con un agujero en la base, por el que entraba el aire. Sentía frío. Frío en el cuello, frío en las manos, frío en las muñecas. Cuando dejé entrar el aire en los pulmones no expulsé ningún jadeo. Fue como si no me quedaran fuerzas incluso para hacer ese ruido. Como si me impidiesen llenar los pulmones por completo. Me sentí un jarrón mientras me tomaban fotos. Me sentí un jarrón mientras me toqueaban. Me sentí un jarrón cuando finalmente fui catalogada.

Y me sentí verdaderamente rota.

Deseé poder quitarme mi propia piel. Poder arrancarla a tiras, arrancarme cada centímetro de esta capa que me cubría y esperar que hubiese otra debajo. Me picaba y sentía la necesidad de rascarme con fuerza, como si todo mi cuerpo estuviera cubierto por una fina capa de grasa, de suciedad que tenía que quitarme de alguna forma. Si no me quitaba esa capa pronto, iba a estallar. A estallar en pedazos. Dejé escapar el primer jadeo.

Tenía frío en la espalda y me dolía.

Me retorcí cuando la policía trató de hablar conmigo. Cuando uno de ellos me tocó el hombro brinqué, sobresaltándome. Oía un ruido, como un taladro, como una vibración constante y ruidosa. A pesar de que trataban de hablarme, de que trataban de comunicarse conmigo, yo solo podía concentrarme en el ruido que me estaba rompiendo los oídos, atravesando los tímpanos como si fueran largas agujas que buscaban un lugar donde clavarse. Estiré los dedos, intentando aliviar la presión que sentía. Tardé unos segundos en comprender que ese ruido eran mis propios dientes castañeando.

No recordaba nada. Y lo recordaba todo. No recordaba nombres, ni siquiera si había sido arrastrada allí antes o después. Pero recordaba sus manos encima, recordaba la sensación de dolor y recordaba

la pérdida de control. Yo no bebo, me habría gustado gritar en ese momento, mientras me preguntaban una cosa tras otra. Me hubiese gustado gritar que no había bebido, que no había consumido drogas. Me hubiese gustado decirles que había salido a las cinco de la tarde para ir a la academia de inglés. Me hubiese gustado poder mirarlos a los ojos y defenderme. Pero cuando los miraba solo podía ver huecos, como si no entendiese lo que mis ojos veían. Me aferré a la manta, mientras trataba de controlar mi propia respiración.

Después me preguntaron por qué no había llorado. Al principio no comprendí la pregunta. En el caos, en los recuerdos mezclados con luces, con gritos, con sirenas, con la ambulancia, yo recordaba haber estado a punto de romperme, como si las costillas hubiesen empezado a rajarse por la mitad, abriéndose como los pétalos de una flor. Recordaba mi corazón queriendo escapar de mi propio pecho y mi cabeza dando vueltas y vueltas a la misma idea. Recordaba muchas cosas.

Cuando el abogado me preguntó por qué no había llorado delante de los policías, no supe qué contestarle. ¿Qué importaba que yo hubiese llorado o no? ¿Era verdaderamente importante? ¿Importaba que yo hubiese roto a llorar? ¿Que hubiese gritado? Yo no había hecho ningún ruido. No antes. No durante. No cuando llegó la policía. Estaba demasiado concentrada tratando de respirar. No recordaba haber llorado.

—Puede que aleguen que te lo estás inventando y que en realidad no llorabas porque no estabas... —¿No estaba qué? ¿Triste?

Lo observé, patidifusa y apreté las piernas. Era una costumbre que había adoptado... después. Apretar las piernas, como si hubiese un hueco que necesitaba rellenar. Aire. Aire que entra por el agujero de un jarrón roto. Levanté la cabeza y observé el techo. Respire una vez. Recuerdo el sonido del aire. Recuerdo el sonido de su respiración. A veces, si guardo el suficiente silencio, creo poder conectar mi respiración a los recuerdos de la suya. Sincronizarla. Por cada tres respiraciones tuyas, una mía, mucho más suave. Cuando respiraba fuerte se le hinchaban los agujeros de la nariz. Podía recordar eso. Respiré otra vez y sentí unas tremendas ganas de vomitar. Sentí cómo se me revolvía el estómago, cómo daba un vuelco y las náuseas se me instalaron en la base de la garganta.

Me atraganté durante un segundo antes de hablar.

Yo no había estado triste. En realidad la palabra sonaba muy infantil. Sonaba muy... ¿sabes? Ahora mismo sí que podría llorar. Sí que podría clavarme los dientes en los labios, llorar y llorar, contarlo todo. Pero no hay forma, no hay forma de que, por mucho que lo describa, por mucho que lo diga, que lo exprese, de que lo entendáis. Es simplemente imposible. Es... es lo que es.

Ahora, cuando oigo la palabra triste, me siento estúpida. Como si la pregunta «¿Estás triste?» fuera algo que se le hiciera a los niños.

Me apreté las manos en la parte trasera del cuello y respiré profundamente. Mi abogado parecía preocupado por si íbamos a ganar. En realidad, lo había mencionado un par de veces. ¿Ganar? ¿Me puede alguien explicar lo que significa ganar en este contexto? ¿Qué he ganado? ¿Tener que mirarlo otra vez a la cara? ¿La posibilidad de verlo irse? ¿Oír su respiración otra vez? Me invadió una ola de pánico muy similar a la que me asaltó antes de que ocurriera. Similar a la que sientes, si eres mujer, claro, cuando un chico te sigue por la calle. A lo mejor no te está siguiendo. Eso da igual. El pánico ya está ahí. Me invadió una ola de pánico por la posibilidad de tener que existir, existir, en un mundo en el que estuviera fuera. Suelto.

Deseé que en España existiera la pena de muerte. Deseé no tener que volver oír esa palabra en la vida. Deseé fundirme con la pared. Deseé gritar. El abogado me miró expectante.

—No recuerdo mucho—. En realidad, era verdad. No recordaba mucho de lo que había sucedido después de que me encontraran. Las palabras se me habían escapado como un jadeo. Mi madre, que estaba sentada a mi lado, me agarró la mano. Se la solté de un tirón. ¿Por qué me tocaba? ¿Merecía que me tocase?

—Si dices que no lo recuerdas, vas a alegar que tu testimonio es inconsistente. Así que necesito una excusa que explique por qué no lloraste —expuso el abogado. Miró a mi madre, que a su vez me miró preocupada. Preocupada de que la historia no fuese lo suficientemente consistente. Le sostuve la mirada durante unos segundos—. La historia tiene que ser redonda —comentó, sonriendo para aligerar el ambiente. Sentí casi como si me hubiesen pegado un golpe.

Mi madre temía que la «historia» no fuese demasiado consistente. El abogado, que no fuese lo suficientemente redonda.

Me levanté, a pesar de que con cualquier movimiento brusco me ardía todo, escociendo, picando por dentro. Era similar a la sensación de que te claves agujas, pero distinto. Como si eligiese una zona y se colocaran mil agujas, unas muy juntas con las otras, creando un patrón. Y luego dicho patrón cambiase, clavando las mil agujas en un lugar nuevo. A veces si me movía demasiado rápido podía casi sentirlo dentro. Una arcada me llegó rápida a la garganta. Intenté detenerla pero ascendió de golpe, como una sacudida. Sentí un latigazo en la columna y oí un chasquido proveniente de mi cuello. El ruido se hizo más profundo y pude oír de nuevo la vibración, ese sonido taladrante.

—Cariño —me llamó mi madre—. ¿Ana? ¡Ana! —Vomitó, doblándome, justo al lado de la puerta. El despacho era grande y estaba muy decorado. Junto a una planta, tal vez sobre esta, vomité ruidosamente. Cuando la primera ola terminó, me doblé intentando calmar el escozor que sentía en la garganta. Las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. Volví a sentirlo, como un dolor fantasma. De golpe y de nuevo, vomité.

¿Alguna vez has estado en un hospital en el que se atiende a una chica a la que han...? No, tal vez esa pregunta no sea correcta. ¿Alguna vez has sido la chica? Lo primero que hacen es darte otra ropa. Durante un segundo la ropa nueva te calma. Es como si quitarte los restos de tu ropa original, como si quitarte dicha capa sobre tu piel, te aliviara. Te has librado de ese peso. De la sensación de estar aún siendo tocada. A los minutos, la sensación desaparece. La nueva ropa es la nueva capa sucia, como si él aún la estuviera tocando. O peor, la nueva capa es tu propia piel. Yo era capaz de sentir sus dedos.

No tengo palabras para describirlo. Para describir el instante en que verdaderamente tomas consciencia de ello. Que sabes que de verdad ha sucedido. Que no es un caso en la televisión. Que te ha pasado. Y después te rodean miles de preguntas. Miles de incógnitas. Algunas hacen que desees vomitar. Otras, que quieras gritar. Algunas son absurdas, infantiles. ¿Quién me va a querer ahora? ¿Cómo voy a seguir viviendo? ¿Qué van a pensar mis amigos? ¿Cómo me voy a sentir después de esto? Son frases largas, con muchas palabras, pero se convierten en un segundo. Desaparecen y llegan otras nuevas, dispuestas a sustituir a las anteriores.

Se podía comparar, creo, al instante en que tienes que quitarte tu nueva ropa interior por primera vez. Es... agobiante. De repente dicha prenda tiene el significado de un arma y estás cerca del ataque de pánico cuando te la arrebatan de nuevo. Sientes que te mareas y muchas veces lo haces. Durante un par de segundos todo lo que tienes frente a ti está borroso. Si te ocurre lo que a mí, el médico que te revise rara vez va a ser un hombre. En ese instante no lo piensas. Ahora me imagino qué hubiese pasado si en ese momento un hombre hubiese intentado quitarme la ropa interior. Seguramente, hubiera acabado matándolo. Eso me gustaría pensar que habría hecho.

Te quitan cualquier resto del pelo. Si tienes ramas, si tienes musgo, si tienes suciedad. Yo tenía piedras, piedrecitas de hormigón. No recordaba mucho la sala de hormigón y las piedrecitas, cuando las pusieron en una bolsa junto a mí, casi carecían de significado. Es como si a ellas también las hubiesen violado y estuviesen allí esperando conmigo. Allí, aguantando. Recuerdo haber sentido mucha empatía hacia esas piedras. Las enfermeras intentan tranquilizarte. Que no recuerdes que lo que te están sacando del pelo son restos del lugar en el que has estado encerrada y después has sido... «Solo son piedras». Piedras, escombros, piedras, escombros. Piedras y escombros.

Te insertan... varillas, ya sabes, en el... y también en el ano. Dicen que es para hacer diferentes comprobaciones. Cuando lo hicieron, grité. Resultó que tenía un desgarró en la pared interior derecha. No quiero pensar dónde está eso. Como si superponer una imagen del sistema reproductor femenino, como las que te dan en el colegio, el latigazo de dolor que sentí, a la quemazón, a la sangre fluyendo entre tus piernas, solo provocase más ganas de llorar. Es como dibujar con el dedo grietas en un cristal. Si hubiese tenido un dibujo de esos en aquel momento, habría pintado yo misma las grietas. Te pinchan con agujas y te hacen tomar tres o cuatro pastillas antes de dejarte siquiera respirar. Durante todo este tiempo estás sin pantalones. Te iluminan con un foco directamente entre las piernas.

Me pusieron una especie de manta, como un telón, entre las piernas y el torso, para que nadie pudiese ver nada de lo que me hacían. Por un instante sentí la tentación de arrancar la tela. ¿Ahora no po-

día ver lo que me estaban haciendo? Jadeé cuando me introdujeron unas pinzas largas, finas. Repentinamente el material frío tocó una de las partes más destrozadas y golpeó contra algo. No podía oír el ruido que había hecho los dos objetos al chocarse, pero sentí que uno extraía al otro.

Eran cristales. Sé que es imposible que estuviesen clavados en el útero. Me explicó el médico que eso es la sensación que te da, como si todo estuviese perdido ahí dentro. Pero aun así perdí para siempre y en un solo segundo el deseo de tener niños. Me sentía culpable. ¿Cómo iba a crear vida ahí dentro?

Me sentía tan culpable. Os puede sonar estúpido. ¿Quién piensa estas cosas después de ser violada? Yo te voy a hacer una pregunta a ti. ¿Qué crees que se piensa después de esto?

Te extienden por la vagina una especie de pintura azul, fría y plástica, que en realidad sirve para comprobar si tienes abrasiones. Quemaduras. En realidad, era casi anestesia. Hasta que la pintura se calienta por el calor corporal, sirve de anestésico. Luego el dolor vuelve. Y es peor, porque cuando la pintura se seca, hay que quitarla con pinzas en algunas partes.

Durante una hora estás tumbada mirando al techo, con las piernas abiertas.

Ahí es cuando el aire deja de tener valor. Cuando tu respiración deja de tener importancia. Cuando la sensación plástica, fría y blanda bajo tus piernas desnudas desaparece. Cuando ya no te deslumbran los focos, cuando al apretar los dedos, los sientes dormidos.

Lo sabes. Sabes que ahora solo te queda hundirte. Y por alguna razón, te contienen. No quieres llorar, aunque luego te pueda traer problemas, como a mí. No gritas. Es más, a pesar de que te están haciendo daño, a pesar de que sufres daño doble, a pesar de que deseas culpabilizar de todo al doctor o doctora que hace su trabajo, todos ligeramente insensibles, te tengo que decir que no gritas. Impertérrita, miras al techo. Y esperas.

Y en menos de una hora, el tiempo también pierde el significado.

—¿Crees que de verdad se lo está inventando?

A pesar de que estaba anestesiada, podía oír a alguien hablar.

—¿Qué dices? ¿Cómo se va a inventar eso nadie?

—Los adolescentes son adolescentes. ¿Quién te dice que no lo está haciendo por una apuesta?

—No digas tontería, anda. ¿Hay más Priomax? —La otra mujer, una enfermera, hizo un ruido con la lengua.



Los jurados en España no son como en las películas. No hay mucha gente. A veces está la tele y hay gente que no conoces, principalmente prensa, entre los asientos. Es porque eres noticia. Y te alegras de no estar muerta en una cuneta.

Tal vez lo peor del juicio sea verlo. No porque sea la persona que te violó o porque lo odies. Por eso también. No, es porque, después de que te acusen de mentir, después de que te interroguen, después de que denuncies, después de que grites, después del test de embarazo, después de pruebas ginecológicas a millares y de que la gente te mire y cuchichee, por un segundo te preguntas si de verdad ha pasado. Lo miras y aunque puedes reconocerlo perfectamente, puedes ver sus ojos y decir que son los mismos, su pelo, su mirada incómoda. A pesar de que ves todo esto, por un segundo te preguntas si de verdad es él. Lejos de la escena, lejos de esos momentos en los que te agarraba por las muñecas y te apretaba contra la pared para luego hacerte deslizar, aún apoyada en los ladrillos, para romper los pantalones y deslizar las uñas por tu piel desnuda, parece una persona normal.

Parece un chico normal. O tal vez el tuyo pareciese un hombre normal. Un padre. Un estudiante. Un profesor. Un joven trabajador. Un hermano. El hijo de alguien. Parece alguien que te sostendría la puerta para que pases a tu academia, no ese hombre que te esperaría a la salida. Por un segundo, te acusas de mentirosa a ti misma. Te menosprecias. Quieres girar y salir de la sala. Quieres andar a paso rápido, deslizándote entre las sombras. Cuando clava los ojos en ti y aparenta estar asustado, asustado de ti, de la niña que lo ha acusado de violación, te preguntas de verdad qué pasará si gana él. Tú no puedes ganar, te lo aseguro. Pero él sí. Incluso si lo condenan, tú no habrás ganado.

Va a decir cualquier cosa. Te va a llamar mentirosa. Te va a gritar. Va a apelar a la pena. Si ve que no puede negar que fue él quien te atacó, dirá que fue consensuado. Si eres menor, como lo era yo, intentará que lo condenen menos o nada, diciendo que no lo sabía. Y puedes oír tu propio silbido del tren. En realidad estaba ahí desde un principio, pero no podrías reconocerlo. Te sientes Ana Karenina y oyes los silbidos. Tal vez sea el castaño de unos dientes.

Y él está deseando que te tires a los raíles. Está deseando que saltes. Que estalles. Que grites. Está deseando que llegues esa noche a tu casa y te suicides. Está deseando que te conviertas en un pasaje más de su vida. En mi opinión, lo mejor que podéis hacer es tirarlo a él.

—Puede proceder a dar su testimonio. —Te vas a poner nerviosa. No te preocupes. Estamos contigo. Yo estoy contigo. Cualquier mujer como nosotras está contigo. Cualquier mujer está contigo. Puede que te aturulles. Te van a presionar. ¿Te lías porque mientes? Si te hacen esa pregunta, sé sincera. «¿Si estuviese delante de su violador, estaría tranquilo?». Respira. Vas a conseguirlo. Estás cerca. No vas a dormir en paz, no te mientas. No vas a estar tranquila en un tiempo. No te preocupes. Tú puedes.

¿Estás más tranquila? ¿A que los abogados son idiotas? Si, tú lo has dicho. Respira. Eso es. Queda menos. Sí, esperar en el hospital fue horrible. Pero ya ha pasado. No, no llores. Ahora no es momento de llorar. Lo estás haciendo bien. Ya casi has terminado. Queda poco.

—Proceda, por favor. —Habla.

Dilo. Díselo a todo el mundo. Grítalo si quieres.

Yo al final lo dije. Y nunca soy más feliz que cuando pienso en él entre rejas.

¿Lo recuerdas todo? Ahora puedes empezar a olvidar.





MI FELICIDAD TIENE NOMBRES Y APELLIDOS

SEGUNDO PREMIO
(EX AEQUO)

IRENE BUENO OTERINO

1º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

«**E**L CIELO EMPAÑADO DEJABA APENAS ENTREVER LIGEROS HALOS dorados que coloreaban el horizonte de un naranja pastel, y entre las nubes de algodón el tímido sol se despedía de la ciudad de las Once Torres y las Mil Maravillas, ciudad que no me vio nacer, pero me vio crecer. Un color añil claro cubría el ambiente. Las calles, en obras como siempre, desprendían un olor a polvo suspendido ahí por siglos, en la ciudad donde nunca llueve. Pequeños pajarillos revoloteaban cantarines, mecidos por la suave brisa del atardecer; y aunque nadie me acompañaba, rodeada de aquellos muros blancos no podía sentirme sola. De repente, un olor a incienso llenó el aire con fuerza y el murmullo de voces a lo lejos serenó mi alma. Mis dedos recorrieron con firmeza la suavidad de la pared mientras mis zapatos iban resonando al chocar con la acera. Más adelante, donde me llevaron mis pasos, flores violáceas yacían olvidadas en el suelo, caídas haría no mucho tiempo de la enredadera que pendía de un balconcito de charol. Las campanas empezaron a sonar, con su incesante ritmo vivo, para indicarme que sin saber cómo había perdido ya una hora paseando hacia un lugar que desconocía por completo. Evitando las calles concurridas, mi alma se hundía en aquel momento. La temperatura era agradable, casi veraniega, a pesar de encontrarnos ya entrado el otoño. Las calles centrales, repletas de gente, bullían de actividad y sonido, y el perfume de los transeúntes se mezclaba agradablemente con el de mi camino, dotando a mi pequeña travesía de una armonía lírica indescriptible. Todo aquello me parecía tanto o incluso más romántico que cualquier beso robado. Conforme la noche se anunciaba, volviendo cenizas las nubes, no me quedó más remedio que evocar horas pasadas. Mi esencia revoloteaba. Atravesando no sé cuántos caminos distintos llegué a un

precioso parquecito donde columpios me esperaban, y sin contar el tiempo me mecí hasta el infinito, hasta que deslumbró la luna clara.»

Bajo el manto oscuro de la noche, iluminada sólo por la luz nítida de una farola cercana, Mónica garabateaba palabras en su cuaderno, intentando encontrar una buena frase, quizás un verso o una escena. Cualquier cosa que se le ocurriese podría valer, pues estaba decidida a no poner límite alguno a su creatividad, no otra vez. La arena pálida de aquel parquecito le llenaba los zapatos de una manera desagradable, pero mientras el columpio la elevaba casi hasta tocar el cielo, su única preocupación era pensar. Pensarlo todo. Había salido de casa haría unas horas, olvidando el móvil, provista de una libreta en blanco y no sé cuántos bolígrafos de gel (por si acaso), sin saber a dónde iría ni cuándo se le antojaría regresar. No muy tarde o le caería una buena regañina. Incluso cuando había creído que el estar a solas le provocaría frustración, lo cierto es que el ligero paseo le había permitido observar la belleza hasta en las cosas más sencillas. Esto la sumió en un sopor característico de cuando a uno se le prende en llamas la mente y se olvida de hablar, de comer, de respirar incluso; y todo lo quiere poner por escrito con palabras estéticamente bellas y sumamente complejas. Los científicos lo llaman «inspiración», pero a ella le gusta llamarlo «locura». Dentro de su adormecimiento, Mónica cavilaba sin cesar sobre algo que llevaba meses rondándole la cabeza. No lo entendía. De hecho, no entendía nada. Eso de la clasificación, o como lo llamaban ahora «etiquetas», no eran más que chorradas. ¿Clasificación de qué? De seres humanos que intentan ser libres, dueños de su propia existencia y lo serían de no ser porque al nacer se les asignaba un lugar en el mundo, como si fuesen ganado al que hay que marcar. «Doctor, ¿es un niño o una niña? ¿Azul o rosa?». Todo empezaba así. Y luego la lista seguía: creyentes, no creyentes, tribus urbanas, buenos para esto, malos para lo otro, sí, no (¿y el quizás?), blanco, negro (¿y los grises?), gordo, delgado, hermoso, poco agraciado... humano.

A sus dieciocho años, Mónica ya había sido la gorda, la fea, la rara, la friki y un sinfín de otros tópicos que poco a poco fueron quitándole la vida y sustituyendo sus sueños por miedos. Hasta ese día. El día en que dijo basta y, anegada de amor, dejó de volverse la espalda a sí misma. Porque el amor, eso era lo realmente impor-

tante, al menos para ella. También la habían condenado por eso, por amar; simplemente por demostrar pasión y afecto, como si no hubiera nada de natural en aquello. Amar, y no a un hombre o a una mujer, a una persona, a un ser humano. ¿Qué había de malo en regalarle tu totalidad a alguien que por cualquier motivo que fuere ponía tu mundo del revés? ¿No era acaso esto lo que nos hacía verdaderamente felices? Tanto era el sentimiento que tenía dentro del pecho, que le dolía. Así que optó por sacarlo fuera sin esperar nada a cambio, solo querer porque a todos nos gusta que nos quieran. Pero ahora no, no estaba bien visto. Para todo eras demasiado joven, demasiado viejo, demasiado frío, demasiado cursi, demasiado raro... demasiado tú.

De repente, Mónica se bajó de aquel carrusel de emociones y poniéndose en pie con lentitud se dispuso a volver a casa. El aire le traía «locura» a bocanadas. Pero su paso era firme y tranquilo y su respiración lenta. Cualquiera que la hubiera observado de cerca podría haber dicho que ni respiraba. Sonreía levemente.

Aún le quedaba mucho por aprender. No podía negar que, bien por puro rencor o por simple curiosidad, ella también había usado un millón de veces aquellas «etiquetas» que detestaba. Las había empleado para prejuzgar, de la misma forma en que lo hicieron con ella. Era normal, sin embargo, y comprensible su desconfianza, pero se encargó de que bajo ningún concepto le impidiese abrir su corazón. A nada le temía salvo a morir sin haber vivido antes. Eso sí le daba miedo. Por eso en cuanto el profesor de literatura le preguntó si quería escribir un discurso, un pequeño trozo de su versión del mundo, para adornar con este la ceremonia de graduación que se aproximaba, no lo dudó un instante. La adrenalina le recorría cada vena del cuerpo de solo pensar en pararse allí, delante de unos seiscientos ojos inquietos (entre padres y alumnos), caras conocidas, otras no tanto, y separar los labios para explicarle su verdad a todas las personas que la habían rechazado, aceptado, a las que sufrían, a las que hacían sufrir. Solo de acariciar esa ensoñación en su cabeza le temblaba todo el cuerpo. No había estado más nerviosa en su vida. Tampoco había tenido nunca tantas ganas de hacer algo. Sabía que algo podía enseñarle, y quién sabe si, con un poco de suerte, aquel texto que aún estaba retocando representaría el paso del presente al resto de su existencia.

Ahora que solo quedaban horas para el gran evento, algo en ella vibraba y, fuera lo que fuese, era tremendamente contagioso.

La respiración de Mónica se aceleró mientras, rápida y certera como una flecha del mismísimo Eros, sorteaba los últimos caminantes que la separaban de su casa. Tras llegar a la puerta barroca, pulsó con el dedo tembloroso y repetidas veces el timbre del portal hasta que alguien abrió. A pasos agigantados y veloces subió las escaleras de mármol, de dos en dos, como si de teclas de un enorme piano de cola se trataran, hasta llegar al tercer piso, donde una puerta entreabierta emitía un rayo de luz que cortaba las penumbras. Se sintió entonces en paz al estar por fin en casa.

—Mónica, cariño, ¿qué te apetece cenar?

Su madre la llamó desde la cocina. Cualquiera otro día habría aceptado lo que su madre proponía sin rechistar, pero al entrar en la cocina el olor a comida le dio náuseas. Estaba demasiado en su mundo para poder probar bocado. Las fantasías de su alocado caos mental le cerraban el estómago. Tras darle dos besos a su madre sonrió encantada.

—No tengo hambre, mamá.

La mujer, de unos cuarenta y largos, frunció el ceño con preocupación observando a su hija mayor; a lo que Mónica respondió mostrándole el cuaderno que había llevado consigo, donde en letras grandes podía leerse con facilidad «DISCURSO DE GRADUACIÓN». La madre soltó una carcajada y ella, abrazándola una última vez, corrió a ponerse el pijama. La habitación era mediana, con las paredes de color crema y el suelo de losas grises. En el centro de la sala se erguían, como las reinas de su pequeño universo, dos camas con el dosel de caoba. A la izquierda, el tocador, de un finísimo ébano labrado, con su precioso espejo de destellos tornasol. A la derecha, el armario, alto y robusto, también caoba, pero más oscuro, casi rozaba el techo. Justo enfrente de las camas, se alzaban dos sillones mullidos, sobre los que descansaban perfectamente un vestido corto de color carmesí y unos tacones dorados como el sol del mediodía y, detrás, una ventana amplia que le ofrecía un primer plano de todas las estrellas del firmamento. Tras haberlo preparado todo para su gran día, Mónica se tumbó en la cama de la derecha, la que estaba más lejos de la puerta y, mientras

pensaba en mil y una cosas atrapada dentro de su cabeza, el sueño fue invadiéndole con su dulzura invisible el cuerpo hasta que la dejó completamente en brazos de Morfeo.

El despertador sonó a las siete, rompiendo el silencio de la madrugada con su cantar estridente. Mónica levantó la cabeza despacio, como si le pesara tanto que tuviese que sujetársela, y al darse cuenta del día que era salió corriendo de entre las sábanas. Casi sin aire, desayunó a la velocidad de la luz y se duchó tan rápido que casi resbala.

—¡Mamá! Necesito tu ayuda. No sé qué hacer con mi pelo.

Las voces de Mónica alertaron. A paso ligero, su madre se dispuso a hacerle un bonito recogido griego, que entrelazados los mechones cualquiera hubiera dicho que eran ríos de fuego. Una vez arreglada la pelirroja melena, Mónica se colocó su vestido y sus zapatos, junto con un toque de ese rímel que no usaba nunca y el pintalabios de los fines de semana. Era un día especial y la ocasión lo ameritaba.

Pocos minutos más tarde, el coche se deslizaba como patinando por el negro asfalto, mientras los dedos pálidos de la chica dibujaban formas indefinidas en el rocío condensado de la ventana. Tenía la oscura mirada perdida en algún punto de la ciudad que se extendía, majestuosa, a su alrededor. Un coro de edificios ya conocidos y de calles ya atravesadas desfilaba ante sus ojos, aunque perdida en sus razonamientos estaba sorda, ciega y muda.

Apenas había comenzado a sentarse la multitud, y el gimnasio comenzaba a llenarse cuando Mónica irrumpió en la sala y los brazos de sus mejores amigos le ofrecieron una cálida bienvenida. Ana y Mateo, que así se llamaban los susodichos, la escudaron de arriba abajo con ojos manchados de curiosidad. Tras un breve silencio, Mateo fue el primero en hablar.

—He traído lo que me pediste, nena. Cuando tú me digas..., ¡que caiga la bomba MM!

Todos rieron al unísono al escuchar el singular sobrenombre que Mateo había otorgado a la parte más interactiva del discurso. Mónica, con semblante dulce y los ojos chispeantes de emoción, susurró (suspiró casi) las palabras que había estado queriendo pronunciar.

—Ya está a punto de empezar, deseadme suerte.

Los tres amigos tomaron asiento en la primera fila, junto al resto de sus compañeros de clase. A ambos lados se extendía una masa de

adolescentes sonrientes, con el espíritu a flor de piel y los ojos cristalizados. En una esquina, las chicas más «populares» arreglaban su pelo y maquillaje de forma compulsiva. Mónica rodó los ojos, arrancando una sonora carcajada de los labios de sus amigos. De repente, las luces se apagaron y el murmullo e incesante gorgoteo de voces a su alrededor se extinguió de manera abrupta. Encendidas ya las luces del viejo escenario, el profesor de literatura entró en escena. Sus pasos hacían crujir las tablas de madera y resonaban con intensidad por toda la sala. La camisa blanca y la corbata le conferían ese aire de seriedad y profesionalidad que los vaqueros amenizaban sin llegar a desentonar del todo. Acercando la boca al micrófono predispuesto sobre el atril, el hombre comenzó a hablar.

—Bienvenidos, alumnos y alumnas, padres y madres, al último año que esta promoción pasará en nuestro instituto. Ha sido para mí un placer dar clases a algunos de vosotros, y tener la certeza de que vuestra confianza en mí y en mi asignatura os ha ayudado a crecer y madurar durante todos estos años. Es para mí un deber daros las gracias por habernos elegido para asentar las bases de vuestro futuro y será por tanto un honor entregaros el título que os merecéis después de tanto esfuerzo. Pero antes de hacer entrega de vuestros diplomas, la alumna de 2º de Bachillerato B Mónica Quintero García nos leerá un pequeño discurso para introducir esta ceremonia y recordar vuestro paso por este centro por todo lo alto. Por favor, un fuerte aplauso para Mónica.

El aire se volvió denso mientras Mónica se levantaba de su asiento y el entusiasmo de la gente se escuchaba distante y distorsionado. Una última mirada cómplice cruzada con Mateo y Ana fue suficiente para que el orgullo la inundara y con pasos cortos pero firmes subió al escenario y se acercó al atril. La muchedumbre la observaba atentamente, con la seriedad instalada en el rostro. En aquella esquina, las adolescentes cuchicheaban y reían mientras la escaneaban. Eso ya no era importante. De hecho, nunca le había importado menos.

—He pasado en este instituto seis años de mi vida. Seis años en los que he aprendido sobre física, matemáticas, historia, literatura, etc., y eso es todo. O eso es lo que cree el resto del mundo. Solía ser la chica en la última fila, la chica que viste ropa grande, la chica que no habla, la de los kilitos de más, la de las gafas y la ortodoncia, la loca...

La chica que odia su vida. Todas estas «etiquetas» absurdas estaban destinadas a definirme porque yo permitía que me definiesen. Trataba de buscar soluciones, de ser una versión mejorada de mí misma, no por mí, sino por los demás. Trataba de encasillarme, como si el mundo se dividiera en dos cajas, en una de las cuales debía encajar a la fuerza. Pero yo siempre he sido libre. Y un día me cansé de esconder entre el sol y la luna, y me bajé de las estrellas yo solita. Aquí aprendí más de lo que cientos de páginas de un libro de idiomas o de ciencias pueden enseñarme. Aprendí a ser yo; aunque a algunos les disguste, voy primero. Aprendí a amar sin límites ni barreras, sin prejuicios; porque no sé odiar, ni quiero. Aprendí a sentirme como lo que soy, la reina de mi vida y la única persona que va a estar junto a mí el día en que me abandone mi último aliento de vida.

»Creo que una de las mejores cosas que me han pasado en la vida es ser mujer, mi bendición favorita. Aprendí que me rodean mujeres y hombres valientes, fuertes, con el corazón abierto y que, gracias a ellos, hoy soy lo que soy y de lo que me enorgullezco. Aprendí a no darme por vencida, a intentarlo porque siempre hay salida. A ver la belleza hasta en el cristal más roto, sucio y olvidado. Aprendí a ayudarme yo, en vez de esperar a que lo hagan otros. A hacer oídos sordos a palabras dañinas, feas, deformes, que no podrían incluirse en ningún poema. A agradecer cada instante y cada cicatriz que demuestra que estoy viva. Aprendí a ser la chica con confianza, la chica segura, la risueña, la que conoce su valor, la que es feliz, la que tiene un millón de cosas que ofrecer, la que quiere comerse el mundo. Aprendí a dejarme llevar, a dejar de ser tan exigente conmigo misma, porque soy humana, a disfrutar del aquí y ahora. Porque ahora soy joven, ahora estoy completa, ahora soy rebelde, ahora quiero gritar y mostrarle al planeta entero mis pasiones, ahora quiero que sepan la inmensidad que llevo dentro, ahora conozco la libertad, ahora estoy lista, ahora soy hermosa, como lo fui antes sin percatarme. Ahora soy todos vosotros, vuestra alma atrapada, pugnando por romper las cadenas que la atan y salir a romper las reglas, a perpetrar el cambio. Y el qué dirán qué más da, si independientemente de quién seas, ellos van a hablar.

La pausa breve acompañada de un fuerte suspiro desaceleró el ritmo de Mónica durante unos segundos.

—Felicidad tiene nueve letras, la mía solo dos: yo. Mi felicidad tiene nombre y apellidos: se llama Mónica Quintero García... Y ahora, Mateo, por favor...

Mateo y Ana se levantaron de sus asientos y recorrieron las filas interminables, entregando a cada persona allí presente una muy bien doblada hoja de papel amarillento, como devorado por el hambre del tiempo. Los espectadores, curiosos y asombrados, comenzaban a desenrollar sus láminas correspondientes.

—Cada uno de esos trocitos de mí que os han sido entregados contiene frases que he escrito y son verdaderas y aplicables para todo ser humano, todos somos válidos. Todos merecemos vivir. Todos somos necesarios. Todos somos únicos. Sed siempre vosotros, que los demás personajes de la obra ya están todos cogidos.

La sonrisa de Mónica no paraba de ensancharse mientras, rodeada de luz y radiante, observaba como su público leía y se emocionaba con el fruto de su trabajo. A lo lejos, vio que Cristina, la temida profesora de francés (estaba amargada) sonreía y no pudo contener una risita traviesa. Desde el pie del escenario la saludaron los ojos vidriosos del profesor de literatura, Ana y Mateo, y la mirada brillante de su madre. De la nada, la sala entera prorrumpió en vítores y aplausos, extendiéndose la ovación entre todos los presentes, excepto en aquella esquina donde las adolescentes la miraban con envidia. Eso ya no le repercutía en absoluto; las palabras habían salido al fin del fondo de su alma.

Por primera vez en su vida, Mónica se sentía invencible.





BAILANDO EN LA SOMBRA

SEGUNDO PREMIO
(EX AEQUO)

MARGARITA MORILLA GARCÍA

2º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

OBSERVABA LA LUNA MIENTRAS RECORDABA LO OCURRIDO. SU piel se erizaba y su barbilla temblaba.

¿Qué habría pasado si...? No. Mejor no pensar más.

Eva se cambió la ropa lentamente, tirándola encima de una silla. Se echó en su viejo colchón y se cubrió como pudo con una de las mantas que le había tejido su abuela hacía unos años. Había sido un día duro y quería olvidarlo cuanto antes. La cabeza le daba mil vueltas. Su corazón se aceleraba y su respiración se agitaba. No podía dormir, le esperaba una noche eterna.



El despertador sonó y, entreabriendo los ojos, Eva lo apagó. Los recuerdos le volvían a la mente. Había dormido solo un par de horas. Se le pasó por la cabeza llamar al trabajo para decir que estaba enferma, pero esta idea se le fue al instante. Si faltaba al trabajo podía perder una oportunidad de oro. Pronto comunicarían los ascensos y ella lo necesitaba más que nunca. Se destapó y observó sus zapatillas durante un par de minutos. Despertando de este pequeño trance, se vistió lo más rápido que pudo y fue al baño, situándose frente al espejo. Su pelo estaba revuelto, tenía unas ojeras importantes y para colmo le habían salido un par de amigas espinillas. Cogió su kit de maquillaje para comenzar a camuflar el horror de noche que había pasado. Desde pequeña, había odiado el maquillaje y envidiaba a los chicos por poder ir «desarreglados», sin que cada persona que se cruzasen por la calle los juzgase con la mirada.

Tras terminar, abrió el frigorífico buscando algo para llevarse como desayuno. Tenía que ir al supermercado más tarde si no quería

acabar cenando un yogur caducado hacía dos meses. Cerró el frigorífico mientras su tripa rugía. Pasaría por la tienda del barrio en busca del desayuno antes de ir al trabajo.



Los comercios de la zona comenzaban a abrir sus puertas. Eva saludaba con una sonrisa a todo aquel que se cruzaba.

Entró en la tienda y estudió qué posibilidades tenía. Mientras se decidía entre un desayuno sano o uno que alimentase sus deseos, un chaval entró en la tienda. Eva ni siquiera lo miró, estaba demasiado concentrada en su decisión. Cuando por fin levantó su mirada, fue a la caja para pagar la comida. Notó que alguien se ponía tras ella para hacer cola, pero estaba demasiado pendiente de la hora. Si no se daba prisa, iba a llegar tarde.

Acelerando el paso hacia el trabajo, notó que alguien decía su nombre y, sin parar de caminar, desvió la mirada hacia atrás. Sus ojos buscaban la procedencia de aquella voz, miró al muchacho que caminaba tras ella, pero la voz había sido femenina. Probablemente sería cualquier otra persona con su mismo nombre.



Entró en el edificio flechada al ascensor y se paró en seco ante un cartel que indicaba su avería. Otro día más, tendría que subir esas horribles escaleras con los tacones que le obligaban a llevar por el uniforme.

Por fin pudo sentarse en su mesa y encender el ordenador. Tenía un par de minutos de descanso mientras todo se ponía en funcionamiento. Los recuerdos de la noche anterior la seguían atormentando. Una presión en el pecho comenzó a aturdirla.

El pequeño sonido de inicio de *Windows* hizo que se pusiese manos a la obra sin pensar en nada más. Su lista de trabajo era infinita y la presión en el pecho iba en aumento. La compañera que se sentaba en la mesa contigua a la suya, observó que algo pasaba.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupada

Eva la miró intentando responder con la mirada lo que con palabras no podía.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres agua?

Tras ver que Eva asentía, la compañera corrió a la fuente y le trajo lo más rápido que pudo un vaso de agua.

Eva bebía lentamente. Ya sabía qué le estaba pasando. Ya había pasado por esto la noche de antes, pero algo así no podía perjudicar su rendimiento en el trabajo. Tenía que esforzarse todo lo posible o el ascenso no sería suyo.

—Eva, creo que te estresas más de la cuenta... Necesitas descansar, no puedes seguir este ritmo.

Sin comentar nada, Eva volvió su mirada hacia la pantalla y se puso manos a la obra. La compañera, aunque indecisa, optó por dejarla trabajar.

La mañana se hizo eterna, la cantidad de trabajo no disminuía. Según iba terminando algunas tareas, otras se añadían a la cola.

A la hora del desayuno Eva siguió trabajando, no podía permitirse ni un solo momento de descanso, no lo tenía. Las horas iban pasando y, con ellas, la presión en el pecho iba aumentando. Eva trataba de ignorarlo pero era difícil. Poco a poco los compañeros fueron yéndose a casa y ya quedaban pocos en el lugar. La compañera de al lado fue recogiendo sus cosas sin apartar la mirada de Eva.

—Eva, ¿por qué no lo dejas ya y sigues mañana?

Eva ignoró esa pregunta. Eran tres candidatos al ascenso y ella tenía que conseguirlo.

—Eva, hazme caso. Mañana seguirás.

—Sabes perfectamente que necesito el ascenso —dijo sin apartar la mirada del monitor.

—Eres la que más trabaja y la que más se esfuerza, Eva, lo vas a conseguir. Pero no tienes que llevarte al límite.

—Marta, sabes que aquí no funcionan así las cosas.

—Sé cómo son las cosas, pero también sé que te lo mereces.

—Marta, ve a casa a descansar.

—Como quieras...



Eva continuó trabajando hasta que la hora de cierre llegó. Fue recogiendo lentamente mientras bostezaba. Estaba deseando llegar a casa y darse un buen baño.

Ya apenas había nadie por la calle, tan solo un par de personas hablando y un muchacho fumándose un cigarro.

Se puso rumbo a casa con prisa. Cuanto antes llegase, antes descansaría. Comenzó a sentir cómo se le helaban la nariz y las manos. Hacía frío y ella no llevaba demasiada ropa de abrigo. Supuso que la temperatura era el motivo de la escasez de personas que se cruzaba por el camino.



Llegó a casa y se quitó los tacones tan rápido como pudo. Fue al baño a desmaquillarse, aunque poco le apetecía, y se recogió el pelo para no mojárselo en la ducha. Un pinchazo en el corazón, junto a un mareo, hizo que se sentase en el suelo.

No eran sus mejores días y lo mejor era descansar. Descartó la idea de ducharse y fue a la cocina para picotear algo. Cuando abrió el frigorífico recordó que no había ido al supermercado y por tanto no le quedaba más remedio que pedir a domicilio o dormir con el estómago vacío. No tenía demasiada hambre en realidad y el dolor de cabeza le indicaba que fuese a dormir cuanto antes.



A pesar de haber dormido del tirón, Eva sentía como si hubiese dormido apenas una horas, como el día anterior. Se miró al espejo y decidió no maquillarse esta vez. No tenía ganas.

Salió a la calle y volvió a la misma tienda para comprar su desayuno. Esta vez iba temprano, así que se sentó en un banco para disfrutar de él. Observó a un chico sentado frente a ella, pero no le prestó demasiada atención. Terminado el desayuno, caminó hacia el trabajo, subió las terribles y eternas escaleras y se encontró a su jefe.

—Buenos días, Eva, os dije que me podíais esperar abajo.

—¿Abajo?

—Sí, para ir a la reunión, ¿recuerdas?

—Ah... Sí, se me había ido por un momento.

—Vamos pues.

Resopló un instante antes de bajar las infernales escaleras pensando en que las había subido en vano.

Al llegar, vio a Juan y Mario, los otros candidatos al ascenso. Mario se dirigió a ella con una sonrisa burlona.

—¿Estás bien? ¡Vaya cara llevas!

—Sí, solo estoy un poco cansada.

—¿Se te ha olvidado maquillarte? —preguntó Juan, integrándose a la conversación.

—¿Perdona? No se me ha olvidado, simplemente no he querido hacerlo.

El jefe volvió a situarse junto a ellos para indicarles el camino.

—¿Has tenido una mala noche? —le preguntó a Eva.

—Bueno, se podría decir que algo así.

—Ya veo...



De camino al lugar, Eva se observaba en los escaparates, sintiéndose insegura. ¿Tan malo era su aspecto?

Al llegar, Eva se sentó en su asiento junto a sus compañeros. La mesa estaba llena de jefes y puestos superiores al suyo. Todos hombres, por supuesto.

Tras una larga charla sobre la empresa, el jefe de Eva y de sus compañeros se dirigió a ellos.

—Y bien, para realizar este proyecto necesitaremos vuestra ayuda, como ya sabréis.

Un nudo comenzó a formarse en el estómago de Eva y sus manos comenzaron a sudar. Había llegado el momento

—Hemos hablado entre todos y hemos decidido que el encargado será Mario. Ya hablaremos más tarde en privado sobre el contrato. Así que eso es todo, a trabajar se ha dicho.

Eva se quedó petrificada.

¿Mario? Si a veces llegaba a su mesa y lo encontraba mirando vídeos en Facebook.

Todos comenzaron a levantarse y Eva, sin más remedio, los siguió.

La cabeza le daba vueltas, se preguntaba mil cosas, qué tendría que haber hecho, qué le había faltado, por qué no lo había conseguido. Al salir, volvió a ver al muchacho que había estado viendo estos días y se dio cuenta de que él había estado en cada lugar por el que ella pasaba. Pero su cara le sonaba de algo más, su cara le era familiar. Su cara... La había visto la otra noche. Su piel se volvía a erizar, su corazón iba a mil y las piernas le comenzaban a fallar. Una vez más, sentía esa presión en el pecho y aumentaba según el muchacho se iba acercando.

—¿Tienes fuego? —le preguntó.

—N-no —tartamudeó Eva.

El chico se fue sin más y Eva no entendía nada. Era el mismo hombre, era el mismo queapestaba a alcohol aquella noche. Era el mismo que deslizó su mano bajo la falda de Eva en la discoteca.

—¿Eva? —dijo el jefe, distanciándola de sus pensamientos—. ¿Quieres que te lleve a casa? Parece que no te encuentras demasiado bien.

—No, tranquilo. Solo estoy un poco mareada. Me voy dando un paseo —contestó con una sonrisa.



Sin pensarlo dos veces, Eva tomó rumbo a su pequeño piso. Era el único lugar donde verdaderamente se sentía segura. Su cabeza le traía de vuelta el recuerdo de aquella mano en su piel. Una sensación de tristeza, rabia y asco la inundaba.

Llegó y se desvistió rápidamente, entrando a la ducha. Las imágenes seguían apareciendo en su cabeza y Eva frotaba sin parar la esponja por donde aquella mano estuvo. Sentía una suciedad que jamás había sentido. Una suciedad que no se iba por más que frotase.

Terminó su baño y tras ponerse el pijama se sentó en la cama. Observó la ropa de aquella noche aún sobre la silla. Con los ojos

llorosos, agarró la falda. Olía a alcohol y a tabaco. Para cualquier persona sería un olor habitual tras ir a la discoteca. Para Eva, era mucho más que eso. Para Eva, ese olor era el peor olor que jamás había oído y le provocó tantas náuseas que corrió hacia el baño. Se encontraba arrodillada en el suelo frente al retrete. Las lágrimas caían por sus mejillas. Recordaba cómo la mano se deslizaba por su parte delantera y esto le terminó de provocar el vómito.

Había tratado de dejar a un lado todo esto para que no afectase a su trabajo, para conseguir ese ascenso que realmente merecía y que Mario se había llevado.

Eva se preguntaba por qué tras darlo todo no lo había conseguido. ¿Qué le había hecho falta para obtenerlo? La conclusión era la misma que cuando pensaba en aquella noche en la discoteca: todo habría sido diferente si Eva hubiese sido Alex, Jesús o Daniel.

Todo habría sido diferente aquella semana si la mujer no se viese como un objeto sexual.

Todo habría sido diferente si la mujer no estuviese infravalorada en el trabajo.

Todo habría sido diferente, si la sociedad no las mirase de forma diferente.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

ORÍGENES 7

(Juan Jesús Aguilar Osuna)

AGRADECIMIENTOS 10

MODALIDAD INTERNACIONAL

ANTONIO TOCORNAL BLANCO - Son Servera (Mallorca)

LENTEJAS CON CENIZA 13

(PRIMER PREMIO)

ERNESTO TUBÍA LANDERAS - Haro (La Rioja)

LA NIEVE Y LOS CUERVOS 21

(SEGUNDO PREMIO)

INTERLUDIO

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

EL ROBLE HUECO 37

MODALIDAD ALUMNO

1º Y 2º E.S.O.

EL ÚLTIMO ALIENTO 59

MAGDALENA IONA AMOAGDEI

(2º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

NO SOY YO 69

DANIELA DÍAZ PÉREZ

(2º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

3º Y 4º E.S.O.

TINTA DE AZAHAR

81

CLAUDIA BLANCO PÉREZ

(4º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

CRUZANDO EL RÍO TEVERE

97

CLAUDIA GARCÍA CARRASCO

(3º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

BACHILLERATO

ANA

105

AIDA FERNÁNDEZ ROT

(1º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

MI FELICIDAD TIENE NOMBRE Y APELLIDOS

115

IRENE BUENO OTERINO

(1º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

BAILANDO EN LA SOMBRA

125

MARGARITA MORILLA GARCÍA

(2º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)



LIBRERÍA-PAPELERÍA-JUGUETERÍA
COPISTERÍA-IMPRESIÓN RÁPIDA
MIGUEL DE CERVANTES 7
955 902 723
DAVIDSERRANOCRESPO@GMAIL.COM